
HARLEQUIN
Bianca
DESEO DESATADO
MELANIE MILBURNE



DESEO DESATADO

MELANIE MILBURNE



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Deseo desatado, n.º 2615 - abril 2018
Título original: A Ring for the Greek's Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-122-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Cuando la séptima prueba de embarazo salió positiva, Emily supo que había llegado el momento de aceptar la realidad o de gastarse una fortuna en pruebas hasta que hubiera agotado las existencias de todas las farmacias de Londres. No tenía sentido mentirse. Las líneas azules eran nítidas.

Estaba embarazada.

Una cosa era que quisiera tener un bebé algún día con un hombre locamente enamorado de ella y tras una boda de blanco. Pero acostarse por primera vez con un hombre al que acababa de conocer y que aquel fuera el resultado… ¿Cómo podía ser tan fértil? ¿Cómo era posible que los preservativos fallaran? ¿Cómo se había acostado con un hombre tan alejado de su círculo habitual? Siempre había aspirado a más en la vida, pero ¿un multimillonario griego? Y no uno bajito y calvo, sino un espectacular hombre de más de uno noventa con unos ojos tan marrones que una temía ahogarse en ellos.

Que era lo que le había pasado a ella en cuestión de minutos. Por eso se había entregado a un tórrido encuentro sexual de una sensualidad que no había experimentado jamás. Claro que tampoco tenía demasiada experiencia, dado que había perdido siete años de vida con su ex, Daniel, del que había esperado una proposición de matrimonio que no había llegado nunca.

En lugar de eso, Daniel le había sido infiel. Ser traicionada era de por sí una afrenta, pero que la dejara por un hombre convertía lo ocurrido en una espantosa humillación. ¿Cómo había podido ser la última en darse cuenta de que Daniel era gay?

Pero lo que más le dolía no era tanto el engaño como haberse quedado sin pareja. El golpe emocional de estar sola, de salir de noche sin acompañante, de comer sola en un restaurante con la sensación de que los otros comensales se preguntaban si la habrían dejado plantada.

Con Daniel, que era un gran gourmet, le encantaba salir a cenar y probar distintos restaurantes. Le gustaba volver a casa y que en ella hubiera alguien con quien comentar cómo había ido el día. Daniel había sido su apoyo, su ancla, la persona que le

proporcionaba la estabilidad que le había faltado desde niña.

No había tenido suerte con los hombres. Según su madre, una terapeuta de parejas de la Nueva Era, eso se debía a que subconscientemente saboteaba sus relaciones porque tenía asuntos no resueltos con su padre. Pero ¿de quién era la culpa de que no tuviera padre? Su madre ni siquiera le había preguntado cómo se llamaba cuando se acostó con él durante un festival de música.

Emily miró de nuevo la prueba de embarazo. No era un sueño. Era una pesadilla que la obligaba a enfrentarse a Loukas Kyprianos, el multimillonario conocido por su rechazo al matrimonio, y decirle que iba a ser padre

¡Qué gran plan!

La tarea habría resultado más sencilla si él la hubiera llamado durante el mes que había transcurrido desde su noche de sexo salvaje. Tampoco había mandado un mensaje de texto, ni un correo electrónico, ni siquiera una paloma mensajera. No había dado la menor señal de querer volver a verla.

Lo cierto era que no le extrañaba. Era una especialista en ahuyentar a los hombres en la primera cita. Cuando estaba nerviosa, charlaba sin parar, y en cuanto bebía un par de copas se ponía a hablar de su matrimonio soñado, que incluía cuatro hijos y un perro, un setter irlandés, ni más ni menos. Y eso era lo que le había contado a un hombre que tenía la fama de evitar cualquier atadura.

¿Qué demonios le pasaba?

Emily salió del cuarto de baño y tomó el teléfono. No tenía ni llamadas perdidas, ni mensajes… aparte de los cuatro de su madre para recomendarle páginas Web con sesiones de meditación y de yoga. Era más fácil decirle que las usaba que discutir con ella. Había decidido hacía años que llevarle la contraria era un ejercicio agotador e infructuoso.

Aunque podía pedir el teléfono de Loukas a su amiga Allegra, que estaba casada con el mejor amigo de Loukas, Draco Papandreou, la idea de llamarle para decirle: «Adivina qué: hemos hecho un bebé» no le parecía lo más adecuado.

No. La situación exigía una conversación cara a cara. Tenía que ver cómo reaccionaba, aunque no sería sencillo porque Loukas tenía un rostro inescrutable. Era como intentar adivinar qué había tras una cortina. Pero tenía un aura de autoridad que Emily había encontrado extremadamente atractiva. Su aire distante la había intrigado en la boda. Al contrario que ella, que era como un cachorro intentando ganar la aprobación ajena, él daba la

sensación de no necesitar a nadie; era como una estatua.

El timbre del teléfono la sobresaltó y estuvo a punto de caérsele de la mano. Como no reconoció el número, contestó con su mejor voz de secretaria judicial:

–Al habla Emily Seymour.

–Soy Loukas Kyprianos.

Emily sintió que el corazón se le subía a la garganta.

«Ha llamado, ha llamado, ha llamado».

Las palabras marcaron el ritmo de su acelerado pulso. Necesitaba más tiempo. No estaba preparada para tener aquella conversación. Antes tenía que ensayar ante el espejo, tal y como solía hacer de pequeña. Intentó calmarse, pero tenía la respiración tan alterada como si estuviera sufriendo un ataque de asma.

«Respira, respira, respira». ¿Por qué no habría seguido mejor los consejos de yoga de su madre?

–Ho-hola. ¿Cómo estás?

–Bien. ¿Y tú?

–Bien, gracias. Muy bien. Fenomenal.

«Aparte de las náuseas matutinas».

Se produjo un breve silencio.

–¿Estás libre esta noche?

Emily tragó saliva. ¿Libre para qué, para otra noche de sexo? No quería parecer demasiado disponible. Debía mostrar algo de dignidad. Pero tenía que contarle lo del bebé. Quizá sería un buen momento hacerlo mientras cenaban. No, no, no. En un lugar público, no. Tenía que ser en privado.

–Tengo que mirar mi agenda. Creo que…

Loukas emitió un sonido que sonó a risa burlona.

–No hace falta que te hagas la difícil conmigo, Emily.

Ya era un poco tarde para eso. La forma en que pronunció su nombre, con un leve acento griego, la derritió. En labios de Loukas no sonaba como su nombre, sino como una sensual caricia.

–Debes saber que no suelo ser como… como la noche de la boda. Ni bebo tanto ni…

–Cena conmigo.

A Emily le irritó que sonara más a una orden que a una invitación. ¿Pensaba que llevaba todo aquel tiempo esperando a que la llamara? Que lo hubiera hecho era lo de menos. No estaba dispuesta a que creyera que podía llamarla por sorpresa y asumir que lo dejaría todo por ir a cenar con él.

–No estoy libre esta noche, así que…

–Cancela la cita.

¿Por qué iba a obedecerle?

–No –dijo, enorgulleciéndose de sonar decidida.

–¿Por favor?

Emily dejó pasar unos segundos para mantenerlo en vilo.

–¿Por qué quieres cenar conmigo? –preguntó finalmente.

–Quiero verte –dijo él en un tono entre áspero y dulce.

¿Por qué querría verla? Loukas tenía la reputación de ser un playboy y de cambiar de acompañante cada pocos días.

O al menos eso era lo que reflejaban los periódicos. Desde que su mejor amigo, Draco, se había casado, Loukas se había convertido en el centro de interés de los medios. Durante las semanas anteriores, Emily había temido verlo con otra mujer porque eso le habría hecho aún más difícil anunciarle que iba a ser padre.

–¿Esa es tu manera de decir que quieres acostarte conmigo? –preguntó–. Si es así, debes saber que no soy ese tipo de mujer. Nunca había tenido una relación de una noche y…

–Si repitiéramos ya no sería una relación de una noche.

Eso era cierto. Pero Emily no podía volver a acostarse con él sin hablarle de las consecuencias de su primer encuentro. Sus entrañas todavía hacían piruetas cuando recordaba la noche que había pasado en sus brazos. Oír su voz era como empezar los juegos preliminares.

–Solo cenar, ¿vale?

–Solo cenar.

–¿Dónde quedamos?

–Te recojo. ¿Dónde vives?

Emily le dio la dirección a la vez que pensaba qué ponerse. ¿Vestido negro o de color? Rojo, no. Era provocativo. Rosa, demasiado infantil. ¿Tendría tiempo de peinarse? ¿Se alisaba el cabello y lo dejaba suelto o se hacía un recogido? Se maquillaría poco. ¿Tacones? Sí. Loukas era muy alto y no quería terminar con tortícolis.

–Te habría llamado antes, pero he estado de viaje de negocios –dijo entonces él.

«Eso no te impedía llamar».

¿Los «negocios» incluían una rubia como la que lo acompañaba en la fotografía que había visto en Internet?

–¿Ah, sí?

–Sí.

Emily se mordisqueó el labio inferior. ¿Por qué la habría llamado? ¿No lo había asustado con su charla sobre el matrimonio

y los hijos? Ni siquiera ella sabía por qué se lo había contado.

–¿Por qué? No soy tu tipo.

–Dada tu relación con Allegra y la mía con Draco, prefiero evitar cualquier incomodidad antes de que volvamos a coincidir.

Emily pensó que le esperaba una «enorme incomodidad» cuando le contara las consecuencias que había tenido aquella noche.

–Claro… bien pensado.

–Nos vemos a las siete.

Emily no pudo contestar porque Loukas colgó. Se quedó mirando el teléfono preguntándose si pulsar el botón de rellamada, pero Loukas tenía un número oculto.

Su madre habría dicho que eso era una señal.

Loukas dejó el teléfono en el escritorio y se apoyó en el respaldo de la butaca de su despacho. Llamando a Emily Seymour estaba rompiendo su regla de oro, pero no había conseguido quitársela de la cabeza ni olvidar el recuerdo de su cuerpo pegado al de él.

El sexo de una noche tenía que ser precisamente eso: una noche.

Aunque mantenía relaciones ocasionalmente, siempre eran breves y basadas en el sexo.

Pero no recordaba haber tenido sexo tan bueno como con Emily. No sabía qué lo había alterado tanto aquella noche. Emily era una monada, tenía una constitución menuda y un cabello ondulado que le llegaba a los hombros y que no era ni castaño ni rubio. «Castubio», había bromeado ella.

Tenía ojos de Bambi, color caramelo, salpicados por puntitos oscuros que parecían diminutas limaduras de hierro sumergidas en estanques de miel. Su piel era de melocotón y seda, y las pecas del puente de su nariz respingona parecían una lluvia de nuez moscada. Tenía una sonrisa alegre y luminosa, con unos encantadores hoyuelos; y unos labios diseñados para besar y para… otras cosas que habían estado a punto de hacerlo enloquecer.

Era verdad que no era su tipo, aunque en otra vida podría haberlo sido. En un universo paralelo en el que no lo abrumara el peso de la culpabilidad y en el que no reviviera con angustia el episodio que había destrozado a su hermanastra, Ariana, y que lo había convertido a él en un paria dentro de su familia. Incluso

después de diecisiete años, cada vez que veía a un niño en bicicleta se quedaba sin respiración y se le formaba un nudo en el estómago. Si oía un frenazo, se le paraba el corazón. La sirena de una ambulancia le aceleraba el pulso; todavía se desvelaba y oía el ruido del metal aplastándose y el agudo grito de una niña herida de gravedad…

Loukas sabía que no debía volver a quedar con Emily. De hecho, no debería haberse acostado con ella. Pero tras haber ido directamente a la boda después de visitar a Ariana en el hospital, donde se sometía a una nueva operación ortopédica, se había sumido en la desesperación. No podía cambiar el pasado por más que reviviera aquel fatídico día. Había destrozado la vida de su hermana y, de paso, el segundo matrimonio de su madre.

La sonrisa de Emily había sido como una descarga de luz. Su piel de nácar se había sonrojado al verlo, y Loukas no recordaba cuándo había estado por última vez con alguien que se ruborizara de timidez porque evitaba a ese tipo de mujer. Pero algo en Emily, con sus ojos chispeantes, su figura de bailarina y su encantadora torpeza, lo había fascinado. Por no mencionar el gesto adorable de arrugar la nariz como un conejillo, como si tuviera unas gafas invisibles que recolocarse en el puente.

No tenía intención de ofrecerle más que una relación pasajera. A él solo le interesaban el aquí y el ahora. Estaba en Londres para diseñar un nuevo software para una agencia de seguridad gubernamental, el plazo perfecto para disfrutar un poco más de lo que habían experimentado aquella noche. Sería claro y sincero desde el principio, y le avisaría de que, como con las demás mujeres que le gustaban, le proponía una relación libre de ataduras.

Y Emily le gustaba especialmente.

Había pensado en ella con frecuencia, aunque seguía sin saber por qué la había invitado a su habitación después de la boda. Podía haberla acompañado a la suya y haberse despedido de ella con un impersonal «Ha sido un placer conocerte». Pero el beso que había pretendido plantar en su mejilla se había transformado en algo distinto, como si sus labios tuvieran voluntad propia, como si fueran un misil buscando su diana.

Un beso no había bastado. Los labios de Emily entreabriéndose bajo los de él habían desatado un feroz deseo en un profundo lugar de sí. Un deseo que había borrado completamente de su mente todas las razones por las que no debía acostarse con ella.

Apenas habían hablado, o al menos él no lo había hecho. Pero

eso era lo característico en él en cualquier relación. Era silencioso y práctico. Emily, por su parte, le había contado sus sueños como si él estuviera pasando un casting para Príncipe Azul.

Algo que jamás sucedería… aunque pudiera haber sucedido en otro tiempo.

Loukas se puso en pie y contempló la vista de Londres y la multitud que caminaba por sus calles como un ejército de hormigas. Él estaba contento con su vida… más o menos. Tenía más dinero del que podía gastar, una carrera internacional y un estilo de vida envidiable. No solía dejar pasar un mes entre amantes, pero no había estado con ninguna mujer desde la noche con Emily. Sí, había estado ocupado, pero normalmente el sexo le servía para descargar tensión y relajarse.

Aun así, no se consideraba un playboy, tal y como la prensa lo describía, porque no pensaba que fuera ni superficial ni un explotador de mujeres. Si actuaba como lo hacía, era precisamente para evitarles todo sufrimiento. Él no era como su padre, que pasaba de una mujer a otra sin pensar en sus sentimientos, prometiéndoles la luna y luego abandonándolas.

Él era todo lo contrario: no prometía nada y suavizaba la ruptura con generosos regalos.

Pero desde que su amigo se había casado, la prensa lo seguía de cerca y debía tener cuidado. Y, puesto que todo el mundo tenía una cámara en el móvil y estaba dispuesto a usarla para ganar dinero con la exclusiva, tenía que estar permanentemente alerta para proteger su vida privada.

Así que volver a ver a Emily era arriesgado. Pero solo duraría la semana que iba a estar en Londres: siete días de sexo sin compromiso. El sexo de la noche de la boda había sido tan excepcional que cada vez que lo recordaba su cuerpo reverberaba como la cuerda de un violoncelo. Solo tenía que pensar en el tacto de mariposa de sus manos para sentir una sacudida. Había bastado con oír su voz para que se le erizara el vello. La forma en que susurraba al hablar, su parloteo cuando estaba nerviosa. La manera en que se mordisqueaba el labio inferior y cómo sus largas pestañas ocultaban su mirada; el delicado rubor que coloreaba sus mejillas.

Loukas solía evitar a las chicas dulces y hogareñas como Emily. Nunca perdía la cabeza. Pero, excepcionalmente, estaba haciendo caso omiso de lo que le dictaba la razón y escuchando a su cuerpo.

Pero solo excepcionalmente.

Capítulo 2

Emily iba a ponerse brillo de labios cuando sonó el timbre de la puerta y puso cara de horror al ver el estado en el que había dejado la balda del cuarto de baño, con todos los tubos de maquillaje esparcidos y algunos incluso abiertos. Su dormitorio estaba aún peor. Había prendas de ropa hasta en el suelo, como si un drogadicto lo hubiera revuelto todo en busca de una dosis.

Cerró las dos puertas de camino hacia la de la entrada, y la abrió con una forzada sonrisa.

–Hola.

Loukas le dedicó una mirada que la sacudió como si la alcanzara un rayo.

–Hola.

¿Cómo podía una sola palabra alterarle el pulso? ¿Cómo podía un hombre tener un efecto tan poderoso sobre ella? Loukas vestía un traje azul marino, camisa blanca y una corbata plateada y negra que le daban un aire sofisticado letalmente atractivo. Emily retiró el pie hacia la pared del estrecho vestíbulo para poder abrir la puerta completamente.

–¿Quieres pasar? Todavía no estoy lista.

Ni lo estaría en cien años.

Loukas entró sin rozarla, pero el cuerpo de Emily reaccionó como si lo hubiera hecho, como si le enviara una señal de radar que activara cada célula de su piel. El olor cítrico de su loción de afeitado alcanzó su nariz, evocando instantáneamente imágenes de la noche que había pasado en sus brazos. Aquel olor se había quedado impregnado en su piel durante horas; Emily había sentido la huella de su musculoso cuerpo contra el de ella. Con cada movimiento había revivido las sensaciones de tenerlo en su interior, deslizándose, empujando.

La intimidad que habían compartido aquella noche se había convertido en una presencia fantasmal. Desde entonces el aire estaba electrificado, vibraba.

Loukas deslizó la mirada sobre su cuerpo como si la acariciara.

–¡Estás preciosa!

Emily odiaba su tendencia a ruborizarse. Se retiró un mechón

de cabello tras la oreja y cambió el peso de un pie al otro.

–¿Quieres tomar algo o…?

Loukas dio un paso hacia ella, posó las manos en sus caderas y acercando sus labios a unos centímetros de los de ella, susurró:

–Lo primero es lo primero.

Haciendo acopio de fuerza de voluntad, Emily apoyó las manos en su pecho y retrocedió un paso.

–¿No íbamos a cenar? Ha pasado un mes y me siento un poco…

Loukas le dedicó una de sus tenues sonrisas, una leve curva de los labios, que aun así provocó un temblor en el vientre de Emily parecido a la danza de las hojas de otoño al ser impulsadas por la brisa.

–No tienes por qué estar nerviosa.

«Me temo que sí».

Emily desvió la mirada, concentrándose en el nudo de la corbata de Loukas.

–¿Quieres sentarte? Voy por… mi bolso.

«Y a recuperar el valor, aunque no sé si conseguiré encontrarlo».

–Tómate tu tiempo. La reserva no es hasta las ocho.

–Enseguida vuelvo –Emily se golpeó con la pata de una mesa que tenía a la espalda–. Vaya, Lo siento. No tardaré.

Fue al cuarto de baño precipitadamente y se asió al lavabo.

«Puedes hacerlo, puedes hacerlo, puedes hacerlo».

Se miró en el espejo y contuvo un gemido. Estaba más pálida que un vampiro. Quizá debía ponerse un poco más de colorete. Al alargar la mano, golpeó un frasco de perfume, que se hizo añicos al caer al suelo de baldosas. Emily se quedó mirando los trozos de cristal unos segundos antes de agacharse a recogerlos, y se cortó un dedo.

La sangre fluyó por su mano y su muñeca como si estuviera en una película de terror. Oyó pasos aproximándose y cada uno resonó en su pecho.

–¿Estás bien? –preguntó Loukas desde el umbral de la puerta.

Emily tomó la toalla más próxima y se envolvió la mano. El olor a madreselva y vainilla era tan intenso que se le revolvió el estómago.

–He-he roto el frasco de perfume.

Loukas se aproximó y le tomó la mano con delicadeza.

–Deja que mire. Puede que necesites puntos.

Emily miró con los ojos entornados mientras él retiraba el

improvisado vendaje. Alzó la mano hacia la luz y la observó con gesto de concentración.

–No parece que necesite puntos, pero creo que se te ha clavado una esquirla. ¿Tienes unas pinzas?

Era una pregunta absurda para hacérsela a una mujer cuyas cejas crecían más deprisa que las malas hierbas.

–En el armario de encima del lavabo.

Loukas las sacó, las aclaró bajo el agua caliente y las desinfectó con un antiséptico que había en el estante superior.

Emily se preparó para sentir el escozor, pero Loukas le limpió la herida con tanto cuidado que apenas notó nada, excepto que lo tenía tan cerca como para percibir el calor de su cuerpo y ver los puntitos de su vello facial, que indicaban la fuerza de sus varoniles hormonas.

Loukas la miró.

–¿Te estoy haciendo daño?

–No… –Emily siguió el movimiento de sus labios al formar las palabras y tuvo la tentación de acariciárselos.

Loukas le puso una gasa y una tirita.

–Ya está –dijo con una arrebatadora sonrisa–. Como nueva.

Emily estaba tan abstraída por su sonrisa que tardó en reaccionar cuando se dio cuenta de que Loukas iba a tirar el envoltorio de la tirita y de la gasa en la papelera de pedal.

–No-no los eches ahí –dijo, bloqueándole el paso–. Dámelo. Lo tiraré en la basura de la cocina.

Loukas arqueó una ceja.

–¿Por qué no aquí?

Emily le sostuvo la mirada mientras el corazón le latía como si tuviera una bandada de pájaros atrapados en el pecho.

–Porque está… llena.

Loukas la observó con suspicacia.

–¿Por qué estás tan nerviosa?

–No estoy nerviosa –replicó Emily, diciéndose que no debía haber respondido tan precipitadamente.

Loukas le acarició la mejilla con los nudillos al tiempo que deslizaba la mirada por sus labios como si reviviera cada beso que se habían dado.

–¿Por qué te pongo tan nerviosa?

Emily tragó saliva.

–No-no estoy nerviosa.

Loukas le alzó la barbilla y trazó hipnóticos círculos con el pulgar en su mejilla.

–No he podido dejar de pensar en la maravillosa noche que pasamos juntos –dijo, mirándola fijamente.

–¿No lo son todas las noches que pasas con tus amantes?

Loukas se encogió de hombros, pero sin que el gesto resultara arrogante.

–Muchas. ¿Y las tuyas?

Emily no pudo contener un resoplido.

–Puedo contar a mis amantes con la mitad de los dedos de una mano. Mi madre tiene más sexo que yo.

Loukas seguía mirándola como si la encontrara fascinante, pero Emily se dijo que quizá se debía a que le resultaba increíble encontrarse con una mujer de veintinueve años prácticamente virgen.

–Es terapeuta de parejas –continuó, para llenar el silencio–. Ayuda a que mejoren su relación a través del sexo. Tiene gracia que la vida sexual de su hija sea casi inexistente.

«Ya estás otra vez contando intimidades».

«¿Qué tiene de malo? No voy a decirle que va a ser padre sin hacer una introducción».

«¡Qué poco sofisticada eres!».

Loukas posó las manos en su cintura y con los ojos entornados, dijo:

–Yo podría ayudarte.

El calor de sus manos atravesó la ropa y la piel de Emily, enviando corrientes eléctricas a cada uno de sus nervios. Las partes más íntimas de su cuerpo registraron su proximidad como si fueran un escáner que identificara un código. Era como si tuviera un microchip que respondiera exclusivamente a Loukas. Sus músculos internos se contrajeron, pulsantes, anhelantes.

–No he tenido suerte con los hombres –dijo–. Tuve un amante antes de mi ex, pero apenas duró. He estado con Daniel siete años, así que he estado fuera del mercado, por decirlo de alguna manera.

«Pero ¿qué haces? Suenas patética».

«Puede, pero tampoco quiero que piense que me acuesto con cualquiera».

Loukas deslizó las manos por sus brazos hacia sus hombros. En sus ojos había una brillante profundidad que hizo pensar a Emily en un lago sin fondo.

–¿No has tenido ningún amante desde Daniel, aparte de mí?

–No. He salido con algunos hombres, pero nunca ha pasado de una cita. Puede que por eso me… entusiasmara tanto cuando me

besaste –dijo Emily–. Espero que no te asustara.

Loukas le pasó el pulgar por los labios.

–Me sorprendiste gratamente.

«Esa soy yo: una grata sorpresa tras otra».

Emily sonrió con tensión y dijo:

–Esto… Tenemos que hablar de…

–No me comprometo a nada, Emily –dijo él con gesto impasible–. Quiero dejarlo claro desde el principio. Voy a pasar una semana en Londres. Podemos tener un affaire que dure ese tiempo.

–Entiendo. Pero antes tengo que…

–Te deseo.

La voz de Loukas reverberó en el interior de Emily como si fuera el acorde de un contrabajo. Apretó las manos contra su pecho y sus caderas se pegaron a las de él, provocándole un hormigueo por todo el cuerpo. No podía pensar cuando lo tenía tan cerca. Su cuerpo adquiría voluntad propia. Sus senos se llenaban con solo recordar el tacto de sus manos, el fuego de sus labios y de su lengua, el sensual roce de sus dientes.

Loukas tenía un magnetismo irresistible; era una tentación a la que sus entrañas reaccionaban con pequeñas contracciones de placer, como si reviviera la deliciosa invasión de su cuerpo en el de ella.

¿Cómo podía estar pensando en el sexo en la situación en la que se encontraba? Era como si cuando estaba con Loukas eso fuera lo único en lo que pudiera pensar. Su pecho estaba caliente y firme bajo sus manos; podía percibir el olor a limpio de su camisa. Tener sus fuertes y musculosos muslos tan cerca le recordó cómo aquellas piernas la habían atrapado en un revoltijo de sábanas, arrastrándola a un paraíso sensual que ni siquiera sabía que existiera. Su cuerpo recordaba cada segundo de aquel encuentro y le suplicaba que lo repitiera. Su palpitante pulso se replicaba en su más íntimo interior, haciéndola consciente de cada milímetro del cuerpo que estaba en contacto con el de él, como si cada una de sus terminaciones nerviosas estuviera cargada de electricidad.

Sus labios se acercaron a los de ella; su mentolado aliento la embriagó.

–Dime que me deseas.

–Te deseo, pero… –Emily retrocedió. Al hacerlo, tropezó con la papelera y esta se volcó, vaciándose a los pies de Loukas.

Una granada de mano habría tenido un efecto similar.

Loukas palideció y permaneció paralizado unos segundos.

Luego tragó. Una, dos, tres veces.

Emily lo observó mientras, como si se moviera a cámara lenta, Loukas se agachaba, recogía siete pruebas de embarazo y observaba las líneas azules que las marcaban.

Finalmente, miró a Emily con expresión alarmada y severa.

–¿Estás… embarazada?

Pronunció la palabra como si fuera el peor diagnóstico que uno pudiera recibir.

Emily se retorció las manos como la heroína en apuros de un drama de época, haciendo una mueca cuando su dedo herido protestó.

–He intentado decírtelo, pero…

–¿Es mío?

La pregunta fue una bofetada verbal.

Emily parpadeó.

–Por supuesto. Yo…

–Pero si usamos preservativos –la suspicacia que teñía el tono de Loukas perturbó a Emily.

–Lo sé, pero a veces fallan, y esta debe de haber sido…

–¿No tomas la píldora? –preguntó Loukas, frunciendo el ceño con aire intimidatorio.

–Es-estaba en un descanso.

Emily notó que las lágrimas le inundaban los ojos. El intenso olor del perfume vertido la estaba mareando. Sentía un hormigueo en los dedos, como si se le hundieran en arena, el cosquilleo se extendió por sus brazos y ascendió hasta su cuello, que de pronto no pudo sostenerle la cabeza. La habitación empezó a dar vueltas y el suelo perdió estabilidad bajo sus pies. Alargó las manos hacia el mueble del lavabo, pero fue como si la mano de un fantasma intentara asir algo en la niebla. Cada una de sus extremidades se dobló como si fuera una marioneta a la que le cortaran los hilos. Oyó a Loukas llamarla en un vacío y de pronto todo se volvió negro.

–¡Emily!

Loukas se arrodilló con el corazón resonando en su interior como si un demente tocara una campana. Emily estaba pálida y sudorosa. Le retiró el cabello del rostro mientras en su cabeza se repetía la noticia: «Está embarazada».

Las palabras golpearon su pecho. Un bebé. Su bebé. ¿Cómo era posible? Él siempre era muy cuidadoso; jamás olvidaba usar

preservativo, nunca corría riesgos. ¿Cómo podía haberla dejado embarazada? Había sido una bajeza insinuar que no era suyo, pero el pánico le había hecho actuar con desconsideración.

¿Cómo iba a ser padre él? No podía. No quería. No había planeado serlo. El pánico lo recorrió como una manada de búfalos en estampida. Intentó imaginarse con un bebé y se quedó en blanco a la vez que el corazón se le encogía en un puño y sus entrañas se contraían.

No. Él no. Ni en el presente, ni nunca.

Miró a Emily y sintió una nueva punzada de culpabilidad. Él era el culpable de haberla angustiado hasta hacerla colapsar. Emily había intentado decirle algo, pero él no le había dejado. No era de extrañar que estuviera tan nerviosa.

Estaba embarazada.

De su hijo.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué era lo correcto? Limitarse a pasar la manutención de su hijo le resultaba inconcebible. Tenía que implicarse en su crianza, tal y como habría querido que su padre hiciera con la suya. Asumiría su responsabilidad: lo sustentaría y protegería. Aunque la mera idea de cuidar de un niño le hiciera romper en sudor.

¿Cómo iba él a mantener a salvo a un niño?

Había dejado a Emily embarazada. Habría quien lo considerara un accidente, una broma del destino, pero él se culpaba a sí mismo. Había hecho lo que se había jurado no hacer nunca.

Iba a convertirse en padre, a no ser que Emily decidiera no tener el bebé.

Loukas consideró esa posibilidad por un instante, pero se dio cuenta de que no le gustaba. Emily tendría la última palabra, por supuesto, pero confiaba en que no se viera abocada a ello por las circunstancias. Tendría que dejarle claro que él la apoyaría, y ocultar las dudas que albergaba. Porque no eran dudas respecto al bebé, sino a su capacidad de ser padre.

Su propio padre había insistido en que una de sus últimas novias abortase, y, cuando se negó, cortó con ella. Posteriormente, la joven había intentado suicidarse y había perdido al bebé. Hacía poco había recibido una gran suma de dinero para conceder una entrevista a una revista en la que lo contaba todo. Por asociación, la entrevista había convertido a Loukas y sus relaciones en foco de atención de los paparazzi.

Pero él jamás sometería a una mujer a una presión parecida. El embarazo de Emily era un golpe, una sorpresa y un inconveniente,

pero dentro de ella había una pequeña vida formándose, y él no comprometería su desarrollo ni la salud mental de la madre.

Estaba enfadado y avergonzado por poner a Emily en aquella situación. Profundamente avergonzado por haberse dejado llevar por el impulso de seducirla, cuando habitualmente evitaba a mujeres tan inocentes como ella. Él había dado el primer paso. No había podido apartar la mirada de ella; y, aún menos, las manos. Estúpidamente, había querido creer que solo sería sexo de una noche. Pero lo que debía haber hecho era despedirse de ella en la puerta de su dormitorio.

¿Qué le había hecho acostarse con una mujer que no era su tipo, en la misma medida que él no era el de ella? Aunque no fuera un vividor, tampoco era un monaguillo. Había actuado irreflexivamente y la consecuencia era una nueva vida que los mantendría unidos para siempre.

Él no le daría la espalda. Era su responsabilidad y la asumiría, aunque representara enfrentarse a la peor de sus pesadillas. El pánico le aprisionó el pecho con correas de acero, dejándolo sin aliento. La frente se le perló de sudor. El cabello se le erizó como si en el cuero cabelludo tuviera un hormiguero jugando al escondite.

¿Por qué no podía dar marcha atrás en su vida y cambiarlo todo? ¿Cuántas veces había deseado eso? Cada vez que veía el cuerpo malherido de su hermana quería retroceder en el tiempo. A partir de ese momento, tendría que sumar un nuevo motivo de mortificación a su vida. Pero al contrario que con su madre y su hermana, con las que mantenía una distancia respetuosa por el espantoso impacto que había tenido en sus vidas, no podría distanciarse tan fácilmente de su propio hijo.

Una criatura que lo llamaría «papá», que lo vería como un modelo a imitar; que esperaría de él cosas que Loukas no se consideraba capaz de dar. ¿Cómo responsabilizarse del bienestar de un niño cuando ya había destrozado la vida de una inocente niña?

Emily gimió y abrió los ojos lentamente. Miró a Loukas con la mirada perdida y susurró:

–Lo siento…

–No –Loukas carraspeó–. Soy yo quien lo siente. ¿Estás bien? ¿Quieres agua?

Emily hizo ademán de incorporarse y Loukas la ayudó a que se sentara y esperara a que la sangre le volviera a la cabeza.

–Estoy bien. Solo necesito un minuto.

–¿Llamo al médico? –Loukas fue a sacar el teléfono del bolsillo, pero Emily lo detuvo.

–No, estoy bien, de verdad –dijo. Pero se frotó las manos en un gesto nervioso.

–¿Has ido a ver a algún médico?

Emily negó con la cabeza.

–Todavía no. Antes quería hacer las pruebas.

Loukas miró las que ya se había hecho, preguntándose cuántas más pensaba hacerse. Cuando volvió a mirar a Emily, ella sonrió haciendo una mueca.

–Quería estar completamente segura –dijo. Y tras una pausa, añadió–: Podemos hacer una prueba de paternidad si…

–No –dijo Loukas con una vehemencia que lo sorprendió–. No hace falta.

Con los ojos llorosos, Emily tragó saliva.

–Gracias por creerme. Significa mucho para mí.

Loukas le retiró un mechón de cabello detrás de la oreja como si fuera una niña de seis años. Ella esbozó una temblorosa sonrisa.

–No puedes estar embarazada de mucho tiempo –dijo él–. ¿No es demasiado pronto para estar completamente segura?

–Hoy en día las pruebas son muy sensibles. Pueden identificar el más mínimo cambio hormonal en apenas unos días.

–¿Qué planeas hacer? –Loukas se arrepintió al instante de hacer aquella pregunta. No quería que sonara como si el bebé representara un obstáculo que debía salvarse.

La mirada de Emily reflejó una súbita determinación.

–Pienso tenerlo, así que no me intentes convencer de lo contrario, porque no necesito tu ayuda. Puedo hacer esto sola. Pensaba que debías saberlo. Eso es todo.

–Lo siento, no pretendía sugerir lo contrario –dijo Loukas.

Emily le dirigió una mirada que le hizo pensar en un detective retando a un sospechoso.

–¿Estás seguro?

Loukas dejó escapar un profundo suspiro.

–No puedo negar que la noticia me ha tomado por sorpresa. Si no me estoy comportando con la sensibilidad y el entusiasmo de un padre en circunstancias normales, tienes que perdonarme. No había planeado ser padre.

Emily se puso en pie titubeante, rechazando la mano con la que él quiso ayudarla.

–¿Por qué entonces no te has hecho una vasectomía? Habrías resuelto el problema definitivamente.

Loukas se lo había planteado a menudo, pero no lo había hecho por una mezcla de cobardía y anticuadas nociones de masculinidad. Algo le había hecho rechazar la idea de no ser fértil.

–No me había decidido.

–Deberías planteártelo si no quieres provocar más embarazos.

Loukas se avergonzó de no haberse planteado hasta ese momento lo que Emily debía de sentir. Había hablado de matrimonio e hijos, pero tenía la impresión de que los quería en ese orden. Tener un hijo era una enorme responsabilidad para una mujer en cualquier circunstancia.

–Emily… ¿estás segura de lo que vas a hacer?

Emily desvió la mirada.

–Al principio dudé. Me negaba a aceptarlo. No quería ser como mi madre, que se quedó embarazada de un hombre con el que se acostó una sola vez.

–¿Y ahora?

Emily se llevó la mano instintivamente al vientre.

–No es culpa del bebé que no haya sido planeado. Podré salir adelante. Como sea.

–Yo te apoyaré en todo lo que necesites. No os faltará nada.

–No quiero tu dinero, Loukas –Emily lo miró fijamente–. Solo quería que nuestro niño supiera quién era su padre. Yo no he conocido al mío. Ni siquiera sé quién es, y él no sabe de mi existencia. Ni siquiera mi madre está segura de quién es.

Loukas percibió tristeza en su voz. Aunque él no se sintiera cercano a su padre, al menos sabía quién era y llevaba su apellido. Esa idea hizo que se sintiera frente a un gigantesco muro: el matrimonio. La única manera de que su hijo llevara su apellido era que se casara con Emily. Él no estaba en contra del matrimonio en sí mismo. Era una institución en la que creía… para otros. Personas que, al contrario que él, no cargaran con un sentimiento de culpabilidad que las hiciera despertar sudorosas en medio de la noche; una culpabilidad de la que él no podía librarse porque su hermanastra, Ariana, vivía a diario con las consecuencias de lo que él había hecho.

Un puño acerado le apretó el corazón. ¿Matrimonio? ¿Casarse con una mujer a la que había conocido hacía un mes y que estaba embarazada de su hijo? Una mujer que no había logrado olvidar porque era dulce, atropellada y tímida.

¿Podía hacerlo? ¿Sería capaz de sacrificar su libertad por un niño que jamás había pensado tener?

Que era su responsabilidad y que la asumiría estaba claro. Al

contrario que su padre, él se enfrentaba a los problemas, los analizaba y los resolvía.

No necesitaba casarse para poder ayudar económicamente, pero, si no vivía bajo el mismo techo, no estaría en contacto con el niño. Conocía a demasiados padres, incluido el suyo, que proporcionaban todas las necesidades materiales, pero no daban nada de sí mismos. Él no quería ser así, pero tampoco sabía cómo mantener una relación que durara más allá de unos días.

–Deberíamos casarnos lo antes posible –dijo súbitamente.

–¡No digas tonterías! Hoy en día no hay que casarse por un embarazo. Ni siquiera parejas que están enamoradas se casan cuando deciden tener un hijo.

–Quiero formar parte de la vida del niño, quiero que ella o él lleve mi nombre.

–Para eso no hace falta casarse. Solo quiero que te impliques si de verdad es lo que quieres.

Loukas se preguntó cuál sería la relación entre Emily y su madre. Por los comentarios que había hecho, intuía que era tensa.

–Haré lo que haga falta para mantenerlo, Emily. Puedes confiar en mí.

–¿Quieres reconocerlo públicamente o prefieres mantenerlo en secreto?

Loukas frunció el ceño. No tenía la menor intención de rechazar a su propia sangre. Él no era como su padre.

–Lo reconoceré oficialmente. Acepto toda la responsabilidad.

–Entonces no me insultes pidiéndome que me case contigo –dijo Emily, dirigiéndole una mirada que habría derrumbado un muro.

Loukas se preguntó qué había pasado con la mujer que anhelaba casarse y tener hijos. Cuatro hijos y un setter irlandés, si recordaba correctamente. ¿Por qué entonces no se aferraba a la oportunidad de hacerse con un marido rico? Probablemente porque no era una cazafortunas. De hecho, eso era lo que le había atraído de ella: una inocencia que le había hecho pensar en un cachorro simpático que quería que todo el mundo lo quisiera.

Pero ¿por qué le insultaba su proposición de matrimonio? Loukas podía pensar en cientos de mujeres que la aceptarían sin parpadear. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que el matrimonio era la mejor opción. Le proporcionaría la mejor oportunidad de cuidar del bebé y de Emily. No tendría ninguna de las nocivas características del matrimonio de sus padres. Emily y él no estaban enamorados, así que se trataría más bien de un

contrato parental. Tendrían las ventajas de un matrimonio sin la carga emocional de una relación normal.

Volvería a sacar el tema cuando Emily se encontrara mejor y entonces la convencería de que un matrimonio temporal era la solución perfecta.

–¿Necesitas algo ahora? ¿Dinero para comprar cosas para el bebé o…?

–No, por ahora no necesito comprar nada… –Emily volvió a palidecer y se tambaleó como si el suelo se moviera. Se llevó una mano a la frente–. Cre-creo que no puedo ir a cenar. Voy a echarme un poco…

Loukas la sujetó por la cintura para evitar que se cayera al suelo. Emily se dobló contra su pecho como una muñeca de trapo.

–¿Te sientes bien?

–Estoy un poco mareada.

Loukas sacó el teléfono del bolsillo.

–Voy a pedir una ambulancia.

Emily lo miró angustiada.

–No, por favor. Se me pasará en un par de minutos.

¿Y qué pasaría unas horas más tarde? ¿O por la noche, o a la mañana siguiente? ¿Quién iba a cuidar de ella, a asegurarse de que estaba bien? Loukas no podía dejarla así. ¿Y si volvía a caerse? Podía darse un golpe en la cabeza.

Emily era su responsabilidad desde ese mismo momento, y esa certeza terminó por convencerlo de que tenían que casarse. Era el paso lógico.

–¿Quieres echarte? Yo te llevo.

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio. Daba la impresión de que alguien lo hubiera arrasado, o que hubiera pasado un ciclón. El armario estaba abierto y había ropa esparcida por todas partes. Sobre el tocador había un despliegue de productos de maquillaje: brochas, tubos, productos para el cabello… Loukas depositó a Emily en la cama.

Emily se llevó la mano herida a la frente y cerró los ojos.

–Lamento mucho todo esto.

Loukas le tomó la otra mano y acarició sus finos dedos.

–No seas tonta. No es culpa tuya.

«La culpa es mía».

Capítulo 3

Finalmente Loukas decidió no llamar a una ambulancia. Pero en cuanto Emily se recuperó del mareo, insistió en llevarla al hospital. Personalmente, él odiaba los hospitales: las luces, los olores, el sonido de las sirenas de las ambulancias le desbocaban el corazón. Hacían que reviviera la tarde en que su hermana había sido ingresada al borde de la muerte,

Aun así, quería que Emily pasara un chequeo.

Ella, por su parte, se resistía.

Se cruzó de brazos y clavó los talones como si quisiera pegarse al suelo.

–No necesito ir al hospital.

–Te has desmayado dos veces en media hora –dijo Loukas–. No voy a dejarte sola hasta que te vea un médico. ¿Y si te desmayaras por la noche y te golpearas la cabeza?

Emily hizo un mohín de niña pequeña.

–No digas tonterías. Primero propones que nos casemos y ahora quieres llevarme a Urgencias. Van a pensar que estoy loca. Estar embarazada no es una enfermedad.

–Quiero que te miren el dedo –dijo Loukas, cambiando de táctica–. Tienen que asegurarse de que no te queda ningún trozo de cristal. No puedes arriesgarte a que se te envenene la sangre.

–Aahhh.

Loukas le tendió la mano y ella la tomó tras una breve vacilación. Él cerró los dedos y se asombró de lo menuda que era la de Emily comparada con la suya. Toda ella era menuda. A su lado se sentía como un gigante: apenas le llegaba al hombro con tacones y podía abarcar su cintura con sus manos. Aunque eso dejaría de ser verdad cuando avanzara el embarazo. Loukas no conseguía salir del asombro de que Emily estuviera embarazada, y de que en su interior, la combinación de su ADN y del de ella estuviera dando lugar a una criatura.

Pensar en traer al mundo un niño del que sería totalmente responsable le provocaba un pulsante dolor de cabeza. ¿Y si no sabía hacerlo? Ser padre no era sencillo; él no tenía ni idea de cómo serlo; ni siquiera se le daban bien las relaciones familiares.

Mantenía a la gente a distancia, incluso a aquellos que más le importaban.

Por eso prefería las relaciones transitorias, sin carga emocional, sin ataduras. En ellas no se hería a nadie. En cambio, ¿y si hacía daño emocional a su hijo? Para alcanzar su plenitud, los niños necesitaban una relación estrecha con sus padres. Él se había sentido cercano a su madre hasta que su padre se quedó con su custodia después de un amargo divorcio, para acabar abandonándolo en un internado en cuanto se cansó de hacer de padre. Después de tantos años de vivir alejado de su madre, no había conseguido recuperar la relación que habían tenido con anterioridad. Loukas sabía que la culpa no era de ella. Su madre había hecho todo lo que estaba en su mano para hacerle sentir amado y deseado.

Era él quien tenía el problema.

Se había prometido no volver a ser tan vulnerable; no necesitar tanto a alguien a quien pudiera perder. Se había enseñado a ser autónomo. Por eso ya solo necesitaba cubrir necesidades físicas, y quizá por eso el sexo con Emily había destacado entre una larga lista de relaciones impersonales. Hasta tal punto que todavía sentía la impronta de su piel en su cuerpo, y cada vez que la rozaba sentía el eco erótico de sus movimientos como si se tratara de réplicas de un terremoto.

Pero mientras que casarse con ella resolvería un problema, era plenamente consciente de que podía causar otros. Él podía ofrecer un acuerdo, pero no amor. La noción de amar a alguien despertaba todos los demonios de su infancia, esos que le susurraban: «Si amas a alguien, lo pierdes; si amas a alguien, lo pierdes».

Se comprometería mientras durase su matrimonio, pero no podía prometer nada más.

Loukas acomodó a Emily en su coche antes de ponerse al volante.

–Sigo pensando que la opción de casarnos es la mejor –dijo, a la vez que arrancaba.

Emily le lanzó una mirada de impaciencia.

–Voy a hacer como que no te he oído.

Loukas estaba decidido.

–Lo anunciaremos formalmente después de que te hagan el chequeo.

–Loukas, no puedes obligar a la gente a casarse.

«No estés tan segura».

Emily entró en Urgencias avergonzada, consciente de que no le pasaba nada. La sala de espera estaba llena de personas enfermas y heridas que estaban mucho peor que ella, pero Loukas prácticamente la había obligado a ir y en el camino le había lanzado constantes miradas de preocupación, como si temiera que pudiera morirse en cualquier momento. Pero aún peor era que insistiera en el tema del matrimonio con una determinación que le resultaba aterradora, aunque no se había encontrado lo bastante bien como para discutir con él.

Pero en cuanto entraron a la recepción, quien pareció estar enfermo fue Loukas. Se le puso un tono grisáceo y la mano empezó a sudarle.

–¿Estás bien? –preguntó Emily.

–Perfectamente –dijo él entre dientes.

–Estás muy pálido.

Él la miró de reojo y mascullό:

–Mira quien fue a hablar.

–¿Puedo ayudarles? –preguntó en ese momento la recepcionista.

–Mi… prometida necesita que la vea un médico –dijo Loukas.

«¿Prometida?».

Emily lo miró y articuló con los labios:

–¿Qué haces?

La recepcionista miró el dedo vendado de Emily.

–¿Por el dedo?

–Eso y… algo más –dijo Loukas, tirándose del cuello de la camisa como si le apretara.

Emily se acercó a la ventanilla y explicó:

–Yo no quería haber venido.

–¿Qué es lo que le pasa? –preguntó la mujer.

–Estoy… embarazada.

–¿Está sangrando?

–No.

La recepcionista le dio una ficha en una carpeta con pinza y un bolígrafo que colgaba de una cuerda.

–Rellene los detalles. Alguien la atenderá pronto.

Emily se sentó junto a Loukas y trató de concentrarse en completar la ficha, aunque el estado de nerviosismo de Loukas se lo puso difícil. Movía los pies, cruzaba las piernas, las descruzaba, se frotaba el cuello, se aflojó la corbata, apoyaba los codos en las piernas y la cabeza en las manos.

Emily pensó que si estaba incómodo se lo tenía merecido, por haberse referido a ella como su «prometida». ¿Pensaba que le iba a dar vergüenza corregirlo?

«¿Y por qué no lo has hecho?».

«Por vergüenza».

«Estás a tiempo de hacerlo».

«¿Aquí, delante de todo el mundo?».

«Cuanto antes lo hagas, mejor».

Emily aseguró el bolígrafo con la pinza y dejó la carpeta bruscamente sobre la silla vacía que tenía a su lado.

–¿Quieres estarte quieto?

Loukas se giró hacia ella.

–Odio los hospitales.

–Si no hubieras mentido a la recepcionista, te sentirías mejor –dijo Emily, bajando la voz para que no la oyeran–. Supongo que has dicho que soy tu prometida porque sabías que no haría una escena. En cuanto salgamos de aquí, te voy a decir lo que pienso.

Loukas miró un reloj que había en la pared con un exagerado gesto de impaciencia, y dijo:

–Si es que salimos de aquí.

A Emily le sorprendió que ya hubiera pasado media hora.

–Espero que no tarden. Si quieres, puedes irte. Tomaré un taxi cuando…

–No. No voy a irme –Loukas miró la hora en su reloj como si quisiera compararla con la del de la pared. Se apoyó en el respaldo bruscamente–. ¿Qué significa aquí «pronto»?

–Una vez, cuando tenía diez años, esperé seis horas a que me quitaran una espina del pie –dijo Emily–. Mi madre me dejó sola porque tenía que ir a un taller de astrología. Cuando me atendieron, le pedí a una enfermera que la llamara.

Loukas la miró con un gesto de incredulidad.

–¿Tenéis una relación estrecha?

Emily se encogió de hombros.

–¿No la tienen todas las hijas con su madre?

–¿Le has dicho que…?

–Todavía no. No tiene demasiado instinto maternal, así que no creo que la idea de ser abuela le entusiasme.

Emily de pronto notó que las dos mujeres que se hallaban sentadas frente a ellos los estaban observando. La que estaba a la izquierda le dio un codazo a la otra señalando a Loukas, y Emily percibió que él se tensaba. Ella se encogió en el asiento, preguntándose si habrían oído su conversación. ¿Habrían oído la

mención a un bebé, o la palabra «prometida»? Emily no estaba acostumbrada a que la observaran. Se preguntó si esa era la sensación que Loukas tenía permanentemente y se imaginó hasta qué punto ese continuo escrutinio suponía una tortura para alguien tan celoso de su vida privada.

La segunda mujer miró algo en la pantalla de su móvil y luego pareció compararlo con Loukas.

–Sí que es Loukas Kyprianos –dijo, lo bastante alto como para que se oyera en la sala–. El amigo millonario de Draco Papandreou. ¿Has oído a la chica que lo acompaña decir que está embarazada? Date prisa, sácales una foto.

El «clic» de la cámara sonó como un disparo.

Emily miró de reojo a Loukas y vio que permanecía impasible, excepto por un músculo en su sien que palpitaba como si le hubieran aplicado un electrodo invisible.

La mujer que había tomado la fotografía volvió a hablar.

–Esperemos que no se comporte como el sinvergüenza de su padre cuando su última novia se quedó embarazada.

–Fue espantoso, ¿verdad? Pero al menos le pagaron una fortuna por la entrevista. Me alegro por ella.

«¿Qué fue espantoso?».

Emily aguzó el oído. ¿Qué le había hecho el padre de Loukas a su novia? ¿Tendría eso algo que ver con el empeño de Loukas en casarse? ¿Quería evitar comparaciones con su padre?

La enfermera llamó a Emily en ese momento y Loukas y ella salieron de la sala precipitadamente.

–¿Qué ha pasado con tu…? –empezó Emily.

–Más tarde –dijo Loukas entre dientes, al tiempo que entraban en el cubículo donde los iban a atender.

Se abrió la cortina y entró una médica que miró a Loukas de hito en hito.

–¡Dios mío! ¿Loukas? ¡Qué sorpresa! –exclamó con una amplia sonrisa.

¿Había alguien en todo Londres que no supiera quién era Loukas? Emily lo miró para ver cómo reaccionaba al ver a la médica, pero se mantuvo impertérrito.

–Lo siento, ¿te conozco? –preguntó.

La sonrisa de la mujer se desdibujó.

–Tomamos una copa en un acto de beneficencia el año pasado. ¿No te acuerdas? Soy Maida Freeman. Íbamos a marcharnos juntos, pero me llamaron. Estaba de guardia –puso los ojos en blanco–. Es la historia de mi vida.

–Ahora me acuerdo –dijo Loukas con una amabilidad que no llegó a iluminar sus ojos.

La doctora se volvió hacia Emily.

–¡Qué pequeño es el mundo!

«No lo bastante si me voy a encontrar con todas sus ex o futuras amantes».

–¿En qué puedo ayudarte? –preguntó la médica.

–No quería molestar a nadie, pero Loukas ha insistido en… –empezó Emily.

–Emily se ha desmayado dos veces esta tarde –dijo Loukas–. Está… embarazada –continuó, tragando entre palabras.

–Eso es relativamente frecuente en los inicios del embarazo –dijo la doctora Freeman–. Cuando las hormonas se activan son habituales los mareos, los vómitos y los desmayos. La enfermera te hará unas pruebas y un análisis de sangre para asegurarnos de que no tienes anemia –miró el dedo vendado de Emily–. ¿Qué te ha pasado?

–Me he cortado con un cristal.

La mirada de la médica se endureció.

–¿Cómo te sientes respecto al embarazo?

–¿Qué quieres decir? –preguntó Emily.

–¿Ha sido planeado o…?

–No, pero es muy bienvenido –dijo Loukas, tomando la mano de Emily.

«¿Bienvenido?».

Emily se esforzó por disimular su sorpresa.

La médica los miró alternativamente y finalmente, sonrió.

–Me alegro mucho por ti, Loukas. Estoy segura de que vas a ser un padre excelente.

«Al contrario que el tuyo».

Aunque no lo dijera, la insinuación pareció flotar en el aire. Emily tenía la sensación de estar en una obra de teatro representando el papel equivocado. Solo sabía de Loukas que era el mejor amigo de Draco. No tenía ni idea de cuál era su color favorito, qué libros o qué películas le gustaban o qué partido político apoyaba. Tampoco sabía nada de su infancia, excepto que sus padres se habían divorciado cuando era pequeño, y eso se lo había contado Allegra.

–¿Desde cuándo sois pareja? –preguntó la doctora.

Tras un breve silencio, Loukas se adelantó a Emily.

–Lo hemos mantenido en secreto desde hace un tiempo. Nos presentó mi mejor amigo.

La doctora sonrió.

–Ah, sí, se ha casado hace poco, ¿no? Lo he leído en la prensa. Supongo que también lo haréis vosotros ahora que vais a ser padres.

–No hemos… –empezó Emily.

–Sí –dijo Loukas, apretando la mano de Emily–. Ya estamos haciendo planes.

–¡Qué bien! Soy un poco anticuada y pienso que los niños necesitan saber que el compromiso que hay entre sus padres es lo bastante fuerte como para casarse. Les proporciona seguridad. Ahora, deja que mire ese dedo.

Tras examinarlo, la doctora pidió una ecografía para asegurarse de que no había ningún resto de cristal. Una radióloga llevó el aparato en un carrito.

–Por ahora solo el dedo –dijo la doctora–. Es un poco pronto para ver el bebé a no ser que la ecografía sea vaginal. Si no estuviéramos tan ocupados esta noche la pediría.

–No hace falta –dijo Emily–. Podemos esperar.

La ecografía mostró que el dedo estaba bien, y después de que se fuera la radióloga, llegó una enfermera para tomar una muestra de sangre mientras la doctora iba a ver a otro paciente. Aunque no tenían suficiente intimidad como para hablar, Emily lanzó a Loukas una mirada significativa. Si creía que iba a forzarla a casarse con él, estaba muy equivocado.

La doctora volvió con un frasco de pastillas de hierro y un papel con información sobre salud durante el embarazo.

–Estás perfecta. Descansa e intenta hacer comidas frecuentes y poco abundantes. Si duran las náuseas, ve a ver a tu médico de familia –sonrió a Loukas una vez más–. Has hecho bien en traerla. Demuestras cuánto te importa. Te aseguro que aquí vemos todo tipo de gente, y te asombraría saber cómo se comportan algunos hombres con sus compañeras.

–Gracias por atendernos –dijo Loukas.

En cuanto salieron del hospital, Emily exclamó:

–¡No me puedo creer que les hayas dicho a la doctora y a la recepcionista que vamos a casarnos! ¿Estás loco? ¿Y si se lo cuentan a alguien?

–Se supone que la información de los pacientes es confidencial –dijo Loukas.

Emily se paró en seco.

–¿Y las mujeres de la sala de espera? Te han sacado una foto. Para ahora puede que la hayan vendido a la prensa.

Loukas apretó los dientes.

–No puedo hacer nada al respecto.

–¿Por qué tenías que decir que estamos prometidos cuando somos…?

–¿Prácticamente unos desconocidos? ¿Qué imagen daría eso de ti?

–Ah –dijo Emily desconcertada.

–Exactamente –Loukas resopló–. Has salido de una relación prolongada y te quedas embarazada en un rollo de una noche. No es justo, pero las mujeres siguen siendo censuradas por cosas así. Por eso he pensado que era mejor que la doctora Freeman creyera que salimos desde hace algún tiempo y tenemos planes de boda.

Emily se sintió súbitamente emocionada por que Loukas se preocupara de su reputación. Pero sospechaba que eso no era lo único que estaba en juego.

Una vez entraron en el coche y arrancaron, Emily se volvió en el asiento y preguntó:

–¿A qué se referían esas mujeres cuando hablaban de tu padre?

Loukas apretó los labios como si los tuviera cosidos.

–A nada.

–Si fuera «nada» la gente no hablaría de ello –dijo Emily–. Y aunque la doctora Freeman no lo ha mencionado directamente, lo ha insinuado. ¿No crees que, ya que por lo visto estamos… prometidos, debo saberlo?

Loukas exhaló prolongadamente y apretó el volante con fuerza.

–A principios de año dejó embarazada a su novia del momento, una mujer de diecinueve años. Insistió en que abortara, y, cuando ella se negó, la dejó –los nudillos de Loukas estaban blancos debajo de su tostada piel–. Ella intentó suicidarse cortándose las venas. Alguien la encontró, pero había perdido demasiada sangre y el bebé no sobrevivió. Sufrió un aborto de camino al hospital.

–¡Qué horror!

–Mi padre es un conocido empresario tanto aquí como en Estados Unidos, y a la prensa le encantan los escándalos –continuó Loukas–. La mujer recibió una oferta millonaria para una entrevista. Comprendo que la aceptara, pero ha convertido mi vida en una pesadilla. Todo el mundo está esperando a poder decir: «De tal palo, tal astilla».

Emily entendió la incómoda situación en la que Loukas se encontraba y su insistencia en que se casaran. Pero ella concebía el

matrimonio como un compromiso sagrado entre dos personas que se amaban, y no podía imaginarse que el de ellos dos pudiera funcionar. Menos aún, cuando apenas se conocían.

–Loukas, lo que le pasó a esa chica es espantoso, pero tú no eres tu padre y no debes ser juzgado por sus actos.

–Explícale eso a la prensa.

Emily permaneció callada el resto del camino a su casa, y Loukas tampoco mostró ningún deseo de hablar. Emily no lo culpaba. En una tarde había descubierto que iba a ser padre, había tenido que ocuparse del corte de su dedo y de un par de desmayos, y había tenido que llevarla al hospital, donde se había enfrentado a la curiosidad de los pacientes y del personal. Sería mejor discutir el tema del matrimonio cuando los dos hubieran descansado y tuvieran la mente despejada.

Pero, cuando giraron la esquina hacia el edificio en el que estaba su apartamento, Emily se dio cuenta de que la noche no había acabado. Loukas aparcó detrás del coche de Emily.

–¿Esperas visita? –preguntó.

–No –Emily se encogió en el asiento al ver a un hombre acercarse a la carrera con una cámara de fotos. Detrás de él iba una mujer con una grabadora.

Una tercera persona se bajó de un coche que estaba aparcado unos metros más adelante y fue hacia el lado de Loukas con una cámara. Emily miró a Loukas horrorizada.

–¿Cómo han sabido dónde vivo?

–Alguien del hospital se lo habrá dicho –contestó Loukas–. Deja que yo me ocupe.

Bajó la ventanilla. El periodista se inclinó para preguntar:

–Señor Kyprianos, una fuente nos ha anunciado que usted y la señorita Seymour se han prometido y esperan un bebé. ¿Quiere hacer algún comentario?

–Solo quiero decir que estamos muy felices –declaró Loukas–. Ahora, si nos disculpan, tenemos cosas que hacer.

Bajó del coche y lo rodeó hacia el lado de Emily, pero la otra periodista llegó antes que él.

–Señorita Seymour, ¿qué se siente al estar prometida con uno de los solteros más cotizados?

Emily salió del coche y tomó la mano de Loukas.

–Es… fantástico. Genial. Quiero decir, él es genial.

Loukas la tomó por la cintura, estrechándola contra sí.

–Eso es todo. Emily ha tenido un día muy difícil, así que si nos disculpan…

–¿Qué le ha pasado en el dedo? –preguntó la periodista.

–He-he roto un frasco de perfume y me he cortado.

–¿Cómo ha reaccionado tu padre a la idea de ser abuelo, Loukas? ¿Ya se lo has contado?

–No, pero estoy seguro de que os ocuparéis de hacerlo vosotros –dijo Loukas, dirigiendo a Emily hacia su casa e indicándole que le diera la llave. Ella rebuscó en el bolso y se la pasó; él abrió la puerta y entraron.

–¿Cuánto tardarás en preparar una bolsa de viaje? –preguntó una vez estuvieron dentro.

Emily lo miró desconcertada.

–¿Para qué?

–Vas a venir a mi hotel –dijo Loukas–. Estarás más segura que aquí hasta que esto pase.

–¡Menudo sentido de la confidencialidad! –dijo ella entre dientes.

–Dudo que haya sido la doctora Freeman. Apuesto a que han sido esas dos mujeres. Debieron de ver tu dirección en la ficha que rellenaste.

Emily se cruzó de brazos y lo miró con un gesto de desconfianza.

–Si no hubieran llamado a la doctora aquella noche, ¿te habrías acostado con ella?

Él la miró impertérrito.

–Puede.

–Ella estaba dispuesta –dijo Emily–. De hecho, si no llegas a decirle que estábamos prometidos, te habría pedido el teléfono para quedar más tarde. Podrías estar con ella ahora mismo, disfrutando de una sesión de sexo tórrido en lugar de atrapado con…

–Emily… –dijo él con firmeza.

Emily estaba al borde de las lágrimas. Fue hasta la ventana para correr las cortinas y ocultar el piso a la vista de los periodistas. Estaba perdiendo el control de su vida. Un día era un ser anónimo y al día siguiente la perseguían como si fuera una celebridad. ¿Cuándo pasaría aquella locura? ¿Llegaría a pasar?

–Seguro que se está preguntando cómo has podido preferirme a ella. Apuesto a que los periodistas también se lo preguntan. Y todo el mundo que lea la noticia mañana. Un hombre como tú, eligiendo a una aburrida y sosa secretaria judicial de Tottenham en lugar de a una doctora de Knightsbridge. ¡Qué ironía!

Loukas se acercó y la obligó a volverse hacia él. Al ver que

tenía los ojos húmedos hizo una mueca y le acarició la mejilla.

–No llores, por favor.

–No-no estoy llorando –dijo Emily con un respingo.

Loukas le dio un pañuelo que olía a su loción de afeitar y que estaba caliente por haber estado pegado a su cuerpo. Ella ocultó el rostro en él y dejó escapar un par de sollozos. Loukas posó la mano en su nuca y se la masajeó; luego le levantó el cabello y le acarició el cuello, y Emily sintió una corriente eléctrica atravesarla hasta el núcleo de su ser.

¿Cuándo la habían consolado así por última vez? Daniel nunca había sido el tipo de hombre que consolaba con abrazos, lo que, dado lo que había descubierto sobre él posteriormente, era comprensible. Pero tampoco su madre había demostrado afecto físicamente. Lo más que recibía de ella era un beso lanzado al aire y un rígido achuchón de una fracción de segundo. ¿Cuándo había tenido alguien a su lado, abrazándola en silencio, mostrando su apoyo con su mera presencia? El gesto de Loukas le hacía sentirse segura y protegida del amenazador mundo exterior.

Levantó la cabeza lentamente y fijó los ojos en la inescrutable mirada de Loukas.

–Lo siento. Son las hormonas.

Loukas esbozó una sonrisa y le acarició de nuevo la mejilla, rozándosela levemente con el pulgar con una delicadeza que le alteró los nervios a Emily. Él deslizó los ojos hacia sus labios y ella instintivamente se los humedeció, incapaz de resistir el gesto aunque sabía que era una manifestación de excitación.

El aire se cargó de electricidad y de un erotismo que le aceleró el pulso a Emily.

Loukas entonces le acarició el labio inferior como si quisiera alisar una arruga en una prenda de seda y Emily sintió como si la yema de su dedo hiciera aflorar a la superficie de su labio cada nervio, pulsante, caliente, palpitante.

–Tienes unos labios maravillosos –dijo Loukas con una voz grave que parecía brotar del centro de la Tierra.

Emily le acarició el rostro con la mano, perdiéndose en las profundidades de su mirada. Sus ojos estaban tan oscuros que apenas se distinguía el iris.

–¿Qué estamos haciendo, Loukas? –susurró.

Su aliento le acarició los labios.

–Esto –dijo Loukas. Y la besó.

Sus labios se movieron con una sensual habilidad sobre los de ella, redescubriendo su contorno, consiguiendo que Emily sintiera

que la sangre se le aceleraba en las venas.

Ella se abrazó a su cuello y se apretó contra su cuerpo cálido y fuerte. Él le pasó la lengua por la línea de los labios y ella los separó con un suspiro de placer. La exploración de su lengua fue tan embriagadora como la primera vez que la había besado y lanzó sus hormonas a un paroxismo de excitación. Su lengua buscó la de ella para jugar, acariciarla, perseguirla, seducirla. Loukas posó las manos en sus caderas, apretándola aún más contra su cuerpo, allí donde la sangre le bombeaba y su cuerpo se endurecía. Ella se frotó contra él instintivamente, arrastrada por una necesidad primaria sobre la que no tenía control. Él giró el rostro para profundizar el beso mientras alzaba una mano hacia su rostro y luego hundió los dedos en su cabello al tiempo que le mordisqueaba los labios hasta que ella gimió de placer. Emily subió las manos hasta su cabeza y le acarició el cuero cabelludo lentamente, arrancándole deliciosos sonidos guturales de aprobación. Entonces Loukas llevó una mano hasta uno de sus senos, pero estaban tan sensibles que Emily retrocedió con una exclamación de dolor.

Él frunció el ceño con gesto de preocupación.

–¿Te he hecho daño?

Emily hizo una mueca.

–Tengo los senos muy sensibles. Es por las hormonas.

Loukas volvió a poner las manos en sus caderas delicadamente, como si temiera que fuera a romperse.

–Perdona. No lo sabía. ¿Estás bien?

–Perfectamente.

Loukas retrocedió.

–De todas formas, puede que sea mejor parar antes de perder el control –se frotó el rostro como si intentara recuperar la compostura–. Esta noche está siendo una montaña rusa.

«Ni que lo digas».

Emily lo siguió con la mirada cuando él se acercó a la ventana y miró al exterior.

–¿Siguen ahí?

Loukas dejó caer la cortina.

–No, pero deberías venir al hotel conmigo.

–¿De verdad lo crees necesario?

Por cómo la miró, Emily dedujo que Loukas no cambiaba de idea fácilmente una vez había tomado una decisión.

–Emily, hazme caso –dijo él–. Conozco a la prensa. Estarán aquí a primera hora, intentando que les des una exclusiva.

–No hablaré con ellos, así que…

–No podrás evitarlo –continuó Loukas con determinación–. No querrás ser maleducada y antes de que te des cuenta les habrás invitado a café y galletas caseras, y les estarás contando tu vida.

Emily apretó los labios, rechazando la imagen que Loukas pintaba de ella. Sí, hablaba mucho. Quizá compartía su intimidad con cierta facilidad, pero solo cuando estaba nerviosa. ¿Y por qué había adivinado que hacía sus propias galletas? La describía como si fuera una mujer de los años cincuenta.

–No voy a poder evitar a la prensa indefinidamente, ni puedo quedarme a vivir en tu hotel. Además, solo estás aquí para una semana.

Loukas la miró detenidamente.

–¿Por qué me miras así? –preguntó Emily.

–Quiero que vengas a Corfú conmigo.

Emily sintió un peso muerto en el estómago.

–¿Qué? –preguntó atónita.

–Solo hasta que la prensa pierda interés –dijo él–. Podrías descansar sin el constante temor a que te sigan con una cámara o un micrófono. Podemos quedarnos allí hasta la ceremonia.

Emily le dio la espalda al tiempo que se abrazaba la cintura.

–Estás volviendo a decir tonterías.

Él se acercó y la hizo volverse a mirarlo. Sujetándola con fuerza por las muñecas y mirándola como si la mantuviera cautiva, dijo:

–Estoy intentando protegerte, Emily.

Que alguien se ofreciera a protegerla le resultaba tentador; mucho más de lo que le debía resultar a una mujer emancipada de casi treinta años. Pero Emily llevaba toda su vida anhelando seguridad y estabilidad. ¿Sería Loukas ese hombre al que acudir y que en el pasado había creído haber encontrado en Daniel? ¿La persona que la defendería y que la apoyaría? Emily consideró por un instante la posibilidad de casarse con él. No tendría que ser madre soltera; no tendría que preocuparse de criar a su hijo sola. Loukas estaría a su lado, se relacionaría con el bebé, lo tendría cerca cuando necesitara apoyo. Ella formaría parte de una unidad familiar en la que habría una mamá, un papá y un niño. Una unidad estable y protectora, como la que había deseado tener desde que tenía uso de razón.

«¿Te estás planteando casarte con él? Has tardado más en decidir qué vestido ponerte».

«Pero me gusta la idea de sentirme protegida».

«Efectivamente, necesitas protección, pero de tus propias hormonas».

¿Qué pasaría si seguía a Loukas? Un beso un mes atrás había acabado con ella embarazada. Pasar un par de semanas con él en la misma casa solo podía acarrearle problemas. Intentó soltarse, pero Loukas la mantuvo asida firmemente.

–Puedo cuidar de mí misma –consiguió decir con una calma de la que se enorgulleció.

Loukas enarcó una ceja en un gesto de escepticismo y miró hacia el dedo que tenía vendado.

–¿Estás segura?

Emily apretó los labios y le lanzó una mirada que habría congelado una botella de vodka.

–No puedo dejar mi trabajo de un día para otro.

–Si no me equivoco, Allegra es tu jefa. Seguro que lo comprende y que le parece una buena idea que vayas a un lugar donde estés segura.

Emily frunció el ceño.

–Pero ¿qué voy a decirle?

–¿Sabe que estás embarazada?

–Oficialmente, no. Solo le dije que tenía un retraso. Tú eres la primera persona a la que se lo he dicho.

La mirada de Loukas se dulcificó.

–Gracias.

–De nada.

–Será mejor que se lo cuentes a Allegra antes de que lo lea en los periódicos –dijo Loukas.

–¿Tú vas a llamar a Draco?

Loukas la soltó y retrocedió unos pasos.

–No me vuelve loco hacerlo.

–Supongo que no es muy agradable admitir que has dejado preñada a la dama de honor –dijo Emily con crudeza–. Sobre todo teniendo en cuenta que no es tu tipo.

Loukas frunció los labios de un lado a otro como si se planteara cómo responder.

–Alguien ha conseguido que tengas la autoestima por los suelos.

Emily le dedicó su mejor gesto de dignidad, alzando la barbilla y mirándolo con desdén.

–Vete de aquí.

–No pienso irme sin ti –dijo él con expresión impasible–. Ve a hacer el equipaje, o lo haré yo por ti.

Emily se plantó con los brazos cruzados.

–Tú no mandas en mí.

«¿Tú no mandas en mí? ¿Pero es que tienes seis años?».

«Me niego a obedecerle».

«Me temo que vas a tener que hacerlo, y por la cara que está poniendo, cuanto antes, mejor».

Loukas le sostuvo la mirada en un mudo duelo que le provocó un cosquilleo a Emily. Estaba decidida a ganar para demostrarle que no era una marioneta, pero una oleada de náuseas le subió a la garganta y, cubriéndose la boca, tuvo que correr al cuarto de baño.

Oyó que Loukas la seguía, pero ya ni siquiera le importaba que fuera testigo de su humillación. Aunque hubiera habido un estadio de fútbol completo observándola, le habría dado lo mismo. Tiró de la cadena y se incorporó. Loukas ya había humedecido una tolla para ofrecérsela.

–Aquí tienes.

Emily se refrescó el rostro y luego se lo lavó en el lavabo. Era plenamente consciente de la presencia de Loukas porque en cuanto entraba en una habitación, esta parecía encogerse.

Él posó las manos en sus hombros y acercó las caderas a sus nalgas. Emily tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no apoyar la cabeza en el fuerte militar que representaba su torso. Sus miradas se encontraron en el espejo y ella sintió una sacudida recorrerla. Las caderas de Loukas rozaron su trasero.

«Dios mío, Dios mío».

¿Cómo podía estar pensando en el sexo cuando un minuto antes estaba doblada sobre el retrete?

–Deja que cuide de ti, Emily –dijo él con una firmeza que hizo que Emily quisiera olvidar cualquier noción de emancipación femenina y convertirse en una perfecta amita de casa.

Se volvió hacia él mordisqueándose el labio inferior.

–Corfú suena muy tentador…

Loukas le alzó la barbilla y, esbozando una sonrisa, dijo:

–Esa es mi chica.

Capítulo 4

Loukas se alojaba en uno de los hoteles de Chelsea en los que Emily jamás se habría planteado entrar, y aún menos, pasar la noche. En cuanto Loukas detuvo el coche ante la majestuosa entrada, un par de botones con sombreros de copa aparecieron en la alfombra roja que daba acceso al espectacular vestíbulo. El equipaje de Emily desapareció como por arte de magia y Loukas entrelazó su brazo con el de él.

–Saldremos hacia Corfú mañana después del almuerzo. Tengo que resolver un par de cosas, pero tú puedes descansar aquí hasta que salgamos para el aeropuerto.

Emily abrió los ojos como platos cuando entró en el hotel. Columnas corintias dividían el vestíbulo. Una lámpara de araña central colgaba del techo increíblemente alto y diversos apliques refulgían desde lugares estratégicos en las paredes. Un gigantesco espejo con un ornamentado marco dorado colgaba sobre una chimenea de mármol, ante la que un sofá y varios sillones de corte clásico creaban un acogedor rincón.

En el otro lado de la habitación había un piano de cola, tan limpio que la araña que pendía sobre él se reflejaba en su superficie como si sobre él hubieran caído docenas de diamantes. Arcadas de columnas blancas dividían el espacio en secciones, y la recepción quedaba en el extremo opuesto, donde el personal uniformado hacía guardia. Loukas les informó de que Emily lo acompañaría a la suite y luego la llevó hasta la hilera de ascensores que había tras otro arco.

Mientras esperaban al ascensor, Loukas mantuvo la mano de Emily en la suya. Mirándola, preguntó:

–¿Cómo te encuentras?

Emily intentó disimular lo impactada que estaba, pero tenía la seguridad de que su rostro parecía el de una niña en una tienda de caramelos. Dondequiera que mirara, encontraba un lujo extremo. Hasta el botón para llamar al ascensor parecía de oro puro.

–Estoy bien, pero tengo un poco de hambre.

–Pediré que traigan algo a la habitación.

Un poco más tarde, Emily estaba sentada en la enorme cama,

apoyada en una nube de almohadas y con una bandeja con comida sobre las piernas. Loukas estaba leyendo en el teléfono sus mensajes y no había probado bocado de la suya, que estaba en una mesa, a su lado. Emily comió poco porque temía volver a sentir náuseas. Entre bocado y bocado, aprovechaba para observar a Loukas mientras él se ocupaba de sus negocios. Fruncía el ceño en un gesto de concentración y hundía los hombros pasando con el pulgar de una pantalla a la siguiente. La sombra de su barba había empezado a asomar y le oscurecía el mentón, provocando en Emily el deseo de acariciársela.

Recordaba a la perfección el roce áspero de esa piel contra la suavidad de la suya. Después de la noche que habían pasado juntos, habían tenido que pasar días hasta que las marcas desaparecieron de su rostro, y de otros lugares más íntimos. Tuvo que usar maquillaje para disimularlas, y cada vez que se lo aplicaba, el estómago se le contraía al recordar por qué las tenía.

Loukas alzó la mirada del teléfono y la descubrió mirándolo.

–¿Has terminado?

Emily confió en no haberse ruborizado, pero el calor que sentía en las mejillas indicaba lo contrario. Se rio para sí pensando que podría conseguir trabajo como hornillo.

–Sí. Estaba muy bueno.

Loukas se levantó y fue hacia ella. Cuando se inclinó para tomar la bandeja, Emily puso una mano en su hombro y mirándolo fijamente, dijo:

–Estás actuando maravillosamente… Quiero decir que esto debe de ser la peor de tus pesadillas, y sin embargo estás aquí, atendiéndome y cuidando de mí como si fuera una princesa.

Loukas la miró a los ojos y luego bajó la mirada a sus labios. A continuación respiró profundamente, tomó la bandeja y la colocó junto a la suya, sobre la mesa. De espaldas a Emily, se pasó una mano por el rostro. Entonces se volvió con una expresión inescrutable.

–Deberías dormir.

–¿Dónde vas a dormir tú?

Loukas indicó el salón contiguo con la barbilla.

–En el sofá.

Emily frunció los labios y toqueteó el embozo de la sábana.

–No es necesario. Quiero decir… Esta cama es más grande que todo mi piso.

–Emily –Loukas pronunció su nombre como si fuera un director de colegio riñendo a una niña que tuviera prohibido entrar en la

sala de los mayores.

Manteniendo la mirada en la sábana porque le daba vergüenza mirarlo a los ojos, dijo:

–Vale, bueno. Buenas noches.

Vio las piernas de Loukas aparecer junto a la cama. Él puso un dedo bajo su barbilla para que lo mirara.

–No debería haberte tocado –dijo–. Cometí un error. Un grave error.

Emily no pudo desviar la mirada de la de él.

–¿Por qué diste el paso la noche de la boda?

Loukas retiró la mano y metió ambas en los bolsillos de los pantalones.

–Estaba… tenso.

–¿Tenso? –repitió Emily–. ¿Por qué?

–Por cosas.

–¿Qué cosas?

Loukas tomó aire y lo soltó lentamente.

–Asuntos familiares.

–¿Tu padre?

El rostro de Loukas se tensó hasta que su expresión adquirió el aspecto de una máscara de piedra.

–Ya hemos hablado suficiente. Pareces cansada. Nos vemos por la mañana.

Loukas salió y Emily se quedó mirando la puerta con el ceño fruncido. Se planteó salir tras él e intentar que le diera más información, pero se dio cuenta de que estaba verdaderamente cansada y que apenas le quedaba fuerza para quitarse las lentillas y meterlas en el estuche que tenía en el bolso, junto a la cama. Luego, reposó la cabeza sobre la almohada y en cuestión de segundos estaba dormida.

Loukas se resignó a no conseguir dormir en el sofá por más cómodo que fuera, y se quedó sentado, mirando por la ventana aunque apenas fuera consciente de las gotas de lluvia que salpicaban los cristales. Había cancelado todos sus compromisos excepto uno para poder llevar a Emily a Corfú, donde confiaba en que pudieran estar tranquilos hasta que le pusiera la alianza en el dedo.

Todavía no les había hablado ni a su madre ni a su hermana de Emily, pero tampoco se comunicaba regularmente con ellas. Había ido a ver a Ariana al hospital tras su última intervención

quirúrgica, pero siempre mantenía cierta distancia porque cada vez que la llamaba o la visitaba recordaba lo que le había hecho. Por eso se aplicaba el refrán: «Ojos que no ven, corazón que no siente», convencido de que era lo mejor para todos. Afortunadamente, Ariana no recordaba nada del accidente, y aceptaba los años de operaciones y de terapia física con una admirable fortaleza.

Pero aunque no hablaran nunca de aquel día, él no conseguía olvidarlo. Él había causado aquel daño a su familia, hiriendo a su hermana y destrozando el matrimonio de su madre. Su marido la había dejado un año después del accidente porque no soportaba las ausencias de su esposa mientras atendía a su hija en el hospital y durante los largos meses de rehabilitación.

Loukas había sido el desesperado testigo del colapso del mundo de aquellos a quienes amaba. Su hermana había perdido la capacidad de correr, de jugar y de bailar; se había quedado sin futuro y jamás lo recuperaría. Su madre había perdido el amor que había encontrado después de que su padre se divorciara de ella, y se había convertido en una sombra de lo que había sido, físicamente consumida y emocionalmente frágil, solo sostenida por la determinación de arrancar a su hija de las garras de la muerte.

Sus vidas habían mejorado considerablemente a lo largo de los años. Loukas se había asegurado de ello, cubriendo todas sus necesidades; pero la cruda realidad era que Ariana nunca podría hacer lo que era normal para sus compañeros, y que su madre nunca recuperaría los años perdidos porque atendía a Ariana las veinticuatro horas del día y no tenía una vida propia.

Y él tenía la culpa.

¿Cómo iba a contarles a su madre y a su hermana que había vuelto a causar daño a alguien? Le espantaba la idea de que se enteraran por la prensa, pero ¿cómo explicar que había dejado embarazada a una mujer con la que, para empezar, no debía haberse acostado? No se trataba de que su madre fuera a enfadarse, puesto que anhelaba ser abuela. Loukas veía cómo se quedaba mirando con melancolía los cochecitos con los que se cruzaban y los anuncios en los que aparecían bebés o niños. Y cuando veía los esfuerzos que hacía para disimularlo, Loukas sentía un puñal clavársele en el pecho. Pero debido a los problemas de salud de su hermana, solo él podía proporcionarle nietos.

Ser el responsable de que su hermana no pudiera tener hijos hacía aún más insoportable su sentimiento de culpabilidad. Esa era

una de las razones por las que había decidido no casarse ni tener familia: ¿por qué iba a tener él ese privilegio cuando se lo había robado a su hermana? Cada uno de los hitos de su vida en ese sentido solo podía ser motivo de tristeza y no de celebración.

Loukas se levantó, cruzó la sala y entreabrió la puerta del dormitorio. Las luces de la calle proyectaban sobre la cama una luz plateada. Emily estaba hecha un ovillo, apenas ocupando una fracción del espacio del que disponía. Su cabello castaño claro estaba extendido sobre la almohada como un halo. Reposaba la mejilla sobre la mano del dedo vendado, mientras que la otra descansaba, abierta, sobre la sábana, junto a su rostro. Emitió un suave murmullo, dio media vuelta y se desperezó como un gato en un movimiento que dejó intuir sus pequeños y perfectos senos y sus marcados pezones.

Emily abrió los ojos en ese momento y vio a Loukas en la puerta. Se incorporó como un rayo y, tomando unas gafas de la mesilla, se las puso al tiempo que con la otra mano se cubría hasta la barbilla.

–¡Qué susto me has dado!

–Perdona, solo quería asegurarme de que estabas bien.

–Podías haber llamado antes –dijo Emily, haciendo un mohín–. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

–Poco.

Emily se abrazó las rodillas y miró a Loukas por encima del marco de carey de sus gafas, en un gesto que le hizo pensar en una niña fingiendo actuar como una bibliotecaria severa.

–¿Qué tal te va en el sofá?

–Fenomenal.

–Mentiroso. Seguro que te cuelgan las piernas.

Loukas miró el frasco del líquido de las lentillas y el pequeño estuche que estaban sobre la mesilla.

–No sabía que usaras lentillas. ¿Las llevabas la noche que…?

–Sí, pero no me las quité porque… –Emily se ruborizó–. No tuve tiempo.

–Estábamos un poco acelerados, ¿verdad? –Loukas entró y se sentó en la cama, junto a los pies de Emily–. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Tienes sed?

–No, estoy bien.

–¿No tienes náuseas?

Emily cruzó los dedos índice y corazón.

–Por ahora, no.

Y tras un instante, alargó la mano hacia la barbilla de Loukas y

la acarició. Sus ojos tras las gafas se veían grandes y luminosos; sus labios tan delicados y tentadores que Loukas tuvo que cerrar los suyos con fuerza para evitar besarla.

–Tuve la piel raspada durante días después de la noche que nos acostamos –continuó Emily–. Me gasté una fortuna en maquillaje para disimular las marcas.

Al tiempo que ella dejaba caer la mano, Loukas alzó la suya y le acarició la mejilla. Luego describió delicados círculos sobre el surco del labio superior, hasta que los labios de Emily temblaron bajo sus yemas.

–Besarte fue mi primer error.

Los ojos de Emily brillaron como dos oscuros pozos de tinta.

–¿Y el segundo?

–Estoy a punto de volver a cometerlo –Loukas inclinó la cabeza y probó sus labios, una, dos, tres veces. Emily dejó escapar un suspiro y él volvió a acercar sus labios, prolongando el contacto, deleitándose en la voluptuosidad de los de Emily amoldándose a los suyos, y sintiendo que toda su sangre se concentraba en su ingle. Nunca había probado una boca tan dulce como la de Emily; dulce y excitante a un tiempo. El calor de sus labios estallaba en la boca de él, prendiendo hogueras por todo su cuerpo, impulsándolo a abrazarla y estrecharla contra sí con la desesperación de sentir su cuerpo pegado al de él.

Ella se abrazó a su cuello y enredó los dedos en su cabello a la vez que sus aterciopelados labios ponían a prueba el control sobre sí mismo de Loukas.

«¿Qué autocontrol?».

Con Emily no parecía tener ninguno. Sus suspiros y gemidos lo animaban a continuar y hacían imposible alejarse de la tentación. Loukas profundizó el beso, explorando cada rincón de su boca; tomó su rostro entre las manos y ladeó la cabeza para tener mejor acceso y perderse en su aroma.

Ella le acarició el cuero cabelludo con un masaje que lo sumió en un estupor. Sus manos despertaban en él el instinto primario de perderse en ella. Él siempre mantenía el control. Siempre. Pero en cuanto fundía su boca con la de Emily y las manos de ella lo tocaban, el deseo que lo devoraba era casi aterrador.

Alzó la cabeza.

–Eres una jovencita peligrosa.

Los ojos de color caramelo de Emily lo miraron con ingenuidad desde detrás de las gafas.

–¿Por qué?

Loukas le pasó el dedo por los labios, hinchados tras el beso.

–Porque por más que me digo que no debo hacerlo, no puedo dejar de tocarte.

Emily posó una mano sobre una de las muñecas de Loukas.

–A mí me pasa lo mismo –llevó los dedos a los labios de Loukas y preguntó–. ¿Está bien que hagamos esto?

–¿A qué te refieres con «esto»? –preguntó Loukas, aunque sabía perfectamente lo que era: lo único en lo que podía pensar desde hacía semanas, lo único que deseaba.

Emily se inclinó hacia delante y le besó los labios con la levedad de una pluma.

–Tocarnos, besarnos y… eso.

–¿No es lo normal en las parejas prometidas?

Emily dejó caer la mano y se mordisqueó el labio inferior.

–Esperé siete años a que mi novio me hiciera una proposición de matrimonio que nunca llegó. A ti solo te conozco desde hace un mes y no dejas de hablar de matrimonio. ¿Cuándo vas a aceptar mi negativa?

Loukas la miró fijamente.

–No tenemos que permanecer casados para siempre; solo lo bastante como para ahuyentar a la prensa. No te estoy ofreciendo un cuento de hadas, sino un acuerdo satisfactorio para los dos y para que nuestro hijo pueda empezar bien su vida. Después de eso, podemos revaluar la situación.

Emily lo miró dubitativa.

–No lo sé… Me cuesta pensar en casarme con alguien a quien apenas conozco.

–Nunca te faltará nada. Yo me aseguraré de ello.

Emily frunció el ceño.

–No se trata del dinero. No estamos enamorados.

–Tampoco lo estaban Draco y Allegra inicialmente.

–Pero Allegra siempre estuvo un poco enamorada de él. En cambio, yo apenas sé nada de ti ¿y esperas que me case contigo?

–Es la única salida que tenemos. Si nos casamos, el interés de la prensa se desvanecerá, igual que ha pasado con Draco y Allegra.

Emily miró a Loukas con escepticismo.

–¿De verdad te casarías con una desconocida para librarte de un interés mediático pasajero?

–Lo haríamos por el niño, Emily. ¿Quieres pasar los próximos ocho meses siendo acosada por periodistas cada vez que sales de casa? Si nos casamos, el problema queda resuelto.

Emily pasó del horror a la resignación.

–Está bien, lo haremos como propones: me casaré contigo –dijo–. ¿Cuándo pretendes que lo hagamos?

–A final de mes.

Emily lo miró con los ojos desorbitados.

–¿En dos semanas?

–No hace falta mucho tiempo para preparar una ceremonia sencilla con un puñado de testigos.

–¿No esperará la gente que alguien de tu estatus celebre una gran boda religiosa?

–Yo no actúo de acuerdo a lo que la gente espera de mí –dijo Loukas.

–Claro –Emily lo miró con sorna–. Por eso prefieres casarte con una desconocida a que te comparen con tu padre.

Loukas apretó los labios para no responder a la provocación de Emily. No se trataba de evitar comparaciones con su padre; quería sinceramente protegerla y no veía otra manera mejor de hacerlo.

–¿Tú sí quieres una gran ceremonia?

Emily se encogió de hombros con fingida indiferencia.

–No particularmente.

–¿Qué tipo de boda habrías organizado con tu ex?

Emily le lanzó una mirada de reproche.

–¿Podríamos dejar de hablar de mi ex?

–¿Estabas enamorada de él?

Emily desvió la mirada a un punto indefinido y suspiró.

–Pensaba que sí, pero luego me di cuenta de que no. Creo que estaba enamorada de la idea de tener pareja.

–Es un error muy común.

Emily volvió a mirarlo.

–¿Has estado enamorado alguna vez?

–No.

–¿Nunca?

–Nunca.

Emily escrutó el rostro de Loukas a la vez que insistía:

–¿Ni un poquitito?

–No.

Emily frunció el ceño.

–¿Así que te acuestas con mujeres solo por el sexo? ¿No te parece un poco… superficial?

–No.

–A mí sí.

–¿Quieres decir que la otra noche sentiste por mí algo más que deseo? –preguntó Loukas, taladrándola con la mirada.

Emily suspiró profundamente.

–Vale, tú ganas.

Loukas la tomó por la nuca y la besó en la frente.

–Duérmete, *glykia mou*. Hasta mañana.

Una vez Loukas salió, Emily se quedó mirando al techo. Iba a resultarle imposible conciliar el sueño, y menos sabiendo que Loukas estaba en la sala, dando vueltas en el sofá. ¿Debía haberle invitado a quedarse? ¿Pedirle que le hiciera el amor?

«¿Tú estás loca?».

«Lo deseo».

«¿Y?».

«Él me desea. Estoy segura».

«Por el sexo, nada más que por el sexo».

Emily tampoco quería nada más. ¿O sí? El matrimonio solo sería un acuerdo práctico. Ella no estaba enamorada de Loukas. Lo que le pasaba estaba provocado por las hormonas; por eso se derretía y se convertía en un títere en sus manos cada vez que la besaba.

Se giró y se abrazó a la almohada más próxima, aunque no fuera más que un pobre sustituto del cuerpo de Loukas. ¿Por qué se habría frenado? La capacidad de Loukas de parar un beso despertaba las alarmas en ella. Daniel siempre había tenido esa habilidad. Y eso había hecho que se sintiera poco deseable. ¿Y si Loukas solo la besaba para engatusarla y convencerla de que se casara con él? ¿Y si no la encontraba atractiva? ¿Por qué había aceptado ella un matrimonio sin amor?

Porque ya no se trataba de lo que ella quisiera, sino de qué era lo mejor para su bebé.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, tras ducharse y vestirse, Emily salió al salón y encontró a Loukas mirando por la ventana con las manos en los bolsillos de los mismos pantalones que llevaba la noche anterior, pero mucho más arrugados. Él oyó sus pasos y se volvió a mirarla. Su rostro tenía el mismo aspecto que sus pantalones.

–¿Qué tal has dormido? –preguntó Loukas.

Emily miró hacia el sofá.

–Probablemente mucho mejor que tú.

Él lo admitió con una sonrisa y dijo:

–La noticia de nuestro compromiso se ha hecho viral.

–Exactamente lo que querías.

Loukas se acercó a Emily y la tomó suavemente por los brazos.

–Sé que este es un gran paso para ti. También lo es para mí. No pensaba casarme nunca, pero…

–¿Por qué no?

Loukas la soltó y desvió la mirada hacia la ventana.

–No estaba en la lista de las cosas que quisiera hacer.

–Tiene que haber alguna razón para que no lo incluyeras –dijo Emily–. El matrimonio no ha pasado de moda. La mayoría de la gente aspira a asentarse y formar una familia en algún momento de su vida. ¿Por qué tú no?

Loukas suspiró profundamente.

–El divorcio de mis padres fue muy desagradable.

–¿Y? Tú no tienes por qué repetir sus equivocaciones.

–Eso es verdad. Pero prefiero no correr ese riesgo.

–¿Es mejor pasar de una relación a otra sin más conexión que la física?

–He visto hasta qué punto un divorcio puede afectar a los hijos.

–¿Fue eso lo que te pasó a ti?

Emily intuyó que aquel era un tema que le resultaba extremadamente doloroso. Y había oído lo bastante sobre su padre como para suponer que Loukas y su madre lo habían pasado mal.

–Háblame, Loukas –dijo con dulzura–. Si vamos a casarnos, debo conocer tu pasado.

Loukas tomó aire y lo espiró lentamente.

–Mis padres se divorciaron cuando yo tenía seis años. Al poco tiempo me mudé con mi padre a Estados Unidos. No fue una buena experiencia. Pero nunca lo es que tus padres se divorcien.

Emily frunció el ceño al imaginárselo de niño, viajando a un lugar y una cultura nuevos sin su madre. Todo niño quería tener cerca a su madre. ¿Por qué habría conseguido su padre la custodia?

–¿Por qué fuiste con tu padre en lugar de con tu madre?

Loukas la miró con tristeza.

–Mi padre castigó a mi madre por tener el atrevimiento de pedirle el divorcio. Contrató a un abogado agresivo, que destrozó su reputación. Para cuando acabó el juicio, ningún juez de Grecia le habría otorgado la custodia de un niño.

–¡Eso es horrible! ¡Cuánto sufriríais tú y tu madre! Debió de ser espantoso que os separaran.

El rictus de Loukas hizo que Emily se preguntara si había llegado a perdonar a su padre.

–Mi padre se cansó pronto de mí, así que pasé por distintas niñeras hasta que me mandó interno a Inglaterra. Así no tenía que ocuparse de mí ni siquiera los fines de semana.

Emily decidió que no le gustaba nada el padre de Loukas. Trataba mal a las mujeres y encima era lo bastante cruel como para separar a un niño de su madre para luego meterlo interno a miles de kilómetros de distancia porque lo consideraba un estorbo. No era de extrañar que Loukas estuviera dispuesto a todo para evitar parecerse a él.

El matrimonio que proponía ya no resultaba tan incomprensible. Era lógico que quisiera lo mejor para su hijo, así como proteger y ayudar a la madre de su bebé.

–¿Veías alguna vez a tu madre?

–Cuando entré en el internado, empecé a pasar las vacaciones con ella. Para entonces, a mi padre le dio lo mismo cederle parte de la custodia.

–¿Volvió a casarse?

El rostro de Loukas se ensombreció.

–Sí, pero no funcionó.

Emily sabía que muchos segundos matrimonios fracasaban, pero tuvo la sensación de que Loukas evitaba compartir con ella la historia de su madre. Era evidente que se resistía a hablar de su familia, pero dado el comportamiento de su padre, no era de extrañar.

–Que tus padres y sus relaciones posteriores no funcionaran, no

significa que las tuyas estén abocadas al fracaso –dijo–. Yo no he tenido el mejor modelo de madre posible, pero eso no ha impedido que quisiera vivir un cuento de hadas.

«Al que vas a renunciar si te casas con él».

«No hace falta que me lo recuerdes».

«Por si acaso lo olvidas».

–La ruptura de una relación en la que hay sentimientos implicados es siempre difícil.

–¿Por eso rechazas mantener relaciones duraderas?

–Odio hacer daño a la gente –dijo Loukas–. Nunca prometo nada y soy escrupulosamente sincero respecto a lo que estoy dispuesto a dar.

Emily lo sabía. Con ella había sido brutalmente sincero: «Ni ataduras, ni intercambio de teléfonos, ni repeticiones».

Pero aquella noche ella no había dado demasiada importancia a sus palabras. Solo había sido consciente de sus labios sobre los de ella, de las deliciosas sensaciones que sentía mientras él le hacía el amor.

–Pero ¿cuánto piensas que durará nuestro matrimonio? ¿Pretendes que…?

–No espero que te comprometas conmigo de por vida –dijo Loukas–. Por eso no tiene sentido organizar una gran boda. Pero por nuestro hijo, creo que deberíamos permanecer casados al menos hasta que tenga tres o cuatro años. Eso le dará una base segura antes de empezar el colegio.

Tres o cuatro años no era una eternidad. Y durante ese tiempo, ni a ella ni al bebé les faltaría nada. Además, Emily encontraba a Loukas cada vez más fascinante. Era como un mensaje cifrado que debía descodificar. ¿El matrimonio representaba una locura o era la mejor opción dadas las circunstancias?

–¿Y-y no te preocupa casarte con alguien a quien no conoces?

–Puede que apenas nos conozcamos, pero no podemos negar que tenemos química –dijo Loukas.

¿Sería eso suficiente? Emily había ansiado en vano que su ex le pidiera matrimonio. En aquel momento se planteaba aceptar la proposición de un hombre por el que se sentía extremadamente atraída, pero al que apenas conocía. Y estaba embarazada de su hijo.

–Me gustaría que me dieras más tiempo para pensarlo.

–¿Qué tienes que pensar?

Emily alzó la barbilla.

–Si crees que voy a casarme con alguien solo porque es rico,

estás muy equivocado. Tu dinero no significa nada para mí. Te aseguro que no fue eso lo que me hizo acostarme contigo.

–¿Estás segura? –preguntó Loukas escéptico.

–Sí.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Emily se obligó a sostenerle la mirada.

–Porque me besaste.

Loukas se acercó a ella y, observándola con una sensual mirada, le acarició la barbilla.

–¿Te acuestas con todos los hombres que te besan?

–No.

–¿Entonces…?

Loukas le acarició el labio inferior, aproximándose tanto a ella que Emily pudo sentir el calor de su cuerpo.

–Si te besara ahora mismo, ¿te acostarías conmigo? –preguntó él.

Los labios de Emily palpitaban bajo su dedo, su vientre se contrajo al imaginarse su caliente y masculina boca en sus partes más íntimas. El corazón le latía con tanta fuerza que un cardiólogo le aplicaría un desfibrilador. ¿Qué tenía aquel hombre para conseguir que perdiera el sentido con solo tocarla?

–Pero tú no quieres acostarte conmigo –contestó con una voz ronca que no reconoció como suya.

–¿Qué te hace pensar eso? –preguntó él.

–Anoche no quisiste compartir la cama conmigo.

Loukas trazó el perfil de sus labios con el dedo.

–Estaba preocupado por ti. No te encontrabas bien; estabas agotada.

«Ya no estoy agotada».

Aunque Emily no lo dijo en alto, se lo comunicó posando las manos en su pecho. Miró a Loukas a los ojos y vio reflejado en ellos el mismo anhelo que ella sentía. Luego deslizó la mirada hacia sus labios. No recordaba haber visto nunca una boca tan sensual. Aquella boca le había proporcionado placer, le había provocado sensaciones en lugares secretos que no había sentido nunca antes. Solo recordarlo hacía que su cuerpo vibrara.

Loukas le alzó la barbilla al tiempo que pegaba la pelvis a la de ella.

–¿Cómo puedes dudar que te deseo?

Emily sintió el endurecido bulto de su erección, el flujo de sangre que también ella sentía y que la humedecía.

–Yo también te deseo.

Desesperada, febrilmente.

Loukas le tomó el rostro entre las manos y la besó con una pasión que revelaba el deseo primario que lo poseía, el mismo que ella sentía. Su lengua entró en la boca de ella con lentos movimientos que hicieron que su núcleo palpitara, pulsante. Emily se abrazó a su cuello y acarició su cabello. Él gimió y profundizó el beso, explorando los recovecos de su boca con creciente intensidad. Un calor efervescente se extendió por el sexo de Emily cuando Loukas la apretó aún más contra sí, sujetándola con firmeza por la parte baja de la espalda.

Emily lo besó con idéntica pasión; su lengua salió al encuentro de la de él, retándola, bailando con ella hasta que los gemidos de aprobación que brotaban de la garganta de Loukas la hicieron sentirse más mujer que nunca. El deseo se convirtió en una espiral que avanzaba por su interior con una fuerza imparable.

Loukas dejó sus labios para besarle el cuello y detenerse en los puntos de placer que había descubierto aquella noche, un mes atrás. Deslizó las manos hasta dejarlas bajo sus senos, rozándolos apenas.

–No quiero hacerte daño.

–Solo me duelen si los aprietas.

Loukas le retiró el top hacia un lado y pasó sus labios por la curva superior de su seno izquierdo. Luego le lamió lentamente el valle de entre los senos.

–Avísame si estoy siendo brusco.

Emily ya no podía hablar; tenía que concentrarse en respirar. Loukas llevó la lengua hasta la curva de su otro seno y, soltándole el sujetador, le succionó los pezones. Entonces subió de nuevo, dejando un rastro de besos hasta que recuperó la boca de Emily y la sometió a un largo y lento beso que avivó su deseo y la hizo gemir y jadear de placer.

Sin saber cómo, Emily se encontró echada en la cama y Loukas descendía más allá de su ombligo hacia el triángulo de algodón que llevaba puesto. Sí, corriente algodón blanco. ¿Por qué no tendría una braguita sexy de encaje negro?

Loukas retiró la tela y trazó delicadamente el contorno de su sexo con la lengua. Las sensaciones la atravesaron, despertaron cada fibra de su cuerpo, sacudiéndola con cada caricia de su lengua, cuya presión e intensidad aumentó Loukas al llegar a su punto más caliente y sensible. Emily dejó escapar el aliento al sentir que la tensión se acumulaba en su interior en preparación a la oleada que se acercaba. Loukas parecía conocer su cuerpo mejor

que ella misma. En cuestión de segundos, alcanzó un orgasmo que la dejó temblorosa y convulsa, y aguijoneó cada uno de sus sentidos.

Pero, cuando pensó que Loukas iba a seguir adelante para satisfacer su propio placer, él se incorporó con una sonrisa apesadumbrada y, separándose de la cama, dijo:

–Tendremos que esperar a otra ocasión. Tengo una reunión en media hora y quiero que podamos tomarnos todo el tiempo del mundo.

Emily se preguntó si era sincero o si no la encontraba lo bastante atractiva. La noche que habían pasado juntos no había tenido intermedios ni interrupciones. Ella había alcanzado el clímax, luego él; más tarde los dos al mismo tiempo. ¿Se habría inventado lo maravilloso que había sido? ¿Sería el champán culpable de los recuerdos que tenía de aquella noche?

¿O tal vez a Loukas no le gustaba que estuviera embarazada? A algunos hombres les excitaba, pero a otros les preocupaba hacer daño al bebé, o no encontraban sexys a las embarazadas.

Se reajustó el top y las bragas, y recogiendo el sujetador en un puño, dijo:

–Supongo que has querido probar tu tesis.

Loukas frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Que no tengo el más mínimo control cuando estás cerca.

Loukas le acarició la mejilla con la yema del dedo.

–¿Estarás bien aquí sola? No salgas de la suite. Si quieres algo, llama al servicio de habitaciones. Volveré en un par de horas como mucho. Tengo una reunión con una agencia de seguridad del gobierno a la que acuden representantes de todo el país. No puedo cancelarla con tan poco tiempo de adelanto.

–Estaré perfectamente.

–¿Quieres que llame a Allegra por ti y que le diga que no vas a ir a trabajar?

–No, lo haré yo. Me extraña que no me haya llamado ella para preguntarme qué está pasando. Debe de estar ocupada con el traslado del despacho a Grecia y no habrá leído las noticias.

Loukas se inclinó para retirarle el cabello de la frente.

–Sé buena mientras estoy fuera.

Emily acababa de peinarse cuando sonó su teléfono. Era el tono de llamada de su madre.

–Mamá, iba a llamarte, pero…

–¿Cómo es que soy la última persona en enterarse de que mi hija está prometida y espera un bebé? ¿Qué demonios está pasando? Ni siquiera sabía que estuvieras saliendo con alguien.

–Todo ha pasado tan rápido que no he tenido tiempo para…

–Espero que te hayas asegurado de que no es gay.

–Te aseguro que no lo es –dijo Emily llevándose una mano instintivamente al vientre.

–Sabía que estabas embarazada antes de leerlo esta mañana.

Emily no creía que su madre pudiera leer la mente ni los posos del té, pero estaba convencida de que, como madre, tenía un sexto sentido.

–¿Qué señales has captado?

–Este último mes no has tenido tensión premenstrual. Siempre te pones irascible, o más de lo habitual, conmigo.

–Eso podría ser porque he tomado ese asqueroso suplemento vitamínico que me diste.

Su madre resopló con desdén.

–No lo has probado. La última vez que estuve en tu casa vi que el frasco seguía entero.

Emily siempre había pensado que su madre habría hecho una excelente carrera como detective. Por eso mismo había decidido evitarla hasta contarle a Loukas lo del bebé. Su madre habría olfateado las pruebas de embarazo como un sabueso de la brigada de estupefacientes.

–Sabes que siempre se me olvida tomar mis medicinas.

–Es evidente que te has olvidado de tomar la píldora. ¿De cuánto tiempo estás embarazada?

Emily suspiró en tensión.

–No estaba tomándola. Quería descansar después de tantos años. Debo de estar de cuatro semanas.

–¿Te has planteado abortar?

–No.

De hecho, Emily se había sorprendido cuando, inicialmente, se le pasó por la cabeza. Siempre se había imaginado la felicidad que sentiría al saber que estaba embarazada. Pero, cuando se le había retrasado el periodo, el pánico había dominado cualquier otra emoción. Las dudas la habían abrumado: ¿podría cuidar sola del bebé? ¿Qué pasaría si Loukas quería implicarse en la vida de su hijo? ¿Y si la odiaba por tenerlo? O, peor aún, ¿y si odiaba al niño? Emily había trabajado suficiente tiempo con abogados como para saber que había hombres que odiaban a sus hijos porque los

habían concebido mujeres a las que habían llegado a detestar.

–Una cosa es que vayas a tener un hijo, y otra que tengas que casarte con el padre –dijo su madre–. Ni siquiera en mis tiempos era obligatorio.

«Aun así, no habría estado mal que le preguntaras cómo se llamaba».

Emily se guardó ese pensamiento porque, siempre que hablaba de sexo con su madre, terminaba sonando como una directora de colegio de los años cincuenta.

–Quiero que mi hijo sepa quién es su padre.

–Ya sé que has echado de menos al tuyo, pero no todos los hombres son capaces de asumir esa responsabilidad.

«Ni todas las madres».

Emily pensaba a menudo que su madre no había disfrutado nunca de serlo, y que solo la había tenido para marcar la casilla correspondiente a «madre». Su actitud hacia la maternidad era la misma que hacia todo lo que hacía: se entregaba apasionadamente mientras duraba la novedad y la abandonaba en cuanto otra cosa captaba su interés. Apenas había dejado de llevar pañales cuando su madre empezó a dejarla con conocidos para poder ir a yoga o a cualquiera de sus cursos de crecimiento personal. La mayoría de sus vacaciones las había pasado en campamentos porque su madre tenía cosas mejores que hacer que pasar tiempo con ella.

–¿Por qué vas a casarte con él? ¿Estás enamorada?

Emily no tenía más opción que mentir o arriesgarse a que su madre la volviera loca intentando que cambiara de idea.

–Claro que estoy enamorada de él.

–También dijiste eso de Daniel y ya ves lo que pasó –declaró su madre–. Te dije que ocultaba algo desde la primera vez que lo vi. Y ya ves, has perdido un montón de años con él.

«No hace falta que me lo recuerdes».

–Mamá, tengo cosas que hacer; voy…

–Siempre haces lo mismo. Huyes de todo aquello que más te afecta. Por eso seguiste con Daniel, porque no querías asumir lo que tenías ante tus ojos. Si me hubieras escuchado desde el principio, te habrías ahorrado muchos dolores de cabeza.

–Vale, mamá. Pero voy a casarme con Loukas. Estamos enamorados y ansiosos por formar una familia.

–¿Cuándo vas a presentármelo? Le haré la carta astral. ¿Cuándo es su cumpleaños?

Emily se quedó en blanco y su madre hizo un ruidito de: «te he pillado».

–No lo sabes, ¿verdad? No debes de conocerlo mucho si no sabes cuándo es su cumpleaños.

–Lo conozco de sobra –dijo Emily–. Lo bastante como para saber que es un buen hombre.

–Según la prensa, es muy rico. ¿No habrás intentado cazarlo?

–¿Cómo puedes pensar eso? ¿Es que no me conoces?

Su madre dio un prolongado suspiro.

–A veces me lo pregunto, Emily Grace.

«Lo mismo digo».

–Ahora tengo que irme. Hablamos en otro momento. Adiós –Emily colgó y silenció el teléfono por si su madre volvía a llamarla.

Se sentó al pie de la cama para tranquilizarse antes de llamar a Allegra, pero finalmente decidió ir a verla a la oficina.

Aunque Loukas le había dicho que no saliera de la suite, no iba a pasarle nada por visitar a su amiga. Además, si no estaba con Loukas, nadie la reconocería.

Tomó una salida lateral del hotel y llegó en pocos minutos a la oficina en un taxi. En cuanto Allegra la vio, le indicó que entrara en su despacho. Tras cerrar la puerta, dijo:

–Llevo llamándote media hora, ¿por qué no contestas? ¿Qué está pasando?

Emily había olvidado subir el volumen del teléfono.

–En primer lugar, la prueba… las siete pruebas de embarazo salieron positivas.

–Vaya… No sé qué decir… ¿Enhorabuena?

–Enhorabuena al cuadrado –dijo Emily–. Supongo que has leído en los periódicos que estoy prometida.

–Sí, y casi me desmayo –dijo Allegra–. ¿Te ha pedido Loukas que te cases con él?

–Más que preguntarlo, me ha obligado –dijo Emily sarcástica–. ¿No me habías dicho que tenía alergia al matrimonio? Si llegamos a estar en Las Vegas, ya estaríamos casados.

–¿Es eso lo que tú quieres? Apenas os conocéis.

–No estoy segura de nada, pero quiero que mi hijo tenga un padre, y Loukas quiere comprometerse. Le preocupa que la gente piense que es como su padre. ¿Sabes que es un sinvergüenza?

–Draco mencionó algo sobre un escándalo con una joven a la que dejó embarazada, pero no me ha dado detalles –dijo Allegra–. Por lo visto, Loukas no quiere que se sepa.

–No me extraña. Loukas quiere que vaya con él a Corfú hoy mismo. Ya sé que te aviso sin tiempo para organizarte, pero

¿puedes prescindir de mí un par de semanas?

–Claro, pero me preocupa que te precipites. Apenas te ha dado tiempo a asumir que estás embarazada y ya estás hablando de casarte.

–Me temo que la culpa es de la prensa. Fuimos al hospital ayer y…

–¿Al hospital? –Allegra se fijó entonces en el dedo vendado de Emily–. ¿Qué te ha pasado?

–Es una larga historia.

–Cuéntamela.

–Estaba intentando reunir el coraje suficiente para contarle a Loukas lo del bebé cuando rompí…

–¿Te fue a ver en persona?

–Sí. Finalmente me llamó. No me parecía bien contárselo por teléfono, así que cuando vino a recogerme para ir a cenar…

–¿Te invitó a cenar? –Allegra abrió los ojos desorbitadamente–. ¿Antes de saber lo del bebé?

–Sí.

–¡Draco no va a creérselo! ¿Por qué te llamó?

–Quería volver a verme. Eso sí, solo me ofrecía una relación pasajera, nada permanente. Pero cuando tiré la papelera y vio las pruebas de embarazo…

–¿Quieres decir que no se lo dijiste, sino que lo averiguó por su cuenta?

Emily se mordió el labio inferior.

–Lo sé, lo sé. Soy una cobarde.

Allegra le ofreció una silla y una vez se sentó, ella se apoyó en la esquina del escritorio y dijo:

–Emily, si no quieres, no tienes por qué casarte con él.

–Tiene gracia, recuerdo haberte dicho eso mismo hace no demasiado tiempo –replicó Emily con una mirada sarcástica.

Allegra hizo una mueca y sonrió.

–Sí, he tenido suerte de que todo saliera bien –frunció el ceño y continuó–: Pero Loukas no es Draco. Draco dice que no deja que nadie se acerque, que es completamente hermético. Piénsalo bien, cariño. Tú eres un libro abierto, mientras que él es como una caja fuerte acorazada. ¿Crees que serás feliz casándote con alguien así?

Emily concentró la mirada en las manos que reposaba sobre el regazo.

–Sé que es un poco distante, pero he empezado a descubrir las nuevas facetas de su personalidad. Es el padre de mi hijo y quiere casarse conmigo, y con todo lo que ha pasado, no me siento capaz

de rechazarlo. No quiero que lo comparen con su padre.

Alzó la mirada hacia Allegra.

–Quiero que la gente conozca a Loukas tal y como yo lo veo; el Loukas que Draco considera su mejor amigo. Es un hombre bueno y honesto. Quiero conocerlo mejor, y casándome con él podré hacerlo. ¿Tiene sentido lo que digo?

Allegra se inclinó para presionarle una mano al tiempo que la miraba con cariñosa preocupación.

–¿Estás enamorada de él?

Emily arrugó la nariz con el gesto que había empezado a hacer cuando, de pequeña, empezó a usar gafas, y que seguía haciendo a pesar de llevar lentillas.

–Me cae bien; si no, no me habría acostado con él. Pero no estoy enamorada.

«Pero ¿cuánto tardarás en estarlo?».

«No pienso enamorarme de él».

«Jajaja».

Allegra le presionó la mano de nuevo.

–Espero que salga bien, Em. Pero, en cualquier caso, recuerda que siempre te apoyaré.

–Loukas quiere una boda discreta para ahuyentar el interés de la prensa.

–¿Y eso no te desilusiona? –Allegra frunció de nuevo el ceño–. Desde que viniste a trabajar conmigo hablas de bodas. Te encantó ser mi dama de honor.

Emily se encogió de hombros para disimular su creciente desilusión. Había soñado con su boda desde que era una niña. Ser la hija de una mujer que estaba en contra del matrimonio había tenido un efecto bumerán. Pero si se casaba con Loukas tendría que renunciar a ese sueño. Como a muchos otros.

–Una gran boda requiere meses de preparación y ya se me notaría el embarazo. No, es mejor así.

–¿Qué opina tu madre de todo esto?

Emily hizo una mueca de resignación.

–Le he dicho que estoy enamorada de Loukas.

Allegra enarcó las cejas.

–¿Ah, sí?

–Era más fácil que explicárselo todo. Ha querido hacerle la carta astral, pero ni siquiera sé cuándo es su cumpleaños. Me he sentido como una idiota.

–¿Se ha alegrado de que fueras a hacerla abuela?

Emily resopló con sorna.

–¿Te imaginas a mi madre tejiendo patucos? Estoy segura de que en lugar de «abuela» querrá que la llame Sauce.

Allegra la miró atónita.

–¡Pero si se llama Susannah!

Emily la miró como si le diera la bienvenida al mundo de los disparates de su madre.

–Hizo un taller sobre *Los nombres y su influencia en una vida exitosa* hace un par de meses. Menos mal que no fue antes de que me pusiera el nombre. No quiero ni imaginarme qué me habría llamado en lugar de Emily Grace.

Allegra la miró con melancolía.

–Al menos todavía la tienes.

Emily sintió remordimientos por criticar a su madre cuando Allegra había perdido a la suya cuando tenía doce años. Sus hijos solo tendrían un abuelo, el padre de Allegra, con el que Allegra apenas mantenía relación. También Draco había perdido a sus padres de niño.

–Perdona. He sido una desconsiderada –se disculpó.

–No pasa nada –dijo Allegra, esbozando una sonrisa–. Tampoco teníamos una relación demasiado estrecha. ¿Tienes tiempo para un café y un bizcocho de chocolate?

Emily se llevó la mano a la boca.

–¡No hables de comida!

Capítulo 6

Cuando Loukas volvió al hotel encontró la suite vacía. Fue de una habitación a otra y abrió los armarios, pero no encontró a Emily. La llamó. Saltó el buzón de voz. El pánico le atenazó la garganta, dificultándole la respiración. ¿Dónde estaba? ¿Se habría encontrado mal y habría ido al hospital? ¿Habría salido y la habrían acosado los paparazzi? ¿La habría atropellado un autobús? ¿La habrían secuestrado? Una lista de posibilidades pasó por su mente como si sufriera una súbita fiebre. El corazón le latía con tanta fuerza como si dentro de su pecho se estuvieran realizando obras de demolición.

Llamó a recepción y preguntó si habían visto a su prometida.

–No, señor Kyprianos –dijo el recepcionista–. Puede que haya ido a una de las tiendas para novias que hay en esta misma manzana.

Loukas colgó el teléfono y se pasó la mano por la sudorosa frente. Tenía que calmarse. Seguro que había una explicación lógica que justificara la desaparición de Emily. Aun así, Loukas sentía la misma espantosa sensación de impotencia que el día del accidente.

¿Dónde estaba Emily? ¿Por qué se había ido? ¿Volvería? ¿La habría asustado con su insistencia en que se casaran? Claro que casarse representaba un gran paso y quizá él no iba a ser el marido perfecto, pero tampoco sería desconsiderado ni cruel con ella. La llamó de nuevo, pero volvió a saltar el buzón de voz. Loukas apretó con fuerza el móvil, hasta que temió que le estallara en la mano. ¿Debía llamar a los hospitales para preguntar si había sido ingresada? ¿O pedir al personal del hotel que revisaran los vídeos de seguridad para ver si había salido con alguien?

La puerta se abrió súbitamente y Emily entró.

–Ah, ya has vuelto.

Loukas sintió una mezcla de alivio y enfado.

–¿Dónde demonios estabas? –preguntó–. Casi me vuelvo loco de preocupación. ¿No te había dicho que me esperaras aquí?

Emily dejó lentamente el bolso en una mesa de la entrada.

–He ido al trabajo para organizar mi baja.

–Podías haber llamado.

Emily miró a Loukas desafiante.

–Prefería hablar directamente con Allegra. Es mi mejor amiga y quería explicarle lo que había pasado entre nosotros.

–¿Qué ha dicho?

–Alberga dudas respecto a que nos casemos.

–Tiene gracia que sea precisamente ella quien diga eso.

–Eso mismo le he dicho yo. Pero al menos ella conocía al hombre con el que iba a casarse.

Loukas tomó aire prolongadamente para ralentizar su corazón.

–Emily, tendremos tiempo para conocernos. Estamos en una situación peculiar que exige una solución peculiar. ¿Te ha seguido la prensa?

–No, he salido por una puerta lateral y he tomado un taxi –dijo Emily con petulancia–. He vuelto de la misma manera.

–Me has dado un susto de muerte. ¿Por qué no me has dejado una nota o me has llamado?

Emily cambió el peso de un pie al otro, como una niña a la que hubiera sorprendido haciendo una travesura.

–Pensaba que volvería antes que tú.

–Espero que en el futuro me obedezcas –dijo Loukas–. No he insistido en que te quedaras aquí para castigarte, sino porque estaba preocupado por ti. Los paparazzi no tienen principios. Podrías haberte hecho daño al tratar de escapar de ellos.

–Como puedes ver, estoy perfectamente. Y para que quede claro, no acostumbro a aceptar órdenes de los hombres de mi vida –dijo Emily con gesto airado.

–Yo soy el único hombre en tu vida presente, ¿está claro?

–¿Soy yo la única mujer en la tuya? –preguntó Emily.

–Sí –a Loukas le desconcertó lo cómodo que le resultaba decirlo cuando siempre había pensado que toda relación era claustrofóbica. En el caso de Emily, sin embargo, le hacía pensar en una aventura. Cada día descubría algo nuevo en ella–. Mientras estemos juntos espero una completa fidelidad. ¿Estás de acuerdo?

–Por supuesto. No accedería a casarme contigo si no fuera así.

–Bien –Loukas escrutó su rosto–. ¿Cómo te encuentras?

–Mientras estaba con Allegra he tenido náuseas, pero ahora estoy bien.

Loukas metió la mano en el bolsillo.

–He comprado esto de camino. Espero que te quede bien.

Emily tomó la cajita de su mano y la abrió.

–¡Dios mío, es precioso!

Loukas no había tenido demasiado tiempo para elegir, pero había intuido que a Emily no le gustaría un anillo llamativo. Había optado por un diseño sutil con un exquisito diamante en una montura clásica que haría destacar su mano en lugar de hacerla desaparecer. Lo tomó del estuche de terciopelo y se lo deslizó en el dedo, felicitándose interiormente por haber acertado a la perfección con el tamaño.

Los ojos de color caramelo de Emily centellearon.

–¡Es precioso! Pero no deberías haberte gastado tanto dinero. ¿Y si lo pierdo? Soy un desastre con las joyas. El año pasado perdí dos pendientes de perlas y un pequeño diamante.

Loukas reprimió una sonrisa.

–No te preocupes. Está asegurado.

Emily alzó el dedo hacia la luz y lo giró hacia un lado y hacia otro.

–Te prometo que tendré muchísimo cuidado –bajó la mano y sonrió–. Gracias, Loukas. Eres terriblemente generoso.

Loukas pensó que la sonrisa de Emily podía competir con el brillo del diamante. Nunca había visto una sonrisa tan cautivadora como la suya. Cuando sus labios se curvaban, se le formaban dos encantadores hoyuelos en las mejillas.

–De nada.

Se produjo un breve silencio. Emily se retiró el cabello de la cara.

–¿A qué hora salimos?

Loukas lamentó haber reservado el vuelo del mediodía. En aquel instante, lo que más le habría apetecido hacer era pasar las siguientes dos horas en la cama con Emily. Pero también quería marcharse de Londres lo antes posible y librarse del acoso de la prensa.

–El vuelo es a la una, así que tenemos poco tiempo. ¿Necesitas ayuda con el equipaje?

–No, gracias.

El vuelo a Corfú era directo y apenas tardaron en llegar a la villa de Loukas, un edificio situado en lo alto de una colina con una espectacular vista al mar. Era una villa de estilo veneciano con un jardín formal en la parte trasera que se fundía con un bosque de pinos, robles y olivos. En la parte delantera había una terraza de suelo de piedra, con una piscina que Emily encontró de lo más apetecible en el refulgente calor de la tarde.

El ama de llaves salió a recibirlos y dedicó a Emily una resplandeciente sonrisa a la vez que apretaba las manos como si diera gracias a Dios por haber conseguido que su jefe llevara consigo a su novia.

–Encantada de conocerla, señorita Emily –dijo cuando Loukas las presentó–. Llevo años esperando este momento. Pensaba que nunca llegaría. ¡Y además un bebé! Esto es un sueño hecho realidad.

Emily sonrió.

–Gracias. Me alegro de estar aquí.

El ama de llaves miró a Loukas animada.

–Tengo una maravillosa sorpresa para usted.

El gesto tenso de Loukas indicó que no le gustaban las sorpresas.

–¿Ah, sí?

Por su parte, la expresión de Chrystanthe parecía la de un hada madrina que acabara de blandir su varita mágica para otorgar un magnífico deseo. Sin dejar de mirar a Loukas y a Emily con una amplia sonrisa y un brillo chispeante en sus pequeños ojos negros, añadió:

–Están aquí su madre y su hermana. Han llegado hace media hora. Les esperan en el salón.

«¿Su hermana?» ¿Loukas tenía una hermana?

¿Por qué no se la habría mencionado? Emily había asumido que era el hijo único de unos padres divorciados. Solo tenía seis años cuando se separaron, y jamás había hablado de una hermana, mayor o menor. Tampoco Allegra se lo había contado, así que tal vez ni siquiera Draco lo sabía.

Y, si era así, ¿por qué mantenía en secreto su existencia?

Cuando miró a Loukas vio que tenía un gesto de profunda contrariedad.

–Qué… bien.

La vacilación que antecedió a «bien» sugirió que pensaba lo contrario.

–Cuando han oído la noticia de su compromiso han dejado el crucero al que las invitó –dijo el ama de llaves–. Dicen que querían darle la enhorabuena en persona.

–Muy bien –dijo Loukas, tomando a Emily de la mano–. Será mejor que vayamos a verlas.

Emily esperó a que el ama de llaves se adelantara para preguntar:

–¿Hay algo más que deba saber y que no me hayas contado?

¿Por qué no me has dicho que tienes una hermana?

–Hermanastra.

–Esa no es la cuestión. Me has hecho creer que eras hijo único –dijo Emily–. ¿No ves que voy a parecer una idiota si no me lo cuentas todo sobre ti? Ni siquiera sé cuándo es tu cumpleaños.

–El veintiocho de diciembre.

–Capricornio –Emily puso los ojos en blanco–. Debería haberlo adivinado. Te gusta llegar a lo más alto y nada te detiene para conseguirlo. No eres capaz de expresar tus sentimientos y prefieres actuar a hablar, o eso diría mi madre.

–¿Cuándo es el tuyo?

–El dos de marzo. Soy Piscis. Por lo visto, soy altruista hasta el exceso, ingenua y profundamente emocional. Esa soy yo.

Loukas condujo a Emily al interior de la villa. Si había encontrado espectacular el hotel, aquella casa lo era aún más. No se trataba de una belleza ostentosa, sino sencilla y elegante, con una decoración que hablaba de un hombre de un gusto excelente y con atención al detalle. Las paredes estaban decoradas con magníficas obras de arte; el suelo de mármol, cubierto estratégicamente por alfombras persas, y una escalera con una lustrosa barandilla negra conducía al piso superior.

Loukas la llevó al salón principal, en el que había una colección de mullidos sofás, tapizados en brocado color café, que descansaban sobre una alfombra bajo una gran lámpara de araña central. Había lámparas en mesitas laterales que dotaban a la sala de una acogedora atmósfera. Las paredes eran de color marfil con un revestimiento de madera verde grisáceo y con molduras propias del estilo veneciano.

Una mujer de cabello gris se levantó del sillón de orejas que ocupaba junto a la chimenea de mármol. A su izquierda había una mujer joven de aspecto frágil, presumiblemente la hermana de Loukas, sentada en una silla de ruedas con una manta que le cubría las piernas.

–Loukas –dijo su madre sin acercarse a él y con una expresión de inquietud que indicaba que no estaba segura de cómo la recibiría–. Espero que no te importe que hayamos venido sin avisar, pero estábamos tan contentas con la noticia que no hemos podido esperar. No nos quedaremos mucho, no pretendemos molestar, pero queríamos conocer a Emily.

–Me alegro de veros –dijo él–. Esta es Emily –la impulsó hacia delante posando la mano en su espalda–. Emily, esta es mi madre, Phyllida Ryan, y mi hermanastra, Ariana.

–Encantada de conoceros –dijo Emily, estrechando la mano de ambas.

Ariana sonrió con timidez.

–Loukas es un misterioso. Nunca nos cuenta nada de su vida privada. No sabíamos que estuviera saliendo con alguien regularmente. ¿Cuándo os conocisteis?

Emily se dijo que debían haber concretado esos pequeños detalles. ¿Y si contradecía a Loukas? No parecía especialmente próximo a ellas. Las trataba educadamente, pero con frialdad.

–Eeeh, nos conocimos por unos amigos.

–¡Estoy tan contenta por vosotros! –dijo Phyllida–. Nunca pensé que Loukas llegara a casarse. Debes de ser una mujer muy especial.

–Lo es –dijo Loukas, tomando a Emily por la cintura.

Ella sonrió hasta que le dolió la cara. ¿Qué pasaba entre Loukas, su madre y su hermana? Ni se daban un abrazo ni se besaban. Ella pensaba que su relación con su madre era un poco extraña, pero hasta un abrazo envarado y un beso al aire eran mejor que nada.

–¡Y la noticia del bebé es maravillosa! –dijo la madre de Loukas–. Pensaba que nunca llegaría a ser abuela. ¿Te encuentras bien?

–Aparte de algunas náuseas, perfectamente.

–Nos iremos pronto –dijo Ariana–. Solo queríamos conocerte en persona –miró a Loukas–. Sé que no te gustan las visitas inesperadas, pero no hemos podido contenernos.

–Siempre sois bienvenidas –dijo él en tono solemne.

Emily percibió las continuas miradas de melancolía que Ariana le dirigía al vientre. ¿Se preguntaba si alguna vez podría tener hijos? ¿Hasta qué punto era grave su discapacidad? ¿Sería una grosería preguntarlo?

–Soy muy feliz por ti, Loukas, de verdad –dijo Ariana.

Aunque el rostro de Loukas no permitiera intuir qué pensaba, mantuvo un tono formal.

–Gracias.

–¿Cuándo es la boda? –preguntó Phyllida expectante.

–Dentro de dos semanas –dijo Loukas–. Va a ser una ceremonia sencilla, así que no sintáis la obligación de acudir.

–Pero si vendremos encantadas, ¿verdad, Ariana? –preguntó su madre.

–No me lo perdería por nada del mundo –dijo Ariana–. Aunque si prefieres que no vengamos…

–A mí me encantará que estéis –intervino Emily–. De hecho, ¿serás mi dama de honor? Allegra, mi mejor amiga, ya ha accedido a serlo, pero me harías muy feliz si tú fueras la otra.

Emily hizo la invitación irreflexivamente. ¿Por qué pensaba en damas de honor cuando en realidad no se trataba de una boda de verdad? Loukas no quería una gran ceremonia, pero a ella le costaba imaginarse una boda sin al menos dos damas de honor. ¿Y quién mejor que la hermanastra de Loukas?

–¿Estás segura? –preguntó Ariana con una expresión tan anhelante que a Emily se le encogió el corazón–. Nunca he ido a una boda. ¿Estás segura de que no estropearé las fotos con la silla? Si tengo ayuda, puedo mantenerme un poco de pie, pero…

–Por supuesto que no estropearás las fotos –dijo Emily–. ¿Cuánto tiempo llevas…? Perdona. ¿Es una grosería que te pregunte qué te pasó?

Ariana miró a Loukas de soslayo al tiempo que se mordisqueaba el labio inferior.

–¿No te lo ha contado Loukas?

Emily sintió que el estómago se le deslizaba como un zapato en una superficie resbaladiza.

–¿No me ha contado el qué?

Phyllida posó la mano en el hombro de Ariana con gesto preocupado.

–Vamos, cariño. Es hora de que descanses. También Emily debe de estar agotada después del viaje. Ya le hemos robado suficiente tiempo.

–¡No, no, en absoluto! –se apresuró a decir Emily, mirando a Loukas. Pero él mantenía una expresión impenetrable.

¿Qué era lo que no le había contado? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué había un ambiente tan tenso entre él, su hermana y su madre?

Phyllida y Ariana salieron de la habitación; en el sepulcral silencio que siguió solo se oyó el susurro de la silla de ruedas sobre el suelo.

Al ver que Loukas hacía ademán de marcharse, Emily le tomó el brazo y tiró de él.

–Dime de qué estaban hablando –dijo, mirando fijamente sus tensas facciones.

Loukas puso la mano sobre la de ella para retirársela, pero Emily le clavó los dedos.

–No es asunto tuyo –le espetó él.

Emily enarcó las cejas tanto que estuvieron a punto de fundirse

con la línea del nacimiento del cabello.

–¿Que no es asunto mío? ¿Cómo puedes decir eso cuando dentro de dos semanas voy a ser tu esposa?

Loukas apretaba tanto los labios que casi no se le veían. Finalmente dejó escapar un prolongado suspiro que pareció brotar de un profundo y oscuro lugar de su interior.

–Yo causé el accidente.

Emily no pudo contener una exclamación de espanto. ¿Loukas había provocado el accidente que había lisiado a su hermana? Se llevó una mano a la garganta al imaginarse el peso de la culpabilidad que debía soportar.

–¡Dios mío!

–Atropellé a Ariana con mi coche. No la vi. Ella perdió el control de la bicicleta que acababan de regalarle por su cumpleaños y salió a la calle justo delante de mí –Loukas tragó saliva–. Frené en seco, pero… me había sacado el carné unas semanas antes. No tenía ni la experiencia ni la habilidad como para esquivarla.

Él era solo un joven, apenas un adolescente en el umbral de la madurez…, y desde entonces cargaba con una culpa que le duraría el resto de su vida. Qué espantoso tenía que ser sentirse responsable de la desgracia de su hermana, aunque hubiera sido un accidente.

–¡Oh, Loukas, qué espantosa tragedia! Cuánto lo siento por tu hermana y por ti. Debió de ser una pesadilla.

Una angustia perentoria se reflejaba en el rostro de Loukas.

–Primero pensé que la había matado, pero entonces empezó a gritar –respiró profundamente y dejó escapar el aire lentamente–. Le indujeron un coma durante un mes; pasó un año en el hospital y otros seis meses en rehabilitación. He perdido la cuenta del número de operaciones a las que se ha sometido. La última fue la semana anterior a la boda de Draco. Pensaban que tras ella podría volver a caminar, pero, por ahora, ha sido un fracaso.

–Y tú llevas todos estos años culpándote –dijo Emily, que lo veía escrito no solo en su rostro, sino también en la tensión que recorría su cuerpo. ¿Sería por eso por lo que evitaba comprometerse, por lo que no había querido casarse ni tener hijos… por la culpabilidad que acarreaba desde aquel aciago día?

Loukas la miró con una sombría resignación y le retiró la mano del brazo.

–¿Tú no te culparías?

Emily se pasó la lengua por los labios secos. Claro que se

sentiría culpable si estuviera en esa situación. ¿Quién no? Nadie que tuviera corazón querría hacer daño a otra persona y verla sufrir y luchar durante años contra su dolor físico. La culpabilidad corroería a cualquiera.

–Sí, pero fue un accidente. No lo hiciste a propósito. Los niños son imanes para los accidentes. Entran y salen del peligro todo el rato. Le habría pasado a cualquiera que llegara en coche en ese momento. Y puede que, si llega a ser alguien que condujera más deprisa que tú, tu hermana no hubiera sobrevivido.

La mirada de Loukas reflejaba una profunda tristeza.

–Si hubiera llegado cinco segundos antes o después, no la habría atropellado.

Emily alargó la mano para consolarlo.

–Tienes que dejar de culparte, Loukas. Sucedió y ella sobrevivió, eso es lo fundamental.

Loukas se alejó de ella como si le molestara que lo tocara. O quizá porque no estaba acostumbrado a hablar del accidente. Emily estaba segura de que Allegra no sabía nada de aquello, lo que significaba que Draco probablemente tampoco. ¿Cómo era posible que Loukas no le hubiera hablado a su mejor amigo del acontecimiento más trágico de su vida? ¿Era tal el peso de la culpabilidad que no podía compartirlo? Su aire de indiferencia le había llamado la atención desde el instante en que lo vio en la boda, pero en ese momento entendió por qué se mantenía alejado de la gente. Una muralla invisible de culpabilidad lo mantenía atrapado en su propia prisión.

–El matrimonio de mi madre acabó un año después del accidente –dijo Loukas al cabo de unos segundos.

Emily frunció el ceño.

–¿No te culparás también de eso?

–La pareja iba perfectamente antes del accidente. Su marido, Frank, no pudo perdonarme, y mi madre no le perdonó a él que aprovechara cualquier oportunidad para recordármelo.

–Pero muchos matrimonios fracasan cuando un hijo enferma –dijo Emily–. Puede poner a prueba hasta las relaciones más sólidas. Tu madre hizo bien al defenderte. Yo habría hecho lo mismo.

Loukas se pasó la mano por la cara como si quisiera olvidar el recuerdo de aquellos años.

–Mi madre ha pasado por dos amargos divorcios por mi culpa. Primero con mi padre, y luego con Frank.

–¿Por eso siempre has rechazado el matrimonio? –preguntó

Emily–. ¿Porque crees que estás gafado?

–Hago daño a la gente involuntariamente –dijo Loukas–. Llevo haciéndolo toda mi vida.

Emily volvió a posar la mano en su brazo.

–A mí no me has herido, Loukas. El embarazo fue un accidente. Estás haciendo todo lo que puedes para apoyarnos a mí y al bebé. Ese no es el comportamiento de un hombre que quiere hacer daño, sino de un hombre lo bastante maduro y estable como para asumir la mayor de las responsabilidades.

Loukas volvía a componer una máscara inescrutable.

–Puesto que has pedido a Ariana que sea tu dama de honor, asumo que finalmente has decidido seguir adelante con la boda.

En su fuero interno, Emily se lamentó de haber sido tan impulsiva; no se había planteado que Loukas pudiera usar su invitación a Ariana en caso de que quisiera echarse atrás. Pero que Loukas fuera implacable era una prueba de hasta dónde era capaz de llegar para conseguir un objetivo. Quería formar parte de la vida de su hijo; quería cuidarlo y protegerlo, tal y como querría cualquier padre decente. ¿Cómo no iba ella a darle la oportunidad de pasar página y dejar atrás su trágico pasado, compartiendo con él la crianza del bebé que habían engendrado accidentalmente?

Loukas le importaba. Cuanto más le conocía, más le gustaba. Era un hombre complejo, con distintos niveles de profundidad que Emily quería explorar. Después de todo, ¿no era eso lo que había intuido al conocerlo? ¿Por qué si no iba a haberse comportado de una manera tan inusual en ella? Algo en Loukas la había atraído como no lo había hecho nadie antes.

–Sé que quieres una celebración discreta, pero me ha parecido que le hacía tanta ilusión participar en ella… Me han encantado tu madre y tu hermana. Eres muy distante con ellas a pesar de que no parecen culparte por el accidente.

Loukas se alejó de ella y, yendo hacia la ventana, contempló la vista del mar. Una pared invisible e impenetrable se erigió en torno a él, en la que se podía leer el mensaje: «Prohibida la entrada».

–Sí, son encantadoras. Pero cada vez que las veo soy consciente de la responsabilidad que tengo en la discapacidad de Ariana. ¡Está en silla de ruedas por mi culpa! No puede disfrutar del tipo de vida que tienen las mujeres de su edad.

Emily se aproximó a él y le acarició lentamente los hombros, deslizando luego las manos por su espalda.

–Es una tragedia que no pueda caminar, pero eso puede

cambiar. Hay continuos avances médicos. Y Ariana tiene una vida; puede que no sea la que habría elegido, pero eso no significa que no sea plena o que no la disfrute.

Loukas giró la cabeza para mirarla.

–Sé que tienes las mejores intenciones, pero no solo destrocé la vida de Ariana. Mi madre se ha convertido en su cuidadora las veinticuatro horas del día.

–Puede que eso sea lo que quiere –dijo Emily.

En los ojos de Loukas había una desolación que hizo pensar a Emily en un páramo desierto.

–Puede, pero su vida habría sido mejor si hubiera podido decidir por sí misma. Y yo le robé esa opción –Loukas se dirigió hacia la puerta precipitadamente y casi chocó con el ama de llaves, que entraba en ese momento–. Disculpe –dijo a Chrystanthe–. Tengo que hacer algunas cosas. ¿Puede ayudar a Emily a instalarse?

El dormitorio principal al que Chrystanthe llevó a Emily estaba decorado en un suave tono de gris, blanco y algunos toques de azul. La enorme cama doble estaba cubierta con una colcha de terciopelo y tenía un cabecero tachonado, gris oscuro, al estilo veneciano; había numerosas almohadas de diversos tamaños y una manta, también de terciopelo, al pie de la cama. A ambos lados había mesillas sobre las que descansaban unas sencillas lámparas con pantallas gris claro, que contrastaban con la araña de cristal que colgaba del techo. Unos preciosos visillos blancos con festón gris enmarcaban los grandes ventanales.

Pero aunque Emily supuso que se trataba del dormitorio de Loukas, no había ningún detalle que permitiera detectar su presencia. No había ni objetos personales, ni fotografías, ni ningún otro recuerdo familiar. Aunque su ropa ocupaba el vestidor y sus artículos de aseo estaban en el cuarto de baño, parecía más la suite de un hotel de lujo que el dormitorio de una casa privada. ¿Cuánto tiempo pasaría en la villa? Aunque Loukas viajara mucho, estaba claro que necesitaba un espacio más acogedor. Era una habitación demasiado perfecta, en la que era imposible imaginarse a un niño con dedos pegajosos… Bueno, Emily podía, pero no parecía el lugar más apropiado.

–Loukas trabaja demasiado –dijo Chrystanthe, alisando la ya perfectamente lisa manta del pie de la cama–. Quizá usted consiga que se relaje y disfrute más de la vida.

–Lo intentaré –dijo Emily–. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para él?

–Cinco años. Es un buen jefe. Muy generoso. Trata muy bien al personal.

–¿Lo visitan a menudo su madre y su hermana?

–Esta es la primera vez en casi cuatro años –dijo Chrystanthe, ahuecando las almohadas–. Él siempre está viajando. Pero las compensa haciéndoles magníficos regalos. El crucero al que las ha invitado incluye un cocinero y un mayordomo a su servicio. Siempre que viajan, pone a su disposición un avión privado para que Ariana no tenga que sufrir las incomodidades de los vuelos comerciales. Tiene un asiento hecho a su medida. Además, paga todos los gastos médicos y es muy generoso con sus regalos de Navidad y de cumpleaños.

Emily sospechaba que Loukas habría sido igualmente generoso aunque no se sintiera atormentado por la culpabilidad. No usaba su riqueza para rodearse de lujo, sino para ayudar a los demás. Pero ¿no preferirían su madre y su hermana menos regalos y disfrutar más de él? ¿Podría ella ayudarles, tendiendo puentes que les hicieran sentirse más cómodos?

–¿Quiere que le traiga algo de beber?

–No, gracias –dijo Emily, mirando anhelante la cama –. Voy a echarme un rato.

El ama de llaves cerró la puerta cuidadosamente al salir, mientras Emily se tumbaba en la cama. Cerró los ojos diciéndose que solo descansaría unos minutos…

Loukas fue al olivar que había plantado cuando compró la propiedad. La aparición de su madre y de su hermana lo había impactado de tal manera que se había quedado sin palabras. Jamás las había animado a visitarlo. Él las visitaba ocasionalmente, pero nunca permanecía con ellas más de un par de horas. Las proveía de todo lo que necesitaban, y aún más; pero de ahí a pasar un tiempo prolongado juntos… Pensaba que era exigir demasiado de ellas y de sí mismo. Solo las había invitado a Corfú en una ocasión, el año en que había comprado la casa, pero lo había hecho por sentido del deber, y no porque quisiera jugar a la familia feliz. Las había embarcado en un crucero de lujo porque pensaba que Ariana necesitaba distraerse después del fracaso de la última operación. Sabía que debía haber contactado con ellas antes de que se enteraran de la noticia por los periódicos, pero

todo contacto con ellas reavivaba su sentimiento de culpabilidad.

Él personificaba las oportunidades perdidas de Ariana. Cada vez que lo veía, ella recordaba el daño que le había causado. Daba lo mismo que hubiera sido un accidente. Sus actos habían causado un daño irreparable que no podía ser rectificado… ni un ápice. Se había dado cuenta del pesar con el que Ariana había mirado el vientre de Emily. Ella no podría tener hijos. Los médicos le habían advertido que los daños internos que había sufrido prácticamente hacían imposible que tuviera familia. Verlo casarse con Emily y tener el hijo que Loukas estaba seguro que ella ansiaba, como la mayoría de las mujeres de su edad, tenía que ser una espantosa tortura.

Emily había invitado generosamente a Ariana a ser su dama de honor, y él había aprovechado al instante esa invitación para asegurarse de que no se echaba atrás. Había sido un delicado gesto por parte de Emily, pero solo contribuiría a intensificar su sentimiento de culpabilidad. ¿Se casaría alguna vez su hermana? Si no podía dar más que un par de pasos sin ayuda, ¿cómo iba a recorrer la nave central de una iglesia hacia el altar? Que él supiera, nunca había salido con nadie. Su vida estaba llena de citas médicas y agotadoras sesiones de rehabilitación para mantener la poca movilidad que le quedaba.

Loukas arrancó una hoja de un olivo y la hizo pedazos, tirándolos al suelo haciendo una parodia de lanzar confeti. Hasta el sol del atardecer parecía mirarlo acusadoramente. Había llevado allí a Emily con la esperanza de librarla del acoso de la prensa y, en lugar de eso, había conseguido meterla de cabeza en el tren descarrilado que era su vida familiar.

Hiciera lo que hiciera, siempre empeoraba las cosas.

Emily no fue consciente de haberse quedado dormida hasta que oyó el suave «clic» de la puerta del dormitorio abriéndose. La alta figura de Loukas estaba enmarcada en el umbral de la puerta. Él cerró la puerta y fue hasta la cama.

–Perdona, ¿te he despertado?

Emily se incorporó y se retiró el cabello de la cara.

–Solo dormitaba. Es increíble cuánto me canso. ¿Cómo pueden las mujeres tener más de un par de hijos? Debe de ser agotador.

Loukas se sentó en el borde de la cama, junto a sus piernas.

–¿Quieres que te traiga algo de beber o de comer? Todavía falta un rato para la cena, pero Chrystanthe puede….

–No, no te preocupes. Puedo esperar. Estoy deseando charlar más con tu madre y con tu hermana.

–Me temo que no nos acompañarán.

Emily frunció el ceño.

–¿Por qué? ¿Ariana no se encuentra bien?

Loukas desvió la mirada.

–Querían volver al crucero. Solo han venido para conocerte.

–¡Qué lástima! Quizá pueda ir a visitarlas a su casa para hablar del vestido de la boda. ¿Dónde viven?

–En Oxfordshire, en Inglaterra.

–¿No en Grecia?

La mirada de Loukas se tiñó de tristeza.

–Después de divorciarse de mi padre, mi madre rechazó todo lo relacionado con Grecia. Les compré a ella y a Ariana una casa cerca del hospital y de la clínica de rehabilitación a la que va Ariana. Tiene una piscina cubierta y un gimnasio donde puede hacer ejercicio cuando está en casa.

–Eres muy generoso –dijo Emily–. Chrystanthe me ha dicho que eres un gran jefe y que eres muy bueno con Ariana y con tu madre.

Loukas esbozó una sonrisa amarga.

–Confiemos en que también pueda ser un buen marido y padre.

Emily posó la mano en la muñeca de Loukas.

–Estoy segura de que lo serás.

Loukas clavó la mirada en ella al tiempo que colocaba su mano sobre la de ella y la sujetaba contra su cálido y musculoso muslo. Cada latido de su corazón bombeó una sensual energía por las venas de Emily. Era como si su sangre se comunicara con la de él a través del contacto de sus manos. Se humedeció los labios y deslizó la mirada hacia los de Loukas, observándolos y confiando, expectante y conteniendo el aliento, que recorriera la distancia que los separaba de los suyos.

Loukas inclinó la cabeza y le dio una sucesión de besos, como pequeños empujoncitos que le provocaron un cosquilleo.

–Debería dejarte descansar –dijo con voz grave y acariciadora.

–Ya no estoy cansada –replicó ella, deslizando su lengua por el labio inferior de Loukas.

Loukas exhaló un profundo gemido y la estrechó contra sí, dándole un apasionado beso que la dejó temblorosa. Su lengua buscó la de ella para bailar una samba sensual que imitaba el tórrido sexo que habían compartido un mes atrás. Loukas alzó la mano hasta su rostro y devoró su boca como un hombre famélico

ante un festín.

Emily se lo devolvió con el mismo fervor, con sus sentidos entrando en una frenética espiral con cada aleteo y caricia de la lengua de Loukas. Empezó a desabrocharle la camisa, ansiosa por tocar su piel desnuda, pero el dedo vendado le dificultó la operación. Entonces Loukas la sustituyó en la tarea y se quitó la camisa por la cabeza, dejándola caer al suelo. A continuación se centró en la ropa de ella, desabrochándole los botones, bajándole los hombros de la blusa sin dejar de besarla lentamente hasta que Emily se retorció de ansiedad. Sin quitarle el sujetador, Loukas le besó la curva de los senos con delicadas presiones de sus labios. Que fuera tan cuidadoso para no hacerle daño emocionó a Emily.

Loukas la echó sobre las almohadas y fue besándola hacia el escote, a la vez que la sujetaba entre las manos como si fuera una invaluable porcelana. Todo era muy diferente a su primer encuentro, cuando prácticamente se habían arrancado la ropa y sus cuerpos se habían buscado en un apareamiento casi animal. Aquella era una lenta celebración del cuerpo de Emily, una reverencial exploración con sus manos y su lengua de sus curvas y contracurvas. Cada una de las terminaciones nerviosas de Emily vibraba con el placer que le proporcionaban sus caricias en una oleada de sensaciones que se propagaba por todo su cuerpo.

Ser acariciada de aquella manera fue la experiencia más excitante que había tenido en toda su vida. Loukas la ayudó a terminar de desnudarse. Cuando llegó a la última barrera que representaban sus bragas, que en aquella ocasión no eran de algodón blanco, sino de encaje azul, se le puso la piel de gallina. Loukas la acarició a través de la tela y Emily arqueó la espalda con una sacudida de placer.

Entonces Loukas se las retiró delicadamente y aplicó su boca a su femenino montículo, acariciando con la lengua su contorno exterior, tal y como acababa de hacer con los dedos. Cada milímetro del cuerpo de Emily palpitaba de deseo, su piel adquirió el sensual olor a almizcle de la excitación sexual. Loukas separó sus pliegues con los dedos y la lamió con suaves y lentos movimientos de la lengua antes de ir aumentando progresivamente el ritmo, en respuesta a los gemidos que Emily emitía. Las contracciones comenzaron en lo más profundo del cuerpo de Emily y fueron emergiendo como una marea imparable, recorriéndola en convulsas oleadas. Se le puso la carne de gallina y una corriente eléctrica, abrasadora y efervescente, le recorrió la espalda hasta que las sensaciones empezaron a remitir, dejándola

en un delicioso estado de relajación que le hizo sentir como si cada uno de sus músculos fuera cera derritiéndose.

Emily abrió los ojos y vio que los de Loukas brillaban de deseo. Ella deslizó la mano por su torso y su musculoso abdomen hasta alcanzar el premio que la esperaba más abajo. Las facciones de Loukas se contrajeron en un gesto de placer cuando lo tomó en su mano para tocarlo y acariciarlo como sabía que a él le gustaba.

–Supongo que no necesitamos usar un preservativo –dijo ella.

Los ojos de Loukas centellearon.

–Te deseo.

–Ya me doy cuenta –ella deslizó la mano por su sexo hasta acariciar con el pulgar su extremo.

Loukas se echó sobre Emily, teniendo cuidado de no descansar su peso sobre ella, y, como si llevaran años haciendo el amor, sus piernas encontraron su posición favorita. Eso era lo que la había asombrado la noche de la boda: que no había habido la menor incomodidad entre ellos, sus cuerpos habían expresado el deseo en el que ardían, y juntos habían creado una explosiva e íntima coreografía.

Loukas la besó pausadamente, invitando a su lengua a bailar un tango que avivó de nuevo el deseo en Emily. Acarició los hombros y la espalda de Loukas, deleitándose en la respuesta de sus firmes músculos. Bajó hacia sus nalgas y le animó a buscar su propio placer, abriendo las piernas para darle acceso, con el cuerpo en llamas por sentir la profunda y sedosa penetración de Loukas.

Él dejó escapar otro gemido, como si estuviera en el límite de su contención, y entonces entró en ella lenta y suavemente. La sensación de tenerlo dentro, meciéndose, revolucionó de nuevo los sentidos de Emily. Loukas era delicado, pero excitantemente masculino, y la arrastró a un sensual recorrido de deleites sensoriales que hizo vibrar cada célula de su cuerpo. Sus músculos más íntimos se contrajeron, ciñéndose a él en cada avance y cada retirada, sincronizando en perfecta armonía sus movimientos a los de él. Loukas deslizó la mano entre sus cuerpos, sabiendo a la perfección cómo intensificar el placer de Emily con las caricias y la fricción justa para hacerla estallar. El orgasmo le llegó como una explosión de fuegos artificiales cuyo impacto la sacudió hasta la médula.

El grave gemido de placer de Loukas la siguió de inmediato, y en el instante en que sus cuerpos se fundieron en un violento balanceo, una nueva oleada alcanzó a Emily.

Loukas se retiró lentamente, pero no sin antes apartarle el cabello del rostro.

–¿Te he hecho daño? ¿No te he pesado demasiado?

Emily le acarició la mejilla.

–En absoluto.

Loukas esbozó una sonrisa.

–Yo diría que esto lo deja claro.

–¿El qué? –preguntó Emily desconcertada.

Loukas enredó su dedo en un mechón de su cabello, formándole un tirabuzón.

–Que no me había inventado lo fantástico que había sido el sexo entre nosotros. Es aún mejor.

Emily le dibujó el contorno de los labios con el dedo.

–Has sido increíblemente cuidadoso.

–Nunca había hecho el amor con una mujer embarazada, y me inquieta un poco, la verdad.

–No hace falta que me trates como si fuera de cristal.

Loukas deslizó un dedo entre sus senos.

–¿Esto te molesta?

–No.

Movió el dedo hacia su seno derecho y dibujó un círculo alrededor del pezón.

–¿Y esto?

–No…

Loukas acercó su boca y repitió la caricia, pero con la lengua. Emily se estremeció.

–Tienes unos senos maravillosos.

–Me alegro de que te gusten. Durante años pensé que nunca me crecerían, pero afortunadamente empezaron a asomar antes de los quince años.

Loukas sonrió con picardía.

–No tienes de qué preocuparte, Emily, eres la mujer más naturalmente hermosa que he conocido.

Emily no cabía en sí de felicidad al recibir los piropos de Loukas. ¿Cómo no sentirse hermosa cuando él la miraba de aquella manera? No era vanidosa, pero Loukas conseguía que se sintiera la mujer más espectacular del mundo.

–Dudo que *Vogue* vaya a dedicarme una portada, pero gracias de todas formas.

Loukas volvió a formar un tirabuzón con un mechón de su cabello y, manteniéndola atrapada en una sensual mirada que hizo que el interior de Emily se contrajera, susurró:

–Me gustaría volver a hacerte el amor, pero no quiero cansarte.

Emily le tomó la barbilla y aproximando su rostro al de ella dijo:

–¿Te he dicho que estuviera cansada?

Los labios de Loukas se amoldaron a los suyos en un beso lento y prolongado de un latente ardor. Emily abrió los labios y gimió de placer en cuanto su lengua rodeó la de ella. Su barba incipiente le raspó la cara cuando cambió de posición, pero en lugar de molestarle azuzó su deseo. Loukas la hizo girarse hasta colocarla sobre sí para darle más control y para no tener que preocuparse de pesar demasiado sobre ella. Colocó las manos justo bajo sus senos, como si los ayudara a sujetarse.

Emily se echó el cabello hacia atrás por encima de un hombro y lo presionó entre los muslos al tiempo que su cuerpo se encendía al sentir el sexo de Loukas endurecerse bajo su montículo. Se frotó contra él, dejándole sentir hasta qué punto estaba lista para él.

Loukas exhaló sonoramente y gimió.

–Me estás matando.

Emily se inclinó sobre él, plantó las manos a ambos lados de la cabeza de Loukas, dejando que su cabello cayera hacia delante y le acariciara el pecho.

–Mátame ahora mismo –dijo.

Loukas la tomó por las caderas y la penetró con un gemido de satisfacción. Sentirlo moverse en su interior animó a Emily a experimentar. Moviendo sus caderas en círculos, se deleitó con las sensaciones que la fricción le proporcionaba en cada ángulo. Cada vez que él avanzaba y retrocedía, la recorrían ondas cargadas de electricidad que fluían por todo su cuerpo. Estaba a punto de volar, pero no consiguió alzar el vuelo, hasta que Loukas acudió en su ayuda, masajeando el turgente núcleo de su sexo y lanzándola al abismo de un orgasmo tan intenso que Emily perdió toda noción de lo que sucedía excepto de las sensaciones que reverberaban por su cuerpo.

Loukas alcanzó su clímax con una sucesión de empujes que a su vez hicieron sentir a Emily deliciosas réplicas en lo más profundo de su feminidad. Loukas se relajó completamente sobre el colchón y la atrajo sobre su pecho, acariciándole la espalda con movimientos lentos.

Emily nunca se había sentido tan próxima físicamente a nadie. El sexo con Daniel había sido, además de poco frecuente, rápido e insatisfactorio, algo de lo que ella siempre se había considerado responsable. Y como Daniel había hecho lo posible por ocultar su

secreto a sus padres, había dejado que lo creyera. Durante siete años, Emily se había sentido completamente inadecuada.

Pero desde que se había acostado con Loukas se había dado cuenta de que era capaz de sentir violentos orgasmos y de que era sexualmente competente y podía dar y recibir placer de su pareja. La química que compartía con Loukas no era exclusivamente sexual, sino que abarcaba todos los aspectos de su relación. Le atraía su intelecto, su fortaleza de carácter, su sobrio sentido del humor. Su fuerte sentido de la responsabilidad la impresionaba, como el hecho de que estuviera dispuesto a todo lo que fuera necesario para proveer a su hijo, aun cuando ello supusiera hacer cosas que siempre había rechazado.

Loukas dejó la mano sobre su coxis y desde ese punto irradió un calor que derritió los huesos de Emily. Ella alzó la cabeza y, apoyándose en el pecho de Loukas, le acarició el labio inferior.

–Sospecho que mi madre está maquinando algo.

Loukas enarcó una ceja.

–¿A qué te refieres?

–Enseña a las parejas a comunicarse mejor a través del sexo.

Loukas volvió a acariciarle lentamente la espalda y con ojos chispeantes dijo:

–Hacer los deberes debe de ser muy divertido.

Emily pasó el dedo a su labio superior.

–Con mi ex nunca funcionó.

–¿Qué pasó entre vosotros?

«¿Te pones a hablar de tu ex cuando estás en la cama con Loukas?».

«Alguna vez tendré que decírselo, ¿no? Además, esto es lo que se llama comunicarse».

«Lo que se llama es ser una completa idiota».

Emily concentró la mirada en la nuez de Loukas en lugar de en sus ojos.

–En los siete años que salí y viví con Daniel se le olvidó mencionar que era gay.

Loukas frunció el ceño.

–¿No sospechaste nada?

Emily suspiró.

–Mirando hacia atrás me di cuenta de que había muchos indicios, pero nunca les presté atención. Daniel procede de una familia tremendamente conservadora. Temía que si salía del armario sus padres lo desheredarían, así que fingió desde su adolescencia. Quizá por eso al principio no sospeché nada, porque

era muy romántico y atento y me hacía sentir especial. Solo cuando empezamos a vivir juntos las cosas empeoraron. Durante todo ese tiempo yo me eché la culpa de que tuviéramos una vida sexual mediocre. Solo hacíamos el amor cuando Daniel había bebido, así que decidí que no me encontraba atractiva si no había tomado un par de copas. Te aseguro que no fue nada bueno para mi autoestima.

–¿No te planteaste dejarlo?

Emily se rio con sorna.

–Puedo ser muy testaruda aun cuando sé que me equivoco. Soy capaz de cavar mi propia tumba porque no estoy dispuesta a admitir mi error. Además, éramos buenos amigos; simplemente, no había química entre nosotros. Ahora me doy cuenta de que quise convencerme de que todo iba bien en contra de toda evidencia.

–¿Y cómo encontraste el valor para dejarlo?

–Eso es lo que más me avergüenza –dijo Emily–. No tuve el valor. Un día llegué a casa antes de lo esperado y encontré a Daniel en la cama con un hombre, así que no tuve más remedio que enfrentarme a la realidad. Daniel me suplicó que no rompiera con él para seguir manteniendo la fachada ante sus padres. Hasta me ofreció tener hijos, y el perro que siempre había soñado tener. Al principio me enfurecí, pero finamente me dio lástima. Conocía bien a sus padres y me imaginaba cómo iban a reaccionar.

Loukas mantenía el ceño fruncido.

–¿Te planteaste seguir con él?

Emily clavó los dientes en el labio inferior.

–Me lo planteé durante un par de días. Fue muy difícil, porque yo le amaba y, a su manera, él a mí también. Pero terminé la relación y me mudé, y al cabo de unas semanas se lo contó a sus padres.

–¿Cómo se lo tomaron?

Emily suspiró.

–No han cortado la relación con él, pero se niegan a aceptar que sea gay. Piensan que es una etapa pasajera. Incluso me culpan a mí por empujarlo «al otro lado». Recibí una horrorosa llamada de su madre acusándome de ser tan mala compañera que Daniel no había tenido más opción que buscar consuelo en otra parte. Se niegan a conocer a su pareja, Tim, y solo ven a Daniel si los visita solo. Es muy triste.

Loukas le acarició la mejilla con una mirada de ternura.

–Eres muy buena persona, Emily.

–Tú también –contestó ella, sosteniéndole la mirada.

El rostro de Loukas se ensombreció antes de que desplazara a Emily a un lado para levantarse de la cama. Se puso los pantalones con una determinación que Emily interpretó como un punto y aparte en la conversación.

–A ver si lo adivino –dijo, incorporándose–. Tienes algo muy urgente que hacer.

Loukas frunció el ceño.

–Emily… –su tono tenía el timbre que le hacía sentirse como una niña a la que reprochara que se hubiera pasado de la raya–. No comprendes que…

–Comprendo más de lo que tú crees –dijo ella–. Sé hasta qué punto debes de sentirte culpable. Ni siquiera puedo imaginarme lo doloroso que es…

–¿De verdad crees que sabes lo que se siente al destrozar la vida de una persona y no poder recomponerla? –preguntó él con ojos centelleantes.

Emily tragó para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

–Que no puedas recomponerla no significa que estés ayudando a tu madre y a tu hermana manteniéndolas a distancia. Ellas quieren estar más cerca de ti, pero tú prefieres alejarlas. No deberían haberse ido, ni sentir que no son bienvenidas. No es justo que tengan que preguntar si quieres que acudan a tu boda. Lo lógico hubiera sido que insistieras en que se quedaran el fin de semana.

Loukas se pasó una mano lentamente por la cara.

–Cuando he vuelto de dar un paseo ya se habían ido. Chrystanthe me ha dicho que ha venido a recogerlas el mayordomo del crucero.

–Pero ¿les habrías pedido que se quedaran?

Loukas exhaló el aliento con impaciencia.

–Probablemente no.

Emily salió de la cama y sin molestarse en cubrirse, se acercó a él y se abrazó a su cintura. Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo y dijo:

–Podríamos invitarlas a pasar unos días con nosotros antes de la boda para que pueda conocerlas mejor. ¿Te parece bien?

Loukas la estrechó contra sí.

–Es imposible negarte nada si me lo pides así; supongo que lo sabes.

Emily sonrió con picardía y acudió al encuentro de sus labios, que ya descendían hacia ella.

–En eso confiaba.

Capítulo 7

Cuando Emily bajó al primer piso, a la mañana siguiente, Loukas llevaba ya varias horas levantado. La había dejado en la cama, después de llevarle té y tostadas y de hacerle prometer que descansaría tanto como quisiera. Emily lo encontró en su despacho, trabajando en el ordenador. Al verla entrar, fue hacia ella y le tomó ambas manos.

–¿Cómo te encuentras?

–Muy bien, la verdad –dijo ella–. El desayuno me ha sentado fenomenal.

Loukas le apretó las manos suavemente con gesto esquivo.

–Emily, he concertado una cita con mi abogado para redactar un acuerdo prenupcial. Vendrá dentro de una hora.

Emily hizo girar los labios y desvió la mirada más allá de Loukas. Un acuerdo prenupcial le recordaba que tenían una relación peculiar. Tenía todo el sentido que Loukas quisiera firmar un documento de ese tipo, como lo haría cualquiera dentro de una pareja que tuviera riqueza y bienes que deseara proteger, pero era una prueba más de que estaba dando un paso muy alejado del que siempre había soñado que daría cuando dijera «sí, quiero».

–Muy bien. Es mejor dejar las cosas claras desde el principio.

Loukas le alzó la barbilla.

–Comprendo que te incomode, pero prometo ser generoso si nos divorciamos.

–¿Quieres decir «cuando» nos divorciemos?

Loukas apretó los labios y dejó caer la mano.

–Cometería un error si diera por hecho que deseas quedarte conmigo indefinidamente. No es lo que queremos ninguno de los dos.

«¿Y si es lo que yo quiero?».

«Vaya, vaya. Me lo temía».

«¿El qué?».

«Te estás enamorando de él».

Emily ahuyentó ese pensamiento como si quisiera esconderlo en la parte de atrás de un armario. Ya lo pondría en su sitio más tarde. Mucho más tarde. Claro que no estaba enamorada de él.

¿Cómo iba a estarlo? Que el sexo entre ellos fuera espectacular no significaba que fueran el señor y la señora Felices Para Siempre. Solo quería decir que había química entre ellos.

–Claro, por supuesto –dijo–. Aunque es un poco raro casarse asumiendo que el divorcio no es una posibilidad, sino una certeza.

–Al menos podrá ser un divorcio perfectamente civilizado.

Loukas hacía que sonara como algo impersonal y aséptico.

¿Podía alejarse más aquel plan de su sueño de una relación de cuento de hadas? No. Pero tenía que pensar en el bebé. Solo había accedido a seguir adelante por la criatura que habían creado entre los dos. El bebé se merecía tener la oportunidad de que su padre formara parte activa de su vida. Actuando como lo hacía, permitía que Loukas construyera una sólida relación con su hijo, sin que a ellos los atara entre sí.

En ese momento sonó el teléfono de Loukas, él lo sacó del bolsillo y contestó después de pedirle disculpas con la mirada. Mientras Emily lo oía hablar en griego, observó su impecable escritorio, tan distinto al de ella, que siempre parecía el de una niña que acabara de tener una pataleta. Estaba lo bastante cerca como para ver lo que tenía en la pantalla y le dio un vuelco el corazón. Se trataba de una página sobre embarazo que ella también había consultado. Le emocionó que Loukas mostrara interés en el desarrollo del bebé.

Cuando colgó el teléfono, dijo:

–Perdona. Era una llamada importante.

Emily indicó el ordenador.

–¿Te ha resultado útil esa página?

–Sí y no.

Emily frunció el ceño. Ella la había encontrado extremadamente interesante.

–¿Por qué no?

Loukas tragó con dificultad.

–Durante el embarazo muchas cosas pueden ir mal.

–¿Te refieres a la posibilidad de un aborto?

Loukas parpadeó como si quisiera apartar de su mente una perturbadora idea.

–Todavía hay mujeres que mueren durante el parto. No es frecuente, pero tampoco imposible.

Emily se preguntó qué le habría despertado el interés de consultar la página. ¿Temía por ella más que por el desarrollo del bebé?

–¿Por qué has mirado esa página?

El rostro de Loukas desapareció tras la máscara que Emily empezaba a conocer bien.

–Hacía mucho que no repasaba lo que aprendí en las clases de sexualidad del colegio.

Emily reprimió una sonrisa.

–A mí me pasó lo mismo. No recordaba haber oído lo de las náuseas matutinas o el cansancio permanente. Solo me acordaba de los preservativos y de las risitas de mis compañeros.

Loukas esbozó una sonrisa y sus ojos volvieron a la vida. Pero su mirada se apagó al instante.

–¿Estás preocupada por lo que te pueda pasar?

–Bueno… no me hace mucha gracia que me salgan estrías.

Loukas la seguía mirando con gesto serio, como si pensara que no era el momento de hacer bromas.

–He leído que, si el líquido amniótico se filtra a la corriente sanguínea, las consecuencias son mortales. También cabe la posibilidad de una hemorragia como consecuencia del parto, que puede causar la muerte de la madre en cuestión de minutos.

–No voy a morirme, Loukas –dijo Emily haciendo el doble esfuerzo de calmarse ella y de tranquilizarlo a él. Cuando había leído la información había pasado por alto la sección sobre los riesgos. Su imagen de un parto era la de una criatura de cara rosada envuelta en una manta y una agotada pero feliz mamá junto a su entregado marido. En su imaginación no había espacio para trasfusiones de emergencia ni médicos en estado de pánico.

Loukas no parecía convencido.

–Y los riesgos aumentan si se trata de gemelos.

Emily se rio.

–¿Quieres parar ya? Ya es bastante malo quedarse embarazada accidentalmente como para que sean gemelos.

Se produjo un breve silencio.

–Dame la mano –dijo Emily.

Loukas se la alargó y Emily la colocó sobre su vientre, que estaba algo redondeado a pesar de que solo estaba embarazada de un mes. Pero como tendía a comer cuando estaba preocupada, no le había extrañado. Una tableta de chocolate tenía que ir a alguna parte, y en su caso, parecía haber elegido su tripa.

–En un par de meses, notarás codos y rodillas removiéndose ahí dentro.

Loukas la miró asombrado.

–¿Tú puedes sentir ya algo?

–No, es demasiado pronto –dijo ella–. ¿No es raro pensar que

ahí dentro hay una nueva vida tomando forma?

Loukas retiró la mano después de un rato.

–Deberíamos pensar en nombres. ¿Vas a querer saber el sexo del bebé antes de que nazca?

–¿Y tú?

–Te dejo la decisión a ti, Emily.

Emily lo miró con cierta tristeza.

–Antes pensaba que prefería no saberlo, pero me parece que tú ya has tenido suficientes sorpresas, ¿o me equivoco?

Loukas frunció los labios.

–No te falta razón.

El abogado llegó al poco tiempo y no tardaron en resolver el asunto del acuerdo prenupcial. Como si quisiera suavizar el golpe, Loukas llevó a Emily a dar un paseo por el olivar para hacer un picnic en una pequeña cala que quedaba cerca de la villa. Una fila de pinos proporcionaba un agradable refugio contra el intenso calor del sol. Emily se echó en la manta que Loukas tendió sobre la arena y observó con anhelo el tentador mar a unos metros de distancia.

–¡Qué lástima que no haya traído el bañador! –dijo cuando Loukas se echó a su lado–. Hice el equipaje con tanta prisa que me olvidé de meter uno en la maleta.

–Aquí no te hace falta –repuso Loukas–. Esta cala es de mi propiedad y queda totalmente oculta. La carretera más próxima pasa a tres kilómetros de aquí.

Emily miró de reojo hacia el sendero del acantilado por el que habían bajado como si esperara ver una nube de paparazzi con teleobjetivos.

–¿Estás seguro?

Loukas deslizó una mano por su espalda, haciendo que cada músculo de su cuerpo suspirara de placer.

–Yo me he bañado aquí miles de veces.

–¿Desnudo?

–Sí.

–¿Solo o en compañía?

Loukas tomó un palito de la manta y lo tiró a la arena.

–Solo. Nunca había traído aquí a nadie.

Emily lo miró, pero Loukas observaba el palito con gesto concentrado.

–¿Por qué me has traído a mí?

Loukas se giró a mirarla, tan inexpresivo como de costumbre.

–¿Y si nos damos un baño? ¿Quieres comer o prefieres refrescarte primero?

Emily se mordisqueó el labio inferior.

–Nunca me he bañado desnuda. ¿Y si me muerde algún bicho? Además, a no ser que tengas a mano unas gafas para nadar, tendría que quitarme las lentillas.

Loukas rebuscó en la bolsa donde había metido toallas y crema solar y sacó un par de gafas.

–*Voilà.*

Fue con Emily de la mano hasta el agua, asegurándose de que no se torciera un tobillo en la arena. Ella sonreía de oreja a oreja, como una niña a la que le hubieran dado permiso para cometer una gran travesura.

–¿Estás completamente seguro de que no nos puede ver nadie? ¿Me lo juras?

Loukas le apretó la mano.

–Estás completamente a salvo conmigo –en cuanto dijo esas palabras, se le formó un nudo en el estómago.

¿Estaba Emily a salvo? Había insistido en que descansara por la mañana porque había leído que las náuseas matutinas del embarazo afectaban al estómago vacío a primera hora. Aquella maldita página estaba provocándole pesadillas. Podrían salir tantas cosas mal durante un embarazo… Había hecho la búsqueda en Internet inicialmente para tener más información sobre el proceso… o eso se había dicho. Solo cuando se dio cuenta de que estaba obsesionándose fue consciente de que le preocupaba más Emily que el bebé. Este le importaba en un sentido más abstracto, pero Emily era real y estaba presente, y tenía un poderoso efecto en sus sentidos. Y no solo en sus sentidos. Eso era lo que más le asustaba. Estaba empezando a sentir algo por ella.

¿Qué demonios era ese «algo»?

Nunca había sentido nada parecido. Trataba de convencerse de que se debía al hecho de que estaba embarazada, pero no podía evitar intuir que se trataba de mucho más. Emily le hacía sonreír y ni siquiera recordaba quién lo había conseguido antes que ella. Era natural y sincera y no se quedaba en la superficie de la vida, como tantas de las mujeres con las que había salido. Emily profundizaba. A veces incluso demasiado, aunque en cierta medida hubiera sido un alivio contarle lo del accidente. Con ello no se sentía menos culpable, pero sí menos angustiado. Alguien sabía lo que sentía, y lo comprendía.

Había sacado el tema del acuerdo prenupcial con cautela por temor a disgustar a Emily. Nunca había llevado a nadie a aquella cala porque era su santuario privado, pero le había parecido natural compartirla con Emily y con su futuro hijo. Le había preocupado el descenso por el acantilado, pero Emily no se había fatigado. Hacía un sol abrasador y ella tenía la piel mucho más pálida que la suya, pero se la había protegido con abundante crema solar y había tenido que reprimir el impulso de hacerle el amor allí mismo porque hacía demasiado calor, y también había leído que una mujer embarazada no debía exponerse a temperaturas elevadas porque ponían en riesgo al bebé.

«El bebé».

Cada vez que pensaba en esas dos palabras empezaba a imaginarse cómo sería su hijo. ¿Sería niño o niña? Todavía faltaban semanas para que a Emily se le notara el embarazo, Loukas se preguntaba qué sentiría al ver en una ecografía al bebé, cuando dejara de ser algo abstracto al ver su cuerpecito desarrollarse y oír latir su corazón. También se preguntaba cómo sería el momento del nacimiento, su primer llanto, sostenerlo en brazos por primera vez.

¿Qué tipo de padre sería?

Loukas no había esperado tener sentimientos hacia el bebé a aquellas alturas, pero cuanto más pensaba en aquel pequeño cuerpecito en desarrollo, más se expandía por su pecho una cálida emoción.

Casi tan cálida como la que lo dominaba cuando pensaba en Emily…

Emily sonrió cuando el agua les llegaba a la cintura.

–Ya me puedes soltar. No voy a caerme.

–Enseguida –Loukas tiró de ella hasta que sintió su cuerpo húmedo y fresco contra el de él–. Primero quiero hacer una cosa.

Y le dio un beso que hizo suspirar de placer a Emily; uno de esos suspiros que la noche de la boda de sus amigos habían hecho que Loukas perdiera todo control. Su boca era como una flor que se abría, suave y fragante, dulce como el néctar. La lengua de Emily se acercó a la de él primero tímidamente y luego con osadía, una vez él profundizó el beso. Loukas la sujetó por las caderas, apretándola contra su sexo endurecido, deseándola con tal intensidad que le dolía cada músculo del cuerpo. Ella se abrazó a su cuello para pegarse aún más a él y enredar los dedos en su cabello para revolvérselo y tirar de él a la vez que mantenía los labios sellados a los suyos.

Tras un largo y maravilloso momento, Loukas fue bajando con sus labios por el cuello de Emily hacia el punto bajo el lóbulo de su oreja que siempre le arrancaba una jadeante exhalación. Usó la lengua para trazar la caracola de la oreja, recorriendo cada delicado recoveco hasta que Emily giró la cabeza para recuperar la boca de Loukas con una anhelante voracidad que le aceleró la sangre en las venas a él como si se tratara de un tren descarrilado. Emily bajó la mano hasta encontrarlo y masajearlo arriba y abajo antes de acercarlo a su entrada y elevarse sobre las puntas de los pies para darle acceso.

Loukas no necesitó más invitación que esa.

La penetró de un solo empuje que le erizó cada cabello de la cabeza; el cuerpo de Emily se aferró al de él en un apretado abrazo, tan estrecho como un puño. Se movió con él; sus suspiros y gemidos incrementaron aún más su excitación, dispararon su deseo hasta el punto de que casi no le dio tiempo a satisfacer a Emily antes de dejarse ir. Deslizó la mano hacia el agua para encontrar el núcleo de Emily y la arrastró al clímax con un par de caricias. Emily estalló en convulsos temblores de placer que desencadenaron el de él.

El sol que caía sobre su espalda, la fresca agua batiendo sus cuerpos suavemente y los gemidos de placer de Emily dotaron a la experiencia de una cualidad primaria y básica que Loukas no había sentido jamás.

Emily dejó escapar un prolongado suspiro y lo miró con ojos chispeantes.

–¡Vaya, no sabía que nadar pudiera ser tan divertido!

Loukas se rio y le secó unas gotas de agua de la mejilla.

–Lo mismo digo.

Emily plantó las manos en su pecho sin separar la parte baja de su cuerpo de la de él y, con expresión luminosa, dijo:

–¿Sabes que es la primera vez que te oigo reír?

Loukas nunca había tenido ganas de reírse antes de conocerla.

Emily era divertida y optimista. Cuando estaba con ella, se sentía más vivo de lo que se había sentido desde hacía años. Anhelaba estar con ella. ¿No era esa la razón de que hubiera ido a encontrarla a Londres? Había estado buscando volver a sentir la sangre correr por sus venas, recuperar el brío al caminar, y sentir el fuego en las entrañas que solo notaba cuando la tenía cerca. Bajó la mirada hasta sus labios y, esbozando una sonrisa, dijo:

–Puede que todavía haya esperanza para mí.

Capítulo 8

Emily pasó los siguientes días con Loukas, visitando Corfú. Inicialmente a él no le gustaba la idea de ir a los lugares más turísticos por temor a que la gente o algún periodista los identificara, pero Emily ansiaba ver los lugares más hermosos de la isla que él consideraba su hogar. Comían a diario en pintorescos restaurantes locales y paseaban por las antiguas calles, visitando los museos arqueológicos, las galerías de arte e iglesias, como la espectacular San Sypridion. También subieron al magnífico monte Pantokrator, la montaña más alta de la isla.

Al volver de allí, Emily vio una tienda de antigüedades.

–¿Podemos entrar? –preguntó.

–Claro.

En cuanto entraron, Emily tuvo la sensación de respirar siglos de historia. Recorrió la tienda, deteniéndose para tomar y estudiar los objetos que llamaban su atención. Mientras Loukas estaba ocupado hablando por teléfono, ella vio en un estante un ajado joyero de terciopelo azul junto a una colección de monedas antiguas. Probablemente se trataba más de un objeto viejo que de un tesoro, pero a Emily le encantó. Tenía cerradura, pero faltaba la llave, y cuando Emily levantó la tapa no pudo evitar pensar en la mujer que había guardado en él sus joyas. Lo cerró y lo devolvió al estante. No era nada caro, pero no llevaba dinero encima y suponía que Loukas no querría comprar algo tan poco sofisticado.

–¿Por qué elegiste vivir en Corfú? –preguntó ella un poco más tarde, mientras tomaban un café–. Tu familia no es de aquí, ¿no?

Loukas removió el café.

–No, pero a mí me gustó desde la primera vez que me trajeron mis padres de vacaciones cuando era pequeño, antes de que se divorciaran.

–¿Fueron felices alguna vez?

Los labios de Loukas dibujaron una curva descendente.

–No. Mi padre no estaba preparado para casarse; tampoco lo está ahora, para serte sincero. Pero la tradición en Grecia es que para tener un matrimonio feliz, los padres den la bendición a la persona con la que vas a casarte. Mis abuelos paternos conocían a

mi madre y dieron su aprobación.

–¿Fue un matrimonio concertado?

–No exactamente. Mi padre hizo creer a mi madre que la amaba, y una vez le puso la alianza en el dedo, empezó a tener un affaire tras otro.

Emily frunció el ceño.

–Pero ¿ella lo amaba?

Loukas la miró con tristeza.

–Por poco tiempo. Aunque tardó años en convencerlo de que le concediera el divorcio. Para evitar que sus padres lo culparan del fracaso de su matrimonio, mi padre se inventó todo tipo de mentiras y convirtió la vida de mi madre en un infierno.

–Y, por lo que me has dicho, también la tuya –dijo Emily–. ¿Lo ves mucho actualmente?

Loukas desplazó la taza a un lado.

–No. Todo el contacto que tengo con él es una tarjeta por Navidad y por su cumpleaños.

–¿Y el Día del Padre?

Loukas le dedicó una expresiva mirada.

–No he encontrado una con el mensaje adecuado. *Eres un padre espantoso*, no suele estar disponible.

Emily no pudo contener una risita.

–Y yo que pensaba que mi madre era un desastre. En realidad no lo es; solo un poco irritante a veces, pero no es mala –frunció el ceño y continuó–. Espero que no te avergüence en la boda. No te importará que venga, ¿no? Sé que has dicho que quieres una ceremonia discreta, y me temo que mi madre no tiene nada de discreta, pero me gustaría que estuviera presente.

Loukas esbozó una de sus inusuales sonrisas.

–Por supuesto que debe venir.

Emily jugó con su cucharilla un instante.

–Lo que pasa es que… mi madre es una excelente detective en lo que concierne a las relaciones. Según ella, puede distinguir a distancia si una pareja funciona o no. Por lo visto, se nota en su lenguaje corporal o no sé qué.

Los largos y morenos dedos de Loukas tomaron los de ella y, en cuanto se los acarició, Emily sintió una sacudida en el centro de su ser.

–Si lo piensas, tiene sentido –dijo él.

Emily le miró la mano y se estremeció al pensar lo que aquellos mágicos dedos le hacían sentir.

–Le he dicho que estamos enamorados. Si no, no me habría

dejado en paz para hacerme cambiar de idea.

Loukas detuvo el movimiento de sus dedos.

–¿Te preocupa mentirle?

–Sí. No. Puede.

«Me preocupa más mentirme a mí misma».

Loukas le dio una palmadita en la mano antes de reclinarse en el respaldo de la silla e indicar a la camarera que les llevara la cuenta.

–Vamos. Será mejor que nos protejamos del sol antes de que te derritas.

«Me derretí hace un mes, cuando me besaste por primera vez».

Un par de días más tarde, Emily se despertó de la siesta cuando Loukas entró en el dormitorio con un paquete rectangular envuelto en un papel plateado con un lazo negro. Se sentó al borde de la cama, junto a ella, y se lo dio.

–¿Te acuerdas del anticuario al que fuimos el otro día? –preguntó–. He vuelto para comprarte esto.

Emily abrió el papel y descubrió el viejo joyero que tanto le había gustado. No había sido consciente de que Loukas la estuviera mirando mientras ella recorría la tienda y él hablaba por teléfono, y le enterneció que se hubiera tomado la molestia de volver para comprárselo.

–¡Eres encantador! –dijo, acariciando el terciopelo.

–Ábrelo.

Emily levantó la tapa y encontró dos pares de pendientes: unas lágrimas de perlas y unos centelleantes diamantes. No necesitaba ver el precio para saber que eran exorbitantemente caros.

–¡Son preciosos! –tomó las lágrimas y las dejó colgar del dedo. Luego tomó los diamantes y los alzó a la luz para ver cómo la reflejaban. Entonces miró a Loukas sintiendo una súbita timidez–. Eres demasiado generoso.

–Me dijiste que tiendes a perder pendientes, así que he pensado que un joyero te ayudaría a conservarlos –dijo él–. Tiene cierre y llave. ¿Ves? –señaló el diminuto cierre situado en la parte baja–. La llave original se había perdido, pero he hecho hacer una nueva –metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó una minúscula llave y la puso en la palma de la mano de Emily.

Emily lo miró a los ojos, preguntándose si alguna vez le entregaría la llave de su corazón para que la guardara.

–No sé qué decir, aparte de gracias. Nadie me había regalado

nunca algo tan precioso.

–Pues ya era hora de que alguien lo hiciera –Loukas levantó la mano de Emily y se la besó, sin dejar de mirarla fijamente.

Emily dejó la llave junto al joyero y con los dedos recorrió la mandíbula de Loukas.

–Nunca he conocido a nadie como tú.

«No lo hagas».

«Tengo que hacerlo. No puedo negarlo por más tiempo. Estoy enamorada de él».

«Luego no digas que no te avisé».

Algo parecido a la alarma pasó por la mirada de Loukas. Luego parpadeó como si fuera a dar una mala noticia.

–Emily…

Ella le puso un dedo en los labios.

–No, por favor, no lo digas. No puedo evitar sentir lo que siento. Te amo.

Loukas suspiró y le tomó la mano.

–Escucha, los regalos son solo eso, ¿de acuerdo? No significan nada.

Emily se negaba a creerlo. El joyero podía no tener un gran valor, pero las joyas costaban más de lo que ella ganaba en un año. En dos. ¿Cómo podía decir Loukas que no significaban nada?

–¿Les compras regalos a todas las mujeres con las que te acuestas?

Loukas se puso en pie y la miró con ojos tan inexpresivos como las ventanas tapiadas de un edificio abandonado.

–Sí.

Emily recibió la respuesta como un puñetazo en el pecho.

–¿Quieres decir que… no soy especial?

Loukas cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, como si buscara consejo en el cielo. Luego suspiró profundamente y volvió a mirar a Emily.

–No, no es eso lo que quiero decir. Eres increíblemente especial.

–Pero no me amas.

Loukas se acercó de nuevo y se sentó a su lado. Tomó la mano de Emily y la sostuvo entre las suyas. El dedo ya había cicatrizado, pero en aquel momento una nueva herida se abría en su corazón y era mil veces más dolorosa.

–No sé si tengo la capacidad de sentir algo así por alguien –le presionó la mano afectuosamente; sus labios formaban un rictus de tristeza–. Sé que es un cliché, pero no es culpa tuya, sino mía: no

eres tú, soy yo.

Emily bajó la mirada hacia sus manos unidas. ¿Por qué habría expresado sus sentimientos? ¿Qué había conseguido con ello? La nada más absoluta. Una vez más, se había puesto en ridículo. ¿Aprendería alguna vez?

«Te lo dije».

¿Qué estaba haciendo, conformándose con una relación que no tenía nada de idílica? ¿Cómo iba a casarse con Loukas con la vana esperanza de que en el futuro cambiara de opinión? Solo se casaba con ella por su sentido del deber, no porque la amara. La deseaba, pero ¿hasta cuándo? ¿Cuánto tardaría en querer romper su matrimonio? Ella tendría que vivir bajo la permanente amenaza del final en lugar de con la felicidad de estar construyendo juntos una duradera y plena relación. Eso no era lo que había soñado para sí misma. Quería ser amada por quien era, valorada y adorada tal y como siempre había anhelado. Formar una familia debía ser la consecuencia de un amor profundo. ¿Cómo podía dar a luz a un bebé en una relación que no se basaba en el amor mutuo?

Emily liberó su mano y se levantó de la cama.

–Lo siento, Loukas, pero no puedo seguir con esto.

Loukas frunció el ceño hasta que su frente se convirtió en un mapa de líneas.

–¿A qué te refieres?

Emily lo miró fijamente.

–Al matrimonio que me ofreces. No me siento cómoda con nada de lo que implica. Me da lo mismo que sea una pequeña o una gran ceremonia. Me da lo mismo que no acuda nadie o que venga toda Grecia. Lo único que no puede faltar es tu amor por mí, y eso no va a estar.

Loukas hizo ademán de sujetarla, pero ella alzó un brazo para impedírselo.

–No, no intentes que cambie de idea. Fuiste tú quien me convenció de que este absurdo plan tenía sentido, pero no sé cómo llegué a aceptarlo. Me vuelvo a Londres. Rompo nuestro compromiso.

Un músculo palpitó en la comisura de los labios de Loukas.

–Esto es una locura. No estás pensando con claridad…

–Eso es precisamente lo que estoy haciendo –dijo Emily–. Es un error traer a un hijo al mundo en una relación con una bomba de relojería. No es eso lo que quiero hacer con mi vida. Quiero el cuento de hadas completo, y no me avergüenzo de ello. Es lo que

la mayoría de la gente quiere: ser amado. Permanecí siete años en una relación en la que no había amor, y cada uno de esos años viví con la esperanza de que lo hubiera, pero ese momento no llegó nunca. No puedo seguir desperdiciando mi vida en una relación que no conduce a ninguna parte.

–Siempre te he dicho lo que estaba dispuesto a darte –dijo Loukas–. No te he prometido nada ni he fingido lo que no siento. Quiero formar parte de la vida de mi hijo. No quiero que sufra por mis errores.

Así era como Loukas veía su relación con ella, como un error. Le había ofrecido una noche de sexo y esta había tenido consecuencias. Unas consecuencias de las que estaba dispuesto a responsabilizarse, pero con unas condiciones que ella no podía aceptar. Porque se había dado cuenta de que lo amaba. Que Loukas se sintiera culpable por el accidente no significaba que tuviera que castigarse el resto de su vida y negarse los sentimientos propios de cualquier ser humano. ¿Acaso alguien tenía control sobre el amor? Se producía por más que uno intentara evitarlo. Ella no se había propuesto enamorarse de él, el amor había brotado en ella. Cada beso, cada caricia, cada vez que habían hecho el amor, habían hecho florecer sus sentimientos y crecer hasta que ya no pudo seguir negándolos.

Emily sacudió la cabeza, abatida.

–Esa es la cuestión. Me ves como un error. También ves así a nuestro hijo: un accidente del que debes ocuparte por tu sentido del deber, igual que te ocupas de tu madre y de tu hermana. Yo no necesito que nadie se ocupe de mí por deber, Loukas, quiero ser amada, y me lo merezco. Igual que tú te lo mereces.

La expresión de Loukas era tan impenetrable como las murallas de la fortaleza que habían visitado unos días atrás.

–Si es verdad que me amas, ¿por qué te vas?

–Porque si me quedara acabaría haciéndote daño –dijo Emily–. A ti, a mí y al bebé. No impediré que te relaciones con él. Puedes venir conmigo a la ecografía, si quieres; y al parto, por supuesto.

–¿Y la prensa? –preguntó entonces Loukas. Y Emily supo que, a pesar de su aparente calma, estaba angustiado–. Te acosarán para que hagas una declaración.

Emily empezó a recoger sus cosas con manos temblorosas. Se negaba a llorar. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero las hizo desaparecer con un decidido parpadeo. Le dolía el pecho como si alguien le hubiera partido la caja torácica y le hubiera arrancado el corazón, pero no cesó en su tarea de recoger todas

sus pertenencias: el reloj de la mesilla, el cargador del teléfono del enchufe; el maquillaje del cuarto de baño. Se movió como un autómata, un robot programado para cumplir una tarea. Pero en su interior quería tirarse al suelo y patalear como una niña enrabietada.

«¿Por qué no me amas? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

–Nunca hablaría mal de ti –dijo finalmente–. Me limitaré a contarles la verdad, que he cambiado de idea respecto a casarme contigo, pero que vamos a criar a nuestro hijo juntos.

–Deja eso –dijo él, indicando con la cabeza los objetos que Emily había acumulado en la cama–. Chrystanthe hará el equipaje.

Emily miró la ropa y el joyero, y tragando saliva, declaró:

–Las joyas y el joyero te los dejo. Quizá quieras regalárselos a otra

–Llévatelos –dijo Loukas. Y le dio la espalda, como si ya no le importara lo que fuera a hacer.

Finalmente, Emily se llevó el joyero, pero dejó las joyas. Depositó los pendientes en la mesilla, cerró con llave el joyero y lo metió en el bolso mientras Loukas no miraba.

–Necesito reservar un vuelo –dijo, retirándose el cabello de la cara, sintiéndose súbitamente superada por la decisión que acababa de tomar. Ese era el problema de haber tenido pareja prácticamente siempre. No recordaba la última vez que se había sacado un billete de avión. Daniel se había ocupado de los viajes, igual que de sacar la basura o de vaciar el friegaplatos. Intentó contener el pánico.

«Respira, respira, respira. Puedes hacerlo».

Miró a Loukas y vio que ya tenía el teléfono en la mano. ¿Qué quería decir eso? ¿Que estaba ansioso por perderla de vista?

–Ya te lo reservo yo –dijo con una fría amabilidad que contribuyó a que Emily se convenciera de que había tomado la decisión correcta. Si la amara, Loukas se habría puesto de rodillas para suplicarle que se quedara. La habría ahogado en besos y caricias, diciéndole que no podía vivir sin ella. En cualquier caso, lo que no habría hecho era llamar de inmediato para reservarle un vuelo.

Aunque mantuvo un gesto digno y sereno, en su fuero interno gritaba: «¡No dejes que me vaya!».

Emily no tuvo la oportunidad de despedirse de Chrystanthe porque era su noche libre. Escribió precipitadamente una nota de despedida y la dejó en la cocina mientras Loukas llevaba su equipaje al coche.

El viaje al aeropuerto se produjo en un doloroso silencio.

Cuando Loukas la ayudó a facturar para el avión privado que había organizado para ella, Emily confió en que le dijera algo. Lo que fuera. Pero la despidió como si se tratara de una mera conocida. No la tocó, apenas la miró, y, cuando lo hizo, fue con una actitud tan impersonal como la de ella.

Cuando llegó el momento de embarcar, Emily le tendió una mano, que él desdeñó con frialdad.

–¿Bromeas? –dijo en tensión.

Emily dejó caer el brazo junto con su última esperanza. El corazón le pesaba como una roca. ¿Podrían ser al menos amigos? ¿Cómo iban a ser unos buenos padres si ni siquiera se hablaban?

–Te avisaré cuando sepa la fecha de la ecografía.

–Muy bien.

Emily escrutó el rostro de Loukas buscando alguna señal de que aquella despedida le resultaba tan dolorosa como a ella, pero no encontró nada. Era como si Loukas hubiera borrado de su disco duro cualquier emoción. Ni siquiera un músculo lo traicionaba.

–Adiós, Loukas.

Él no contestó.

Emily se giró y caminó por el pasillo hacia la puerta de embarque, pero, cuando se volvió para ver a Loukas por última vez, él ya se había ido.

Loukas fue hacia el ascensor precipitadamente. La rabia, la desilusión y otra emoción a la que no podía poner nombre bullían en su interior creando una envenenada pócima que jamás había probado antes. Se sentía completamente impotente. Quería tomar a Emily en brazos, llevarla a la villa y no permitir que se marchara. Podía permanecer frío como un témpano cuando era necesario, pero la declaración de amor de Emily le había dejado perplejo.

¿Por qué había tenido que lanzarle aquella confesión? ¿No era una frivolidad por su parte? El buen sexo tenía ese efecto en las mujeres. Si era justo, también en los hombres. Pero que el sexo fuera excepcional no significaba que estuviera enamorado de ella. Él nunca había estado enamorado. Por otro lado, su declaración no debía haberlo tomado tan por sorpresa. Emily era afectuosa y sentimental. El amor era algo natural en ella. No necesitaba analizarlo, protegerse de ello, bloquearlo. La cuestión no era que él no fuera capaz de amar. Amaba a su madre, a su hermana, a sus

amigos, pero desde la distancia, asépticamente. No le resultaba fácil sentirse cercano a alguien. Quizá era el ADN de su personalidad, o se debía al trauma que le había causado el amargo divorcio de sus padres y la pelea por su custodia, por no mencionar el desgarrador sentimiento de culpabilidad que sentía por el accidente de su hermana.

Amar a alguien lo aterraba.

Le aterraba ser vulnerable; la posibilidad de perder a alguien aumentaba proporcionalmente a lo que uno sentía por esa persona; la posibilidad de hacerle daño se incrementaba aún más.

Recordaba cómo solía permanecer en la cama, de pequeño, cuando oía a sus padres discutir con acritud. La inseguridad que sentía era angustiosa, pero siempre le había consolado la certeza de que su madre jamás lo abandonaría. Su padre, sí; pero su madre, nunca.

Todavía recordaba el día que su padre lo había tomado bruscamente de la mano y prácticamente lo había arrastrado al coche. Había evitado llorar para que su madre no sufriera, pero, sobre todo, para que su padre no viera hasta qué punto le dolía separarse de ella y porque habría disfrutado sabiendo cuánto dolor estaba causando. Por eso él había compuesto una máscara de indiferencia, exactamente igual que acababa de hacer ante Emily. Pero la experiencia había sido tan traumática que todavía podía ver a su madre corriendo tras el coche, alargando las manos hacia él con el rostro descompuesto, sollozando.

La emoción había sido tan intensa que aún lo aterrorizaba. Por eso se refugiaba en la rabia, un sentimiento que sí sabía controlar. Podía encerrarlo como si fuera un animal salvaje; podía esperar a que pasara.

¿En qué estaba pensando Emily, tendiéndole la mano como si fuera un mero conocido? ¡Habían gozado del más espectacular sexo! ¡Estaban esperando un hijo! No tenía derecho a actuar así cuando él le había ofrecido más de lo que le había ofrecido a nadie en toda su vida.

Que no quisiera herirla no significaba que pudiera decirle que sentía algo por ella. No se sentía capaz de comprometerse indefinidamente.

Él no era ese tipo de persona, nunca podría serlo.

Ni siquiera estaba seguro de haberlo sido alguna vez en su vida.

Capítulo 9

Emily llevaba una semana en Londres cuando llamaron a la puerta. El corazón le dio un brinco como si saltara desde un trampolín. ¿Sería Loukas? ¿Habría cambiado de opinión? ¿La amaba? No había tenido noticias de él, excepto por un frío mensaje para asegurarse de que había llegado a casa sin contratiempos. Emily se había planteado escribir, especialmente porque no encontraba la llave del joyero, pero no quería que Loukas creyera que era una excusa para hablar con él. Debía de haberla perdido en el aeropuerto, o se le habría caído del bolso una de las múltiples veces que sacó un pañuelo de papel para secarse las lágrimas.

Pero en cierta medida, el joyero representaba su desesperación por la incapacidad de Loukas de amarla. Su corazón estaba tan cerrado como el joyero. Los días habían ido pasando y Emily había mirado el teléfono anhelante, confiando en que la siguiente vez que sonara fuera Loukas. Pero esa llamada no se había producido.

Fue precipitadamente hasta la puerta de entrada, pero el corazón se le desplomó al abrirla.

–Ah… mamá… Ahora mismo no puedo hablar…

–Acabo de salir de un retiro de ocho días de yoga y al conectar el teléfono he leído que has roto tu compromiso. ¿Qué está pasando?

Para Emily había sido insoportable tener que afrontar con la desilusión que todos le manifestaban, por no hablar de la suya propia, así que no había mandado a su madre un mensaje hasta el día anterior, por temor a que decidiera tratarla como a una de sus pacientes y hacerle terapia. A Allegra se lo había contado en cuanto volvió a casa, pero su amiga, aunque estaba preocupada y entristecida por ella, conocía lo bastante bien a Loukas como para saber que no tenía sentido confiar en que cambiara.

Emily no pudo evitar que le temblara el labio inferior.

–Oh, mamá, mi vida es un completo desastre.

Su madre entró y cerró la puerta, y tras una leve vacilación, la abrazó.

–Cuéntamelo todo.

Emily se acurrucó contra el pecho de su madre, cuyo abrazo le resultó menos tenso e incómodo de lo habitual, y, sin parar de llorar, le relató lo que había pasado.

–Solo quería casarse conmigo por su sentido del deber. Pero yo estoy enamorada. ¿Cómo voy a casarme con él sabiendo que no me ama?

Su madre le frotó la espalda a la vez que emitía sonidos de consuelo y compasión, como si intentara calmar a un bebé inquieto.

–No puedes. Has hecho lo correcto al romper con él.

Fueron a sentarse al sofá y su madre le fue pasando pañuelos de papel.

–No te preocupes, cariño. Lo superarás.

–¡Pero me siento tan desgraciada!

–Lo sé. Yo me sentía igual cuando rompí con mi prometido. Quería morirme, literalmente.

Emily levantó el rostro de sus manos y miró a su madre.

–¿Tu prometido? ¿Cuándo estuviste prometida?

Su madre sonrió con tristeza.

–Un par de meses antes de ir al festival de música. Se llamaba Mark. Estábamos locamente enamorados, o, al menos, yo lo estaba. Él, por lo visto, no tanto. Íbamos a casarnos, pero una semana antes de la boda rompió el compromiso. Unas semanas más tarde se casó con otra. Ella era muy rica. Yo prácticamente perdí el juicio.

Dejó escapar un profundo suspiro antes de continuar:

–Drogas, sexo y rock and roll… Lo hice todo. Pero quedarme embarazada de ti me cambió la vida –apretó la mano de Emily–. Sé que no soy la mejor madre del mundo. Pero después de que Mark me rompiera el corazón, no conseguí comprometerme con nada por temor a que me fuera arrebatado. Por eso me convertí en la persona que dejaba atrás a las personas y las cosas antes de que alguien hiciera lo mismo conmigo. Hasta te mantuve a ti a distancia por temor a perderte.

–Oh, mamá –Emily la abrazó con fuerza–. No tenía ni idea. ¿Por qué no me lo has contado antes?

Su madre se separó de ella para mirarla a la cara.

–Porque me avergonzaba de haber sido tan ingenua. ¿Cómo no me di cuenta de que él no estaba tan implicado en la relación como yo? Un día estábamos planeando la boda, y al siguiente yo estaba llamando a todo el mundo para decir que estaba cancelada. Tener que devolver los regalos fue lo más humillante. Durante

años, cada vez que veía un traje de novia sentía náuseas. Me enfurecía no haberme dado cuenta de lo que tenía delante de los ojos. Por eso me preocupabais tanto Daniel y tú. Intuía que no era la persona adecuada para ti. Yo quiero que seas feliz; quiero que tengas el amor eterno que yo no he conseguido tener, haga lo que haga.

Emily frunció el ceño.

–Yo creía que eras feliz siendo independiente y libre.

Su madre resopló.

–¿Por qué crees que me dedico a enseñar a las parejas a comunicarse? Porque personalmente, soy un completo desastre.

Emily curvó la espalda, abatida.

–Se ve que yo tampoco soy demasiado buena.

–¿Quieres decir que el sexo no es bueno?

Emily no daba crédito a estar hablando de su vida sexual con su madre.

–Al contrario, era fantástico. De hecho, era lo mejor de todo. Era perfecto

Su madre movió los labios de un lado a otro con gesto pensativo.

–Si os hubiera visto juntos podría decirte si es tu hombre. El lenguaje corporal no miente.

–Yo sé que es mi hombre –dijo Emily, tomando otro pañuelo y suspirando profundamente–. El problema es que él no cree que sea la persona adecuada para mí.

Seis semanas más tarde…

Loukas se alegró de tener que ir a Estados Unidos durante unas semanas para librarse de las miradas de reproche de su ama de llaves. Estaba haciendo todo lo que podía para olvidar a Emily, así que lo último que necesitaba era que Chrystanthe le lanzara miradas con el claro mensaje de «¿Cómo ha permitido que se marchara? ¿Por qué no va a buscarla?».

Porque no tenía sentido. Emily había tomado una decisión. Estaría mintiéndole si la convenciera de que volviera diciéndole lo que ella quería oír. Así era como se comportaba su padre. Emily había dado un paso y él debía respetarla. Afortunadamente, no le negaría el acceso a su hijo, pero le dolía saber que no estaría con él las veinticuatro horas del día y ver cómo iba transformándose a medida que crecía. En cuanto a Emily… ¿estaría bien? ¿A quién

llamaría si necesitaba ayuda?

Loukas se había planteado llamarla o mandarle un mensaje de texto, pero le había dado miedo acabar suplicándole que volviera con él. Pero él no era de los que suplicaban. Esa era una lección que había aprendido hacía mucho tiempo. En una ocasión había suplicado a su padre que lo llevara junto a su madre. Lo había encerrado en su habitación hasta que le pidió perdón por ser tan desagradecido. Había permanecido dos semanas en la habitación, saliendo solo para comer y para ir al cuarto de baño. Haberle suplicado proporcionó a su padre aún más poder del que ya tenía, y Loukas se había jurado no volver a cometer ese error con nadie.

Pero no solo se tenía que enfrentar a los reproches implícitos o explícitos de Chrystanthe. Draco y Allegra no le habían dejado en paz, y Loukas había tenido que decirles que lo dejaran tranquilo.

Aquel día estaba en Londres para acompañar a Emily durante la ecografía. La prensa había informado de que Emily y él vivían separados, pero parecía que estaban lo bastante entretenidos con otros escándalos como para ocuparse de ellos.

Las únicas personas que no le habían dicho nada eran su madre y su hermana. Un mes atrás eso no le hubiera llamado la atención. En ocasiones pasaba varios meses sin saber de ellas. Pero puesto que sabían que Emily estaba embarazada y que habían tenido la intención de casarse, ¿cómo era posible que no se hubieran puesto en contacto con él para expresarle sus condolencias? Que no lo hicieran daba idea de la relación que tenían. Ellas se sentían tan distantes de él como él de ellas.

¿O se debería a que Ariana estaba desilusionada porque ya no sería dama de honor? Había arruinado la única oportunidad de su hermana de formar parte de una comitiva nupcial. O tal vez estaban del lado de Emily porque había bastado con conocerla para darse cuenta de lo cálida y generosa que era.

No podía culparlas por aliarse con ella. ¿Cómo no iban a preferirla a él cuando tenía todo aquello de lo que él carecía? Emily era el amor, la risa y la esperanza mientras que él era un páramo de emociones. No era de extrañar que pensaran que había tenido suerte de escapar a tiempo de un matrimonio carente de amor.

«¿Habría carecido de amor?».

Ese pensamiento lo asaltaba a menudo, tomándolo con la guardia baja. Ya amaba a su hijo aunque solo fuera un minúsculo feto. Había visitado la página Web cada día. Se había convertido en una obsesión. Cada mañana, muchas de ellas sin haber pegado

ojo, la consultaba. Incluso había visitado una página con nombres de bebés, fueran niños o niñas. Incluso había estado mirando ropa y juguetes. Había comprado un osito de peluche hecho a mano mientras estaba en Nueva York, y, cuando el dependiente le había preguntado si era para su hijo, se había sentido ridículamente orgulloso de contestar afirmativamente.

Pero junto al orgullo, había sentido una punzada de melancolía por no tener a Emily a su lado, eligiendo el juguete. ¿No era eso parte de la felicidad de dar la bienvenida a un niño al mundo? ¿Cómo iba a hacer ese tipo de cosas sin ella? ¿Qué sentido tenía la vida sin ella?

A Loukas no le gustaba admitirlo, pero la echaba de menos. Echaba de menos su sonrisa y sus adorables hoyuelos, el gesto de conejito que hacía con la nariz, sus suaves manos sobre su piel. No podía concebir hacer el amor con nadie más. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Solo la deseaba a ella.

Bajó la mirada hacia la pequeña llave que descansaba sobre el escritorio de la habitación del hotel. La había encontrado en el suelo, al pie de la cama, después de que Emily se fuera. Debía de habérsele caído cuando metió el joyero en el bolso. Ella creía haberlo hecho a escondidas, pero él la había visto a través del espejo. No comprendía por qué se había molestado en llevárselo. Tomó la llave y la hizo girar un par de veces. Había costado más que el propio joyero. Mucho más. ¿Por qué habría dejado los regalos más caros y se habría llevado un joyero que no valía el dinero que había pagado por él?

Dejó la llave, pero cada pocos segundos se encontraba mirándola. Emily no podía abrir el joyero sin ella y la llave era inútil sin el joyero. Loukas de pronto se dio cuenta de que Emily era como aquella minúscula llave dorada. Había entrado en su vida y encontrado la cerradura de su corazón. Él creía que había sido pura lujuria lo que le había hecho ir a buscarla, pero en aquel momento se preguntó si no había sido algo más. Algo que nunca había experimentado con anterioridad y que había derrumbado las murallas que había erigido a lo largo de los años.

Era sencillo desear a alguien. No requería valor. Pero amar era algo muy diferente. Lo exponía a uno al dolor, a la vulnerabilidad.

Pero también a la sanación.

Loukas nunca se había considerado un cobarde. Siempre se había enorgullecido de asumir sus responsabilidades y de no eludir ninguna tarea por desagradable o difícil que fuera. Siendo así,

¿por qué había estado evitando el amor? ¿Por qué no tenía el valor de explorar las emociones que había cerrado bajo llave en su interior?

Emily tenía la llave que lo abría. Su luminosa sonrisa había alumbrado todos los rincones y recovecos de su torturada alma, iluminándolo con un rayo de esperanza por primera vez en años.

Su reputación profesional se sustentaba en su habilidad para hacer que lugares, personas y sistemas de seguridad permanecieran seguros, y sin embargo una menuda y patosa mujer se había cruzado en su vida y había descifrado su código secreto.

La amaba.

¿No era ese el motivo de que hubiera ido a por ella a Londres un mes después de la boda de Draco y Allegra? No había conseguido olvidarla, pero no era eso lo único que había conquistado.

Emily le había robado el corazón.

Tenía un par de horas antes de encontrarse con ella en el hospital. ¿Debía esperar hasta entonces o ir a buscarla en aquel mismo momento? ¿Cómo iba a esperar tanto rato?

Tendría que aguantarse, porque tenía que hacer antes algunas cosas para que Emily tuviera la absoluta certeza de que la amaba.

Emily llegó al hospital con la vejiga llena y el corazón vacío. Su madre se había ofrecido a acompañarla, pero Emily había decidido que era mejor que no lo hiciera. Temía que su madre se enfrentara a Loukas y le diera una charla sobre sus bloqueos emocionales. Ella le había enviado un mensaje a Loukas indicándole el día y la hora y él había contestado con un impersonal: «Gracias». Todo era tan frío y aséptico… y tan distinto a como ella había soñado que sería tener un hijo con alguien a quien amara. Se puso la mano en el vientre. Durante la última semana, había ganado en volumen. No llegaba a estar como un globo, pero sí hinchada. Y le extrañaba que se le notara el embarazo en fecha tan temprana. Ya casi no podía abotonarse el pantalón. O tal vez eran los nervios por ir a ver a Loukas de nuevo.

¿Por qué le habría dicho que podía ir a la ecografía? Podía haberse limitado a mandarle una imagen. Pero no habría sido justo. Loukas era el padre del bebé. Tenía derecho a estar presente si eso era lo que quería.

Una enfermera la acompañó hasta un cubículo en el que debía esperar al ecógrafo.

–¿Va a acompañarla alguien?

–Mi… esto… el padre del niño ha dicho que vendría –Emily miró hacia la zona de recepción y la sala de espera, pero no había señales de Loukas. Pero seguro que aparecería. ¿O habría cambiado de idea? Aunque odiara los hospitales, no dejaría que su fobia le impidiera ver por primera vez a su hijo.

–Muy bien –dijo la enfermera–. La acomodaremos, y en cuanto llegue haré que venga.

Emily permaneció echada en la camilla con las manos en su redondeado vientre. Confiaba en que Loukas no tardara demasiado o su vejiga iba a estallar. ¿Dónde estaba? Le había dicho la hora de la cita. ¿Iba a dejarla plantada en un día como aquel?

El reloj de plástico de la pared sonaba mecánicamente: tic tac tic tac.

Desde la recepción llegó el sonido de risas y alguien que decía con deleite:

–¡Qué par de monadas!

Emily asumió que se trataba de una madre con uno o dos niños. Se preguntó si tendría pareja, alguien que correspondiera a su amor. Intentó no llorar, pero tenía las emociones a flor de piel. No era así como había creído que sería aquel momento. Se había imaginado la felicidad que sentiría, de la mano de su pareja, al ver por primera vez a su bebé. En aquel instante, en cambio, estaba hecha un manojo de nervios porque el hombre al que amaba no la correspondía. La deseaba, le gustaba, pero no la amaba. ¿Por qué no había llegado? ¿Tenía algo más importante que hacer que conocer a su hijo?

La cortina se abrió súbitamente y Loukas entró. El cubículo que hasta entonces había parecido amplio, empequeñeció. Quizá porque Emily tuvo el impulso inmediato de alargar la mano para tocarlo, y la cerró en un puño para evitarlo. Podía oler la fresca fragancia a limón que llevaba, y Emily anheló que se inclinara a besarla.

–Siento llegar tarde, pero tenía que hacer una cosa –dijo él.

–¿Trabajo? –preguntó Emily en tono arisco.

Loukas reaccionó con una contracción de la comisura de los labios. Emily se dio cuenta de que se había cortado al afeitarse porque vio que tenía un arañazo en la mejilla. Pero entonces vio que también tenía arañazos en las manos.

–¿Qué tal estás? –Loukas tragó saliva y observó el redondeado vientre de Emily–. Creciendo a ojos vista, por lo que veo.

–Sí, aunque en parte puede ser por la vejiga –dijo Emily–. Si

me haces reír la cosa puede ponerse complicada.

Aunque más que reír, Emily tenía ganas de llorar.

–¿Sigues teniendo náuseas?

–Apenas.

–Me alegro.

¡Qué formales y tensos sonaban! Parecían dos desconocidos charlando para ocupar el tiempo.

–¿Qué tal están tu madre y tu hermana? ¿Las has visto recientemente?

–No, pero acabo de hablar con ellas. He pensado que tal vez querrías venir a visitarlas conmigo una vez acabemos aquí.

Emily frunció el ceño.

–¿Por qué iba a acompañarte?

La ecografista llegó en ese momento y preparó el ecógrafo. Extendió una generosa capa de lubricante sobre el vientre de Emily y luego giró la pantalla para que tanto ella como Loukas pudieran ver.

–Aquí está la placenta, esto… Un momento –ajustó los diales de la máquina con gesto de concentración.

El corazón de Emily se aceleró como si acabara de subir diez pisos andando. ¿Qué pasaba? ¿Por qué miraba la ecografista la pantalla con tanta atención? Emily miró a Loukas; también él parecía inquieto y en ese momento, le tomó la mano y se la apretó.

–¿Pasa algo malo? –preguntó él.

La ecografista se volvió con una sonrisa.

–Miren –señaló el cursor en la pantalla–. Aquí está el corazón de su bebé. ¿Lo ven? Y aquí está el otro.

«¿Otro corazón?».

Emily y Loukas se miraron atónitos.

–¿Gemelos? –preguntó él.

–¿Vamos a tener gemelos? –preguntó Emily casi al unísono.

–Así es –dijo la ecografista–. Enhorabuena. Voy a imprimir la imagen mientras siguen aquí y se familiarizan con sus bebés. No tardaré –cerró la cortina tras de sí.

Emily no podía dejar de mirar la pantalla donde los bebés se acurrucaban como dos cacahuetes.

–¡Dios mío!

Loukas le besó la mano. Tenía los ojos humedecidos y parecía tener problemas para hablar. Abrió y cerró la boca un par de veces, pero no consiguió articular palabra.

–Lo siento –dijo Emily con los labios temblorosos–. Ya ves que

no sé hacer nada a medias. Ni siquiera querías uno, y ahora vas a tener dos hijos.

–No digas eso –dijo Loukas cuando finalmente consiguió hablar–. Claro que los quiero. Y a ti también. Te amo, Emily. Te amo profundamente.

Emily no estaba segura de poder creerlo. Acababan de informarlos de que iban a tener gemelos. Si de verdad la amaba, ¿por qué había tenido que esperar hasta aquel momento para decírselo?

Mirándolo fijamente, preguntó:

–¿Cómo puedes estar seguro de que no piensas eso porque sabes que vamos a tener gemelos?

Loukas se llevó la mano de Emily al pecho y ella notó que el corazón le latía tan deprisa como el suyo.

–Me he dado cuenta hace un par de horas, aunque debía de haberme dado cuenta desde el momento en que te conocí. Siento haberte hecho pasar un infierno estas últimas semanas, pero he sido un cobarde. No quería enamorarme porque he hecho daño a todas aquellas personas a las que he amado. Conseguí convencerme de que no me había enamorado de ti, pero creo que me enamoré en la boda de Draco y Allegra, cuando recogiste el ramo de la novia y me sonreíste con esos preciosos hoyuelos que se te forman al sonreír.

Emily quería creerlo, pero había sufrido tanto las últimas semanas que no lo lograba.

–No sé…

–Te lo puedo demostrar, *agape mou* –dijo Loukas–. Tengo una sorpresa para ti en la sala de espera. El personal de recepción está cuidándola. Por eso se reían tanto cuando he entrado. Lo he comprado para convencerte de que te amo y de que quiero pasar el resto de mi vida contigo.

–Haces regalos a todo el mundo –dijo Emily enfurruñada–. Eso no significa que estés enamorado.

–Tienes razón, y ese ha sido un error que he cometido en el pasado. Pero, cuando te llevaste todo menos la llave del joyero, me di cuenta de cuánto te amaba. Tú eres mi llave. Has abierto la cerradura de mi corazón y te has hecho tal hueco en mi vida que ahora no soporto estar sin ti.

–Me preguntaba qué había hecho con la llave –dijo Emily–. No he podido abrir el joyero. Lo cerré con llave después de sacar los pendientes. He intentado abrirlo con una pinza, pero no lo he conseguido –dijo Emily.

Pero a pesar de lo que Loukas acababa de decirle, no estaba segura de que la amara verdaderamente y seguía mirándolo con recelo.

–¿Al menos estás dispuesta a venir conmigo a ver a Ariana y a mi madre cuando salgamos de aquí? –preguntó él–. También tengo un regalo para Ariana. Por favor, ¿vendrás a verlo para comprobar que no te miento?

Emily bajó de la camilla con su ayuda.

–Primero tengo que ir al cuarto de baño.

–Buena idea.

Cuando Emily volvió, Loukas la tomó de la mano y preguntó:

–¿Estás preparada?

Emily salió con él a la recepción, donde encontró a dos adorables cachorros de setter irlandés. Emily estalló en llanto y volviéndose a Loukas se abrazó a él.

–¡No me puedo creer que me hayas comprado un perro! ¡Dos! ¿Cómo es posible que te hayan dado permiso para traerlos?

Loukas le sonrió.

–Les he dicho que son perros terapéuticos. Uno es para Ariana. Nos dará una buena excusa para quedar y que jueguen juntos. ¿Me ayudarás a mejorar mi relación con mi hermana y con mi madre? Te adoran y quieren verte lo antes posible.

Emily lo miró fijamente.

–Ahora sí creo que me amas.

Con los ojos humedecidos, Loukas contestó:

–Te amó más de lo que soy capaz de expresar. ¿Te casarás conmigo, mi tesoro? ¿Serás mi esposa y formarás conmigo una familia?

Emily le acarició la mejilla como si necesitara asegurarse de que no estaba soñando. El resto de los presentes, el personal y los pacientes, los observaban conteniendo el aliento.

–Claro que me casaré contigo. Te amo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. He estado tan triste estos días sin ti…

Loukas la estrechó contra su pecho.

–Y yo. ¡Qué idiota he sido tardando tanto en decírtelo! Y qué mal lo he pasado cuando no me has creído.

–Te han salvado los cachorros –dijo Emily. Se soltó de él para ir a acariciarlos y le dejaron la cara húmeda a lametazos–. ¿Les has puesto nombre?

–No, tenemos que elegirlos juntos. Y los de nuestros hijos.

Emily le pasó uno de los cachorros mientras abrazaba al otro.

–¡Me has hecho tan feliz, mi amor…! Debería pellizcarme para

asegurarme de que no estoy soñando.

Loukas alargó el cuello para evitar que la húmeda lengua del cachorro llegara a su mentón.

–No necesitas pellizcarte. Estos pequeños tienen dientes lo bastante afilados como para hacerlo por ti.

Emily se rio.

–¡Y yo que creía que te habías cortado al afeitarte! Ahora entiendo que tuvieras arañazos en las manos.

Loukas sonrió de oreja a oreja.

–Me muero por besarte, pero me temo que estos pequeños sinvergüenzas me lo van a impedir.

–¡Que la bese, que la bese! –corearon las enfermeras y los pacientes.

A Loukas le brillaron los ojos.

–¿Estás dispuesta?

Emily alzó el rostro hacia él.

–Desde luego que sí.

Epílogo

Loukas esperaba en el altar de la iglesia de San Sypridion, en Corfú. Al ver avanzar por la nave central a Ariana, en la silla de ruedas, detrás de Allegra, se le nublaron los ojos. Aunque solo habían pasado dos semanas, su relación con su madre y con su hermana había mejorado notablemente. Tanto que habían podido hablar del accidente y de cómo les había afectado a cada uno de ellos. Su madre había llegado a confesar lo culpable que se sentía por no haber estado pendiente de Ariana en el instante en que se fue a montar en bicicleta. Loukas había estado tan obsesionado con su propio sentimiento de culpabilidad que no había sido consciente del infierno en el que había vivido su madre todos aquellos años.

Pero al ver entonces a Ariana, exultante, se sintió en paz consigo mismo, y tuvo la seguridad de que algún día también ella encontraría la felicidad que él había encontrado en Emily.

Miró a su madre, que se secaba los ojos en la primera fila. Ella sonrió, saludándolo con la mano, y él le devolvió una sonrisa llena de amor y admiración por cómo se había ocupado de su hermana y por la bienvenida que había dado a Emily en el seno de su familia.

La madre de Emily estaba en la primera fila del lado de la novia y le guiñó el ojo con picardía. A Loukas le había encantado su suegra, sobre todo desde que había aprobado el test del Lenguaje Corporal, aunque no tuviera ni idea de en qué consistía.

En ese momento apareció Emily. Por más que se lo hubiera imaginado, nada podía haberlo preparado para la emoción que lo embargó en aquel instante. Llevaba un precioso vestido de encaje francés que apenas disimulaba el abultamiento de su vientre. Gozaba de una magnífica salud e irradiaba amor. El mismo que él sintió cuando ella ocupó su lugar a su lado. Le tomó las manos y susurró:

–Estás preciosa.

Emily sonrió.

–¿No crees que Ariana está espectacular?

Loukas se sintió de nuevo atenazado por la emoción.

–Me has devuelto a mi familia, *agape mou*.

Emily se inclinó un poco más para susurrarle:

–Hablando de familias, Allegra tiene noticias.

Loukas dirigió la vista hacia su amiga, que en ese momento miraba a Draco embelesada, con las manos apoyadas sobre el vientre. Loukas sonrió.

–Así que no somos los únicos que van a formar una familia.

–¿No te parece maravilloso?

–¿Están preparados? –preguntó el sacerdote, dando un paso adelante para empezar el servicio.

–¿Lo estamos? –preguntó Loukas, guiñando un ojo a Emily.

Ella lo miró con ojos chispeantes y dijo solemnemente:

–Estamos preparados.